



*Dios los
creó a
todos*

Jan Lectulandia

Tras terminar su servicio en la Real Fuerza Aérea, James Herriot, el simpático veterinario de Yorkshire, regresa a casa. Las secuelas de la Segunda Guerra Mundial también muestran vientos de cambio. Nuevos fármacos revolucionan la medicina y el hogar de los Herriot se alegra con las travesuras de sus hijos. En ese ambiente se inspira Herriot para entregarnos textos donde no pierde el buen humor, ni la ironía, ni ese rarísimo sentido de la felicidad que propició que sus novelas fueran tan populares en todo el mundo.

Lectulandia

James Herriot

Dios los creó a todos

ePUB v1.0

ivcgtto 21.02.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Lord God Made Them All*
1981, James Herriot
Traducción: José Antonio Solbes Shang
1999, Libros selectos de Reader's Digest
ISBN 968-28-0285-7

La carretera, libre de vallas, discurría entre los altos páramos; mi automóvil se deslizó con facilidad desde el pavimento hacia el pasto de la orilla, "que las ovejas habían dejado como terciopelo". Detuve el auto, bajé y miré a mi alrededor.

El camino cortaba limpiamente los pastos y brezales antes de sumergirse en el valle que estaba al fondo. Me encontraba en uno de los mejores lugares para observar las dos llanuras. Toda la región se extendía a mis pies con una vista maravillosa: los suaves campos en el fondo, el ganado que pacía, los ríos bordeados de piedras en algunas partes y de nutridas arboledas en otras. El verde brillante que de los pastos crecía por las laderas de las colinas hasta donde empezaban los brezos y las ásperas hierbas del páramo, y sólo estaban libres de él los acantilados, que ascendían hasta las cimas variegadas y desaparecían ante las desnudas estribaciones que marcaban el comienzo del terreno silvestre.

Me apoyé en el automóvil y sentí que me envolvía un viento frío y dulce. Después de pasar un tiempo en la fuerza aérea, tenía unas semanas de haber vuelto a la vida civil. Durante mi estancia en la Milicia había pensado constantemente en Yorkshire, pero me había olvidado de su belleza. Pensar desde lejos no era suficiente evocar la paz, la soledad y la sensación de cercanía con la naturaleza que hace que esos valles, los Dales, sean a la vez tan estimulantes y tranquilizadores. Entre las multitudes y el aire rancio de las ciudades, me había costado trabajo recordar un lugar tranquilo el extenso y verde territorio inglés, un lugar en el que cada bocanada de aire estuviera llena del aroma de la hierba.

Había tenido una mañana perturbadora. Dondequiera que iba, todo me recordaba que estaba de regreso en un mundo de cambios, y a mí no me gustaban los cambios. Mientras inyectaba a una de sus vacas, un viejo granjero me dijo: "Doctor Herriot, ahora todo lo quieren arreglar con agujas". Ese comentario me obligó a ver la jeringa que tenía en la mano y a darme cuenta de que eso mismo era lo que yo había estado haciendo la mayor parte del tiempo durante esos últimos días.

Yo sabía el significado del comentario. Tan sólo unos años antes, habría sujetado a la vaca por el hocico y le hubiera vaciado un litro de laxante por la garganta. Todavía llevaba conmigo una botella especial para esos menesteres (una simple botella de cuello largo) que permitía que el líquido corriera libremente. Con bastante frecuencia, mezclaba la medicina con melaza de un barril que se encontraba en un rincón en la mayoría de los establos. Pero todo eso estaba ya desapareciendo, y el comentario del granjero me recordó que nada iba a ser como antes.

En esos días después de la guerra se iniciaba una revolución en la agricultura y en la práctica veterinaria. El cultivo de los campos se había convertido más en una ciencia y los conceptos valorados durante generaciones estaban quedando en el

olvido, mientras que en el mundo de la medicina veterinaria surgían nuevos procedimientos quirúrgicos y medicamentos, como la penicilina y las sulfas, que iban desplazando lentamente nuestros viejos tratamientos. También había señales de que los pequeños granjeros estaban desapareciendo. Estos hombres, algunos de ellos con sólo seis vacas, unos cuantos cerdos y un puñado de aves, aún constituían el grueso de nuestra clientela, pero comenzaban a preguntarse si podrían ganarse la vida con esos activos y uno o dos de ellos ya habían vendido sus tierras a agricultores más pudientes. Los granjeros en pequeño (viejos obstinados en continuar haciendo lo que hacían, por la única razón de que siempre había sido así) eran a quienes yo estimaba en realidad, esos personajes poseedores de la verdadera riqueza, que vivían con los valores de antaño y hablaban el viejo dialecto de Yorkshire, casi arrollado por la radio y la televisión.

Respiré profundamente y subí al automóvil. Miré hacia las lejanas colinas cuyas cumbres atravesaban las nubes, hilera tras hilera, eternas, indestructibles, erguidas sobre la magnificencia de los valles por debajo de ellas, y de inmediato me sentí mejor. Después de todo, esa región no había cambiado.

Hice una visita más y conduje de regreso a nuestra oficina en la espaciosa y elegante Skeldale House. El lugar estaba casi igual que cuando lo vi por primera vez hacía varios años, sin embargo también había sufrido cambios. Mi socio, Siegfried Farnon, se había casado, al igual que su hermano menor, Tristán. Después ambos se cambiaron de casa, pero Siegfried vivía a pocos kilómetros de nuestro pueblo de Darrowby. Mi esposa Helen y yo, con nuestro pequeño Jimmy, teníamos toda la casa para nosotros. Por desgracia, Tristán ya no ejercía la profesión. Al término de la guerra se había convertido en el capitán Farnon del Cuerpo de Veterinarios del Ejército, agregado al Ministerio de Agricultura como funcionario en una investigación sobre la esterilidad en animales. Dejó un vacío triste en nuestras vidas aunque, por fortuna, todavía lo veíamos con regularidad junto con su esposa.

Abrí la puerta y, a medio camino del consultorio, Siegfried por poco me arrolla. Entró como tromba por el pasillo y me tomó del brazo con brusquedad.

—¡Ah, James! ¡Precisamente el hombre que estoy buscando! Esta mañana he tenido el momento más desagradable de mi vida. Rompí el tubo de escape de mi automóvil en ese pésimo camino de High Liston, y ahora me encuentro sin un medio de transporte hasta que puedan hacer la reparación. ¡Es desquiciante!

—Está bien, Siegfried. Yo atenderé a tus pacientes.

—No, James, no. Eres muy amable; pero esto va a pasar una y otra vez y de eso quiero hablarte. Necesitamos otro vehículo.

—¿Otro automóvil?

—Correcto. Un auto que podamos utilizar en estos casos. De hecho, le hablé al señor Hammond para que busque uno adecuado. Creo que acaba de llegar.

Mi socio siempre actuaba de inmediato. Lo seguí hasta la puerta. Ahí estaba el señor Hammond con un Morris Oxford modelo 1933; Siegfried bajó las escaleras corriendo hacia él,

—¿Dijo usted cien libras, señor Hammond? —caminó alrededor del vehículo retirando escamas de óxido de la pintura negra y examinando la vestidura—. Es evidente que ha visto pasar su mejores días, pero la apariencia no es importante mientras todo lo demás funcione bien.

—Es un buen automóvil, señor Farnon —aseguró el propietario del taller—. El acumulador es nuevo, y aún queda un poco de dibujo en los neumáticos.

—Mmm... —Siegfried empujó el parachoques trasero con el pie, y los viejos muelles rechinaron—. ¿Qué me dice de los frenos? Eso es muy importante en esta región con tantas colinas.

—De lo mejor, señor Farnon. De primera clase.

—Bien, muy bien —dijo mi colega y asintió lentamente—. ¿No le importa que dé una vuelta alrededor de la manzana?

—No, no; por supuesto que no —replicó enfático el señor Hammond—. Hágale todas las pruebas que quiera —el vendedor era un hombre que se enorgullecía de su serenidad. Se sentó confiadamente en el asiento del pasajero mientras Siegfried lo hacía en el lado del conductor.

—¡Sube, James! —gritó mi socio. Abrí la puerta trasera y me senté detrás del señor Hammond.

Siegfried arrancó de manera abrupta, con un rugido del motor y un rechinado del viejo vehículo. A pesar de su serenidad, el señor Hammond no pudo evitar que el cuello de la camisa se le asomara unos centímetros por encima de la chaqueta mientras salíamos disparados por Trengate Street. El cuello de la camisa recuperó un poco su lugar cuando Siegfried disminuyó la velocidad para dar vuelta a la izquierda, pero reapareció espasmódicamente conforme recorriamos una serie de estrechas curvas a gran velocidad.

Cuando llegamos a una parte recta y larga que corría paralela a Trengate, Siegfried se lanzó como tromba sobre ella. Al final de la recta, se detuvo casi del todo, mientras daba una pronunciada vuelta a la izquierda.

—Considero que debemos probar los frenos, señor Hammond —y precipitó el vehículo hacia delante de nuevo. ¡En verdad estaba haciendo una prueba exhaustiva! El rugido del viejo motor llegó al punto del alarido y el cruce de Trengate se acercaba con alarmante rapidez. Cuando Siegfried frenó, el vehículo se fue de lado hacia la derecha como si fuera un cangrejo y tomó como lanzado por una la Trengate Street. El señor Hammond tenía la cabeza pegada contra el techo, y se le veía toda la parte trasera de la camisa. Cuando el auto se detuvo, el hombre se deslizó con lentitud en su asiento. En ningún momento comentó nada ni mostró alguna emoción, aparte de

sus movimientos.

Cuando bajamos del automóvil, mi colega se frotó la barbilla, pensativo.

—Se va un poco hacia la derecha cuando se aplican los frenos. ¿No tendrá otro vehículo disponible, señor Hammond?

Por unos momentos el hombre no dijo nada. Tenía las gafas torcidas y el rostro muy pálido.

—Sí..., sí... —asintió con un estremecimiento—. Tengo otro automóvil que podría convenirle.

—¡Estupendo! —dijo Siegfried frotándose las mano— Quizá pueda traerlo después de comer, para que le demos una vueltecita de prueba.

Los ojos del señor Hammond se abrieron en forma desmedida mientras tragaba saliva varias veces antes de hablar.

—Esta tarde voy a estar un poco ocupado, señor Farnon, pero le mandaré a uno de mis vendedores.

Nos despedimos de él. Cuando entrábamos en la casa mi socio me rodeó los hombros con el brazo.

—Bien, james —me dijo—; un paso más para aumentar la eficiencia de nuestra práctica profesional. De cualquier modo —sonrió—, realmente disfruto de estos pequeños intermedios.

De pronto, me sentí mejor. Sí había muchas cosas nuevas y diferentes, pero la región no había cambiado; y tampoco Siegfried.

Hola, hola! ¿Hay alguien ahí que pueda responder pronto a mi llamado? —grité.
—¡Hola, hola! —repitió tras de mí el pequeño Jimmy.

Me di la vuelta y vi a mi hijo. Ya tenía cuatro años, y me acompañaba en mis visitas desde hacía un año. Era claro que se consideraba un veterano de las granjas.

Este grito ya era un hábito común en mí. Cuando un veterinario llegaba a una granja, era muy difícil encontrar al dueño. Podía estar en un tractor a un kilómetro de distancia, o en alguno de los graneros; por eso confiaba en unos cuantos gritos breves para localizarlo. A Jimmy le gustaba esta práctica, y era indudable que aprovechaba la oportunidad para ejercitar los pulmones. Yo lo veía caminar sobre los adoquines, pavoneándose y repitiendo los gritos a cada instante. También hacía mucho ruido con sus botas nuevas.

Esas botas eran su orgullo, el reconocimiento final de su status como asistente de veterinario. Cuando empecé a llevarlo conmigo, su reacción fue la alegría normal de un niño que puede ver muchos animales diversos, particularmente las crías, y la excitación de los descubrimientos al encontrar por primera vez un montón de gatitos en el heno o una camada de perros con la madre en un pesebre. Sin embargo, al poco tiempo ya quería entrar en acción. El contenido del baúl de mi automóvil le era tan familiar como el de su caja de juguetes, y se deleitaba al darme las latas de bicarbonato, los blancos linimentos y algunas de las cajas de Medicina Universal para Bovinos. Finalmente, comenzó a anticipar a mis pensamientos, y corría al automóvil para traer el calcio y la cánula tan pronto como veía una vaca echada. Ya sabía diagnosticar males.

Yo creo que lo que más disfrutaba era acompañarme para atender alguna llamada nocturna, siempre y cuando Helen le permitiera acostarse más tarde. Se sentía en las nubes en las nubes cuando viajábamos en la oscuridad a través de la campiña, o cuando sostenía la linterna para alumbrar las ubres lastimadas de alguna vaca mientras yo le daba unas puntadas a la herida.

Todos los granjeros eran muy amables con él. Hasta los más huraños solían decirme, cuando bajábamos del automóvil: "¡Ah, ya veo que trajo a su aprendiz!"

Aquellos granjeros tenían algo que Jimmy deseaba con fervor: unas grandes botas claveteadas. Sentía una gran admiración por los granjeros en general, hombres fuertes y valientes que pasaban la vida en el campo trabajando sin temor entre el ganado que se precipitaba hacia ellos, o golpeando con las manos las ancas de los grandes caballos de tiro. Podía verlo profundamente impresionado mientras los observaba subir a los graneros con sacos de noventa kilogramos sobre los hombros o tirar indiferentes de enormes bueyes, resbalando con sus botas sobre el piso.

Lo que más había calado en el ánimo de Jimmy eran las botas. Resistentes y firmes, para él simbolizaban el carácter de los hombres que las usaban.

Las cosas llegaron al clímax un día en que íbamos conversando en el automóvil. Más bien, el pequeño llevaba la conversación en la forma de una verdadera andanada de preguntas, las cuales fluyeron sin interrupción durante todo el día, siguiendo una bien practicada fórmula.

—Papá ¿cuál es el tren más rápido, el *Blue Peter* o el *Flying Scotsman*?

—Bueno... yo diría que el *Blue Peter*.

Entonces, penetrando en aguas aún más profundas, la siguiente pregunta fue:

—¿Qué es más rápido, un tren gigante o un automóvil fantasma de carreras?

—Ésa es una pregunta muy difícil. Quizá... sea más rápido el automóvil fantasma.

De pronto, Jimmy cambió de táctica.

—Papá, ¿ese hombre que vimos en la última granja era muy alto, ¿verdad?

—Sí.

—¿Era más alto que el señor Robinson?

Ya estábamos entrando en su juego favorito, "Conozco al hombre más alto", y yo sabía muy bien cómo iba a terminar, pero seguí jugando mi parte.

—¡Sí, desde luego!

—¿Era más alto que el señor Kirkley?

—Sin duda alguna.

Jimmy me miró de soslayo y se preparó para jugar sus dos cartas de triunfo.

—¿Era más alto que el señor que mide el gas?

El descomunal caballero que venía a leer los medidores del gas en Skeldale House siempre había impresionado a Jimmy por su gran estatura. Tuve que contestar cuidadosamente.

—Bueno, en verdad creo que era más alto.

—¡Ah!, pero... —la boca de Jimmy se torció con un gesto de astucia—. ¿Era más alto que el señor Thackray?

Ese fue el golpe final. Nadie era más alto que el señor Thackray, quien miraba hacia abajo a todos los habitantes de Darrowby desde sus casi dos metros de estatura. Me encogí de hombros, aceptando mi derrota.

—No, tengo que admitirlo. Ese hombre no era tan alto como el señor Thackray.

Jimmy sonrió, asintiendo con la cabeza y esbozó un gesto de satisfacción. Eso lo puso de tan buen humor, que se atrevió a introducir un nuevo tema que traía en la mente desde tiempo atrás.

—Papi, ¿podría tener unas botas?

—¿Botas? Pero si ya tienes unas —dije y señalé hacia las pequeñas botas Wellington que Helen le ponía cada vez que salíamos hacia las granjas.

Eché una mirada triste a sus pies antes de replicar.

—Sí, ya sé, pero quiero unas botas como las de los granjeros.

Me sentí derrotado. No sabía qué decir.

—Bueno, Jim, los niños no tienen botas como ésa. Quizá cuando seas grande...

—Pero yo las quiero ahora —se quejó con tono de angustia.

Al principio pensé que era un capricho pasajero, pero Jimmy dr mantuvo en su campaña de convencimiento, reforzándola con miradas de disgusto cada vez que Helen le ponía las Wellington por la mañana. Su postura desgarbada enviaba el mensaje de que esas botas no eran para un hombre como él. Finalmente, Helen y yo lo hablamos una noche, después de acostarlo.

—Seguramente no hay botas de granjero de ese tamaño, ¿verdad? —pregunté.

—Nunca lo he pensado —Helen movió la cabeza—, pero las buscaré de todos modos.

Una semana después, mi esposa regresó de un día de compras con una expresión de triunfo y el par de botas de granjero más pequeñas que yo había visto jamás. No pude contener la risa. Eran diminutas pero perfectas, con las suelas gruesas y claveteadas, las partes acojinadas alrededor de los tobillos y una larga fila de agujeros con ganchos de metal para los cordones.

Jimmy no se rió cuando las vio. Las sujetó casi con avidez y, en cuanto las tuvo en su poder, cambió de actitud. Por naturaleza, su cuerpo era fuerte y gallardo; pero, al verlo caminar con las botas alrededor de una granja, habría podido decirse que era el propietario del lugar. Pisaba con fuerza, y se mantenía muy erguido dándole una nueva autoridad a sus gritos de "¡Hola, hola!"

De ninguna forma era lo que yo llamaría un niño travieso, pero tenía dentro ese pequeño diablo que, supongo, deben de tener todos los niños. Le gustaba darse su valor, pero nunca se aprovechaba de mí en situaciones comprometidas. Una tarde, el señor Garrett trajo al consultorio a su perro pastor. El animal cojeaba visiblemente. Cuando su dueño lo subía a la mesa, vi una diminuta cabeza asomarse por la ventana que daba al soleado jardín.

No le presté mayor atención. Con frecuencia, Jimmy me observaba mientras curaba a mis pacientes, e incluso pensé que vendría a ver de cerca.

Cuando un perro cojea, a menudo no es fácil encontrar la causa; pero, en este caso, la localicé de inmediato. En cuanto le oprimí suavemente la planta de una de las patas, el animal se quejó, y apareció una gota de suero en la negra superficie.

—Tiene algo clavado aquí, señor Garrett —dije—. Casi puedo asegurar que es una espina. Tendré que aplicarle anestesia local Y abrir un poco la herida para sacarla.

Cuando estaba preparando la inyección, vi una rodilla en una de las esquinas de la ventana. ¡No podía ser Jimmy tratando de treparse a la glicina! Eso resultaba muy

peligroso y se lo había prohibido expresamente. Las ramas de la hermosa enredadera formaban un arco que cubría la parte trasera de la casa y, aunque eran del grueso de la pierna de un hombre en su parte más baja, se adelgazaban mucho en su parte más alta. No; me convencí de que debía de estar equivocado, e inyecté el anestésico. Tomé el bisturí.

—Manténgale la pata quieta y en alto —pedí al granjero.

Muy serio y preocupado por su perro, el señor Garrett asintió con la cabeza y oprimió los labios con aprensión mientras yo me preparaba para cortar.

Para mí, éste era un momento de extrema concentración. Con la punta del bisturí hice un pequeño corte en la pata. Entonces vi una sombra que cruzaba por la ventana. Alcé la vista con rapidez; era Jimmy. Mi pequeña plaga *estaba* trepada en la glicina, pero no había nada que pudiera yo hacer excepto echar una mirada rápida de vez en cuando.

Profundicé un poco el corte y apreté, pero aún no veía nada. No quería agrandar la herida, pero estaba claro que tendría que hacer una incisión en forma de cruz para poder examinar más adentro. Estaba haciendo mi primer corte en ángulo recto cuando, con el rabillo del ojo, vi dos pies suspendidos en la parte superior de la ventana. Traté de concentrarme, pero los pies se movían y golpeaban repetidamente; era obvio que eso no me ayudaba en nada. Por fin desaparecieron, lo cual significaba que el dueño de las piernas estaba ascendiendo hacia las regiones peligrosas.

Profundicé un poco más, limpiando a intervalos la herida con algodones. Por fin pude observar algo. Tomé unas pinzas y, en ese instante, volvió a aparecer la cabeza de Jimmy, aunque en esta ocasión al revés. Estaba suspendido de las ramas y miraba de soslayo. Por una verdadera deferencia hacia mi cliente yo había estado tratando de no pensar en lo que ocurría fuera, pero esto ya era demasiado. Di un paso hacia la ventana y golpeé el cristal con violencia. Mi furia debió asustar al escalador, porque su cara desapareció de inmediato y luego escuché el sonido amortiguado de unos pasos que ascendían. Sin embargo, eso no era muy tranquilizador. Me obligué a regresar a mi tarea.

—Lo siento, señor Garrett —me disculpé—. ¿Podría volver a sujetarle en alto la pata al perro por favor?

Asintió con una ligera sonrisa, y yo metí las pinzas en la herida. Toqué algo duro, apreté, tiré hacia arriba y saqué la cabeza brillante y puntiaguda de una espina. Aquél era uno de esos pequeños triunfos que iluminan la vida de los veterinarios. Miraba a mi cliente mientras le daba unas palmadas cariñosas al perro cuando oí el ruido de algo que se rompe, seguido de un grito de terror. Entonces, vi pasar por la ventana una forma pequeña que cayó, con un ruido sordo, sobre el piso del jardín.

Salí disparado. Jimmy estaba sentándose entre las flores. Al verlo, me sentí demasiado aliviado como para enfadarme.

—¿Te lastimaste? —pregunté. Él negó con la cabeza.

Lo puse de pie y lo revisé con cuidado. Aparentemente no se había hecho daño.

—Vete con mamá —ordené, y volví al consultorio.

—¿Está bien el chico? —preguntó el señor Garrett con interés.

—Sí eso creo. Le ofrezco a usted mil disculpas por haber salido de forma tan intempestiva.

—No diga nada más, doctor Herriot —a tajó el granjero poniéndome una mano sobre el hombro—. También tengo hijos —hizo una breve pausa—. Para ser padre, es necesario tener nervios de acero —esas palabras se me quedaron grabadas en el corazón.

Esa tarde, mientras tomábamos el té, observé a mi hijo embadurnando con mermelada de ciruela una rebanada de pan. Gracias a Dios no se había lastimado por la caída, pero yo tenía que llamarle la atención después de lo sucedido.

—Jovencito —comencé—, eso que hiciste está muy mal. Te he dicho una y otra vez que no trepes por la glicina.

Jimmy mordió una rebanada de pan y me miró, impávido. Por su gesto, deduje que no estaba tomando mis palabras muy en serio.

—Si vuelves a comportarte de esa manera —proseguí—, no te llevaré conmigo a las granjas. Tendré que conseguir algún otro que me ayude con el maletín.

Busqué entonces alguna reacción en esa pequeña persona que con el tiempo, se convertiría en un médico veterinario mucho mejor de lo que yo podría ser jamás.

—¿Otro niño? —preguntó Jimmy.

—Eso es. No puedo tener niños traviesos conmigo. Tendré que buscar a alguien más.

Jimmy pensó esto durante un minuto y pareció aceptar la situación con filosofía.

De pronto, perdió la ecuanimidad. Me miró con los ojos muy abiertos mientras preguntaba con una extraña vibración en la voz:

—¿Va a usar mis botas?

No fue acaso el escritor estadounidense Ernest Hemingway el que dijo eso?
 —No, estás completamente equivocado. El que lo menciona fue Scott Fitzgerald —Norman Beaumont negó con la cabeza.

No discutí porque, por lo general, Norman sabía lo que decía. De hecho, ése era uno de sus principales atractivos.

Me gustaba tener estudiantes de veterinaria que hacían sus prácticas con nosotros. Los jóvenes ayudaban llevando y trayendo cosas, nos abrían puertas y nos acompañaban en nuestras guardias solitarias. A cambio de eso, adquirían de nosotros conocimientos valiosos para el lado práctico de su educación profesional.

Sin embargo, después de la guerra, me di cuenta de que aprendía de estos jóvenes tanto como ellos aprendían de mí, porque la enseñanza de la ciencia veterinaria había dado un paso gigantesco. Había un campo nuevo y enorme, el de las pequeñas especies, que se abría de una manera impresionante. También se realizaban operaciones muy avanzadas en animales de granja, y los estudiantes de entonces contaban con la gran ventaja de estar en posibilidad de ver cómo se aplicaban esas técnicas en escuelas con modernos quirófanos.

Norman Beaumont estaba cursando su último año de estudios y era un pozo de sabiduría, en el que yo bebía con ansiedad. Pero además de la profesión veterinaria, ambos compartíamos el mismo amor por la lectura. Cuando no estábamos hablando o de temas profesionales, nuestra conversación se canalizaba hacia la literatura, y la compañía de Norman hacía que se acortaran los caminos entre una y otra granja.

Era inmensamente agradable, con una personalidad formal y solemne que iba más allá de sus veintidós años, y que se salvaba de la pomposidad gracias a su buen humor. Un ciudadano de peso, si alguna vez vi alguno; y esta impresión se reforzaba ya que su cuerpo tenía una forma parecida a la de una pera, además del hecho de que había decidido fumar pipa.

Durante una de las visitas que hicimos juntos decidí tocar el tema de las nuevas operaciones.

—¿Y dices que están practicando cesáreas a las vacas en las clínicas de las universidades?

Norman encendió un fósforo y lo acercó a la pipa.

—Esa cirugía resulta tan común como hacer pan; es un procedimiento totalmente rutinario —esas palabras habrían tenido más peso si el joven hubiera podido expeler una voluta de humo tras de ellas, pero había apretado el tabaco demasiado y, a pesar de aspirar con tal fuerza que las mejillas se le hundían y los ojos se le abrían desmesuradamente, no pudo sacar ni una sola bocanada.

—¡Cielos! No sabes la suerte que tienes. Si supieras la cantidad de horas que he

pasado sobre el piso de los establos ayudando a las vacas para que puedan tener a sus becerros y esforzándome hasta el límite para que los terneros saquen la cabeza; en ocasiones, sólo trato de agarrarlos de las patas para tirar de ellos. Si tan sólo hubiera tenido los conocimientos, me habría ahorrado varios problemas con una simple operación. En cualquier caso, ¿qué clase de trabajo es ese?

—Nada del otro mundo —el estudiante me miró con una sonrisa de superioridad. Volvió a encender la pipa, apretó el tabaco y soltó una exclamación de dolor al quemarse los dedos con el fósforo—. Tarda como una hora y no cuesta gran trabajo.

—Suenan maravillosos —dije seriamente—. Esos procedimientos son mucho más fáciles cuando ya se han visto muchas veces.

—Tienes razón —Norman extendió las manos—. Desde luego, la mayoría de las vacas no necesitan una operación de este tipo, y es muy agradable poder anotar las experiencias de un parto natural en mi libro de casos.

Asentí con la cabeza. El libro de casos de Norman era un volumen con una estupenda encuadernación, que contenía todo tipo de material útil meticulosamente ordenado con encabezados en tinta roja. Los maestros que aplicaban los exámenes solían pedir estos libros, y el de Norman bien valdría unos puntos extra en el examen final.

Ya por la tarde, dejé al joven en su alojamiento y me dirigí a Skeldale House para la hora del té. Estaba terminando mi taza cuando Helen se levantó a contestar el teléfono.

—Es el señor Bushell, de Sycamore House —me informó—. Una de sus vacas está a punto de parir.

—Qué coraje; yo pensaba que tendríamos el resto del día para nosotros —me lamenté mientras dejaba la taza—. Por favor, dile que salgo de inmediato —sonreí mientras Helen colgaba el teléfono—. A Norman va a encantarle. Acaba de decirme que le gustaría atender un parto natural para apuntarlo en su libro de casos.

Y era cierto. El joven estaba de un humor excelente cuando pasé por él camino de la granja.

—Estaba leyendo un libro de poesía cuando usted llamó a la puerta —dijo—. Creo que la poesía siempre tiene alguna cosa que puede aplicarse a nuestras vidas. Por ejemplo, en este momento que estoy a punto de vivir algo interesante, encuentro lo siguiente: "Hay esperanza de eternas primaveras en el corazón humano".

—*Ensayo sobre el hombre*, de Alexander Pope —gruñí—. No me sentía tan entusiasmado como Norman. Uno nunca sabe qué va a encontrarse en estos casos.

Tras pasamos la puerta de entrada de la granja y conduje hasta el patio. El granero nos llevó a los establos; en un pesebre al otro lado de la ventana vimos a una vaca de poco tamaño que nos miraba ansiosamente desde su cama de heno. Arriba había un letrero con un nombre pintado con tiza, BELLA.

—¡No es muy grande, señor Bushell! —grité, recordando que el granjero parecía preocupado.

—Sí, siempre ha tenido problemas. Su primer parto fue muy difícil, pero dio buena leche después de eso.

Miré a la vaca mientras me quitaba la camisa y me lavaba los brazos con agua y jabón. No me gustaba esa pelvis tan estrecha y murmuré una plegaria para que el becerro no fuera muy grande.

El granjero empujó con el pie el cuarto trasero de la vaca al tiempo que le gritaba al animal para que se levantara.

—No va a moverse, doctor Herriot —concluyó—. Ha estado quejándose todo el día.

Tampoco me gustaba cómo sonaban los quejidos. Casi siempre se espera algo malo cuando una vaca puja durante tanto tiempo sin obtener ningún resultado. El pequeño mamífero se veía muy cansado. La cabeza le colgaba y tenía los párpados caídos, clara señal de extremo agotamiento.

Bien, si no iba a levantarse, yo tendría que bajar. Con el pecho desnudo sobre el piso, me vino el pensamiento de que las baldosas no se ablandan con el paso de los años. Sin embargo, cuando deslicé la mano por la abertura pélvica, me olvidé de mi incomodidad; estaba verdaderamente estrecha. Más adentro, había algo que me heló la sangre: dos grandes cascos y un enorme hocico con la nariz crispada. Al retirar la mano, la superficie áspera de la lengua del becerro me rozó brevemente la palma. Me senté sobre los talones y elevé la voz.

—¡Señor Bushell, ahí dentro hay un elefante, un becerro enorme, y no hay suficiente espacio para que salga!

—¿No puede cortarlo en pedazos?

—Me temo que no. El becerro está vivo.

—Bueno, sólo es un sobreviviente —dijo el señor Bushell—. Pero, aunque la vaca es pequeña, es muy buena lechera— No me gustaría mandársela al carnicero.

Tampoco a mí; la simple idea me molestaba. En un momento de gran decisión me volví para dirigirme al estudiante.

—¡Ésta es la ocasión propicia, Norman! Lo indicado es hacer una cesárea ahora. ¡Qué bueno que hoy estás tú conmigo —me encontraba en tal estado de excitación que no vi el parpadeo de inquietud en los ojos del joven.

—Señor Bushell — me puse de pie y tomé al granjero por un brazo—, me gustaría hacerle una cesárea a la vaca, abrirla y sacar al becerro.

—¿Como la que les hacen a veces a las mujeres?

—Correcto.

—Bueno, eso suena muy extraño —el granjero alzó las cejas— No sabía que también podían hacerles eso a las vacas.

—Ahora se puede —expliqué con aire de superioridad—. Las cosas han cambiado un poco durante los últimos años.

—Bueno, no sé —se pasó la mano por la boca con lentitud—. Me imagino que la vaca se morirá si le hacen un agujero tan grande. Quizá sea mejor que se la mande al carnicero. Me daría unas cuantas libras por ella.

Sentía que se me escapaba el gran momento.

—Pero es muy pequeña y está muy flaca. No le darán mucho por ella como carne; y, con un poco de suerte, podríamos sacar al becerro vivo.

Estaba yendo contra uno de mis más firmes preceptos, el de no decirle nunca a un granjero lo que debía hacer, pero me sentía atrapado en una especie de locura. El señor Bushell me miró por un largo rato y, asintió lentamente con la cabeza.

—Está bien. ¿Qué necesita?

—Dos cubos de agua caliente, jabón, toallas —contesté—. Si me lo permite, llevaré mi instrumental a la casa para hervirlo.

Cuando el granjero salió, le di una palmada de complicidad en el hombro a Norman.

—Todo está perfecto. Mucha luz, un becerro vivo que sacar y, como el señor Bushell está algo sordo, podré pedirte instrucciones durante la operación sin que él nos oiga.

Norman no contestó una palabra. Le pedí que ordenara todo el equipo y que colocara bastante paja alrededor de la vaca mientras yo hervía el instrumental en la cocina de la granja. En un momento las jeringas, el material de sutura, los bisturíes, las tijeras, los anestésicos locales y el algodón estaban alineados sobre una toalla limpia extendida en una paca de heno. Le añadí un antiséptico al agua y me dirigí al granjero.

—Señor Bushell, haremos que la vaca se vuelva para que usted pueda sujetarle la cabeza hacia abajo.

Entre Norman y yo empujamos a la vaca, que se dejó caer sobre un costado sin oponer resistencia. Le di un ligero codazo al estudiante.

—¿Dónde hago la incisión? —susurré.

Norman se aclaró la garganta.

—Bueno, eh.... más o menos... —señaló.

—Alrededor del rumen, pero un poco más abajo, supongo —asentí con la cabeza.

Corté el pelaje en una franja de treinta centímetros. Necesitaría una gran abertura para sacar al becerro. Insensibilicé toda la zona con anestesia local y comencé a cortar con decisión. Debajo del peritoneo, tropecé con una masa de tejido protuberante de color rosado y blanco. Presioné ahí. Se sentía algo duro dentro. Acaso, ¿sería el becerro?

—¿Es el rumen o el útero? —susurré—. Está muy abajo para ser uno de los

estómagos, así que supongo que será el útero.

—Sí, está en lo correcto ése es el útero —contestó Norman.

—Bien —sonreí con alivio e hice una incisión profunda. Brotó entonces una gran cantidad de pasto a medio digerir seguida de muchos gases y un líquido marrón oscuro. Perdí el aliento.

—¡Es el rumen! ¡Mira toda esta porquería! —gruñí mientras una marea de líquido maloliente surtía del primer estómago de la vaca e inundaba la cavidad abdominal—. ¿A qué diablos estás jugando Norman? —el joven temblaba.

—¡Enhébrame una aguja, rápido!

Con mano temblorosa, Norman me pasó una aguja enhebrada con hilo de sutura. Sin palabras y con la boca reseca comencé a cerrar el gran corte que había hecho en el órgano equivocado. Después, nos dedicamos a limpiar frenéticamente el contenido del estómago que se había extendido invadiendo partes que estaban más allá de nuestro alcance; usábamos grandes apósitos de algodón impregnados con líquido antiséptico. La contaminación debía de ser masiva.

Cuando entre los dos limpiamos todo lo mejor que pudimos, me dirigí al estudiante con un verdadero gruñido.

—¡Pensé que sabías todo acerca de estas operaciones!

—Ya se hacen muchas operaciones... —se veía muy asustado.

—¿En cuántas cesáreas has estado tú presente? —le eché una mirada fulminante.

—Bueno..., mmm..., realmente, nada más en una.

—¡Una! ¡Y yo creí que eras un experto! De cualquier modo, aunque hayas visto sólo una, deberías saber algo por lo menos.

—El caso es que... yo estaba en la parte más retirada del salón de clases.

— ¡Ah, ya entiendo! Y no podías ver bien, ¿verdad? —sonreí con sarcasmo.

—Exactamente —Norman agachó la cabeza.

—¡Bien! ¡Sólo eres un joven mentiroso y tonto! —exclamé con rabia—. ¡Engañarme con tus instrucciones, ¿Te das cuenta de que has matado a esta buena vaca? Con toda esta contaminación, es casi seguro que desarrolle una peritonitis y muera. Lo único que nos queda por ahora es la esperanza de salvar al becerro —haciendo un esfuerzo dirigí la mirada hacia otro lado—. De cualquier manera, vamos a seguir con esto.

Con excepción de mi primer ataque de pánico, el resto de la conversación transcurrió en un tono casi confidencial mientras el señor Bushell seguía disparándonos miradas inquisitivas. Le brindé lo que según yo era una mirada tranquilizadora y volví al ataque. Sumergí un brazo por debajo de lo que ahora sabía que era el rumen. Me encontré con un órgano suave y resistente que contenía un enorme bulto con la dureza e inmovilidad de un saco de carbón. Seguí tocando a lo largo de la superficie y sentí el inconfundible contorno de una pata que empujaba

contra la superficie resbalosa. Ése era el becerro, de acuerdo, pero estaba muy lejos.

Retiré el brazo y me dirigí a Norman de nuevo.

—Desde tu espléndida posición en la parte de atrás del salón de clases —dije con tono hiriente—, ¿te diste cuenta de qué hicieron después?

—¿Después? ¡Ah, sí! —se humedeció los labios—. Se supone que debemos exponer el útero, sacarlo al nivel de la herida.

—¡King Kong no podría levantar este útero! —volví a gruñir—. Siéntelo.

El estudiante, que al igual que yo no traía camisa y estaba empapado, introdujo el brazo por un momento. Después lo retiró y asintió, avergonzado.

—Tiene razón, no se mueve.

—Sólo hay una cosa que podemos hacer. Voy a hacer un corte en el útero y a sujetar esta pata. No hay más de dónde abarrarse.

Era muy desagradable andar hurgando en la oscuridad de lo desconocido, con el brazo metido hasta el hombro en el interior de la vaca, y la boca abierta con ansiedad. Yo estaba aterrorizado. Podría cortar en algún punto vital; pero, antes lo que corté fueron mis propios dedos, varias veces, antes de arreglármelas para hacer una incisión a través del bulto que formaba la pata. En un par de segundos ya la había sujetado. Ya estaba llegando a algo seguro.

Con mucho cuidado, aumenté el corte centímetro a centímetro. Cuando tomé la pata y traté de tirar de ella, deseé con fervor que la abertura tuviera el tamaño suficiente para permitir el paso del becerro. De inmediato me pude dar cuenta de que iba a necesitar una fuerza tremenda para sacarlo a la luz del día. En la actualidad, cuando hago una cesárea, me aseguro de escoger a un ayudante robusto de entre los muchachos de las granjas, pero ese día sólo tenía a Norman.

—¡Vamos! —dije gritando—. ¡Ayúdame!

Comenzamos a tirar entre los dos. Con los dientes apretados y jadeando por el esfuerzo, tiramos hacia arriba hasta que, por fin, pude sujetar la otra pata trasera. Incluso en ese momento, en que cada uno tiraba de una pata, no se movía nada. Conforme nos echamos hacia atrás, ya con el último vestigio de nuestras fuerzas, tuve una de esas repentinas oleadas de iluminación que a veces nos llegan a todos los miembros de esta profesión. ¡Deseé con toda el alma no haber iniciado ese horrible trabajo!

Pero el becerro estaba saliendo gradualmente. Apareció el rabo, después, un costillar de un tamaño increíble y, finalmente, con precipitación, los hombros y la cabeza. Norman y yo caímos sentados, y el becerro nos rodó sobre el regazo resoplando y sacudiendo la cabeza.

—¡Vaya tipo tan grande! —exclamó el granjero.

—Sí —asentí con la cabeza—. Uno de los más grandes que he visto. Nunca habría salido en forma natural.

Mi atención se dirigió con rapidez hacia la vaca. ¿Dónde estaba el útero? Había desaparecido. De nuevo comencé mi búsqueda frenética y desesperada dentro del animal y, después de retirar la placenta, mis dedos tocaron al fin lo que parecían los bordes rasgados de la incisión. Al fin saqué lo más que pude del órgano hacia la luz y noté, preocupado, que la abertura original había aumentado a un grado tal que había una larga rasgadura que desaparecía hacia el cuello uterino.

—¡Suturas! —extendí la mano y Norman me dio una aguja nueva—. Sujeta fuerte los labios de la herida —ordené y comencé a coser. Trabajé con rapidez hasta donde se perdía la rasgadura. El resto fue una especie de martirio. Norman sujetaba con un gesto sombrío mientras yo metía la aguja a ciegas en el tejido.

Para mi desgracia, surgió una nueva complicación. El becerro se había puesto de pie y tropezaba con todo a su alrededor. Siempre me ha fascinado la rapidez con que se incorporan los animales recién nacidos, pero en ese momento me parecía una grave molestia. El becerro buscaba las ubres con ese instinto de alimentarse que nadie puede explicar, empujaba el costado de la vaca con el morro y, en momentos se tambaleaba y caía de cabeza en el agujero de la herida.

—Yo juraría que quiere meterse dentro otra vez —exclamó el señor Bushell—. De verdad que es un tipo muy valiente.

En Yorkshire, "valiente" quiere decir vigoroso; y nunca fue mejor aplicada la palabra. Mientras yo seguía trabajando, tenía que empujar con el hombro el hocico húmedo; pero tan pronto como lo hacía, ya lo tenía encima de nueva cuenta esparciendo partículas de paja y suciedad en la herida abierta.

—Vean esto —me quejé amargamente—. Como si no tuviera yo bastante con este desorden.

Norman no contestó. El sudor le corría por la cara manchada de sangre mientras sujetaba la herida invisible.

Después de un tiempo, que me pareció una eternidad, llegué lo más lejos que pude en la herida uterina, limpié la suciedad del abdomen de la vaca y cubrí todo con polvo desinfectante. Cosí las capas de músculos y piel y, por fin, terminé. Norman y yo con lentitud nos pusimos de pie, como dos viejos, y comenzamos a limpiarnos y lavarnos.

El señor Bushell abandonó su posición junto a la cabeza de la vaca y miró la hilera de puntadas.

—¡Buen trabajo! —exclamó—. Y un gran becerro también.

De verdad que así era. La pequeña criatura se había secado y era una belleza. Se tambaleaba sobre las inestables patas y sus grandes ojos se abrían llenos de curiosidad. Pero ese "buen trabajo" escondía cosas que ni siquiera me atrevía a pensar. Estaba seguro de que la vaca no tenía ninguna esperanza de sobrevivir a la operación. Aun así, como un gesto de profesionalismo, le dejé al granjero algo de

Sulfatiazol en polvo para que se lo aplicara a la vaca tres veces al día. Después de eso, abandoné la granja lo más rápido que pude.

De camino de regreso conduje en absoluto silencio. Al dar vuelta en una curva, detuve el automóvil debajo de un árbol y dejé caer la cabeza contra el volante.

—¿Has visto alguna vez un trabajo así? —dije en un gemido—. Con toda esa porquería en la pobre vaca, la peritonitis es inevitable. Y estoy seguro de que le dejé un agujero en el útero.

—Fue culpa mía —dijo Norman con un tono ahogado.

—No, no lo fue —lo contradije—. Se supone que soy un veterinario calificado y lo único que hice fue cometer errores. Encima de eso, grité y maldije y mi comportamiento contigo fue verdaderamente abominable. Te debo una disculpa.

—No, en verdad yo...

—De cualquier forma, quiero agradecértelo ahora. Trabajaste como un troyano y la verdad es que yo no hubiera llegado a nada si no hubieras estado ahí. Te invito una cerveza.

En la posada del pueblo, nos dejamos caer en un rincón tranquilo y nos sumergimos en nuestros propios pensamientos ante los tarros de cerveza. Ambos teníamos calor y estábamos tan cansados que no dijimos una palabra; en realidad no había mucho que decir.

Yo estaba seguro de que nunca más volvería a ver viva a Bella.

Pero a la mañana siguiente, una morbosa curiosidad me hizo telefonear al señor Bushell.

—¡Doctor Herriot! —dij—. La vaca está de pie y comiendo.

Pasaron unos cuantos segundos antes de que yo pudiera digerir sus palabras.

—¿No la ve un poco incómoda, extraña o triste? —pregunté con voz ronca.

—¡No, no! Está tan alegre como un grillo. Se comió un pesebre lleno de alimento, y le saqué un par de galones de leche —como en un sueño me llegó su siguiente pregunta—. ¿Cuándo va a quitarle las costuras?

—¿Costuras ... ? ¡Ah, sí! —me sacudí a mí mismo—. En quince días, señor Bushell; en quince días.

Después de las angustias de la primera visita, me dio gusto tener a Norman conmigo cuando le retiré los puntos a la vaca. No había hinchazón alrededor de la herida y Bella masticaba tranquilamente un bocado mientras yo le quitaba los hilos. En un corral cercano, el becerro retozaba y lanzaba coces al aire.

—¿No ha mostrado Bella desde la operación algún síntoma que le parezca raro? —no pude evitar hacer la pregunta.

—No —el granjero movió la cabeza lentamente—. Nadie diría que le pasó todo eso.

De esa forma llevé a cabo mi primera cesárea. Con los años, Bella tuvo otros

ocho becerros sin ayuda y con toda normalidad, un milagro que todavía no alcanzo a comprender.

Pero ni Norman ni yo podíamos saberlo en ese momento. Lo que sentimos fue un enorme júbilo, tan grande como inesperado.

—Bueno, Norman —me dirigí a él—. Esta es la práctica veterinaria. Se tienen muchos sobresaltos desagradables, pero también algunas sorpresas estupendas. Con frecuencia he oído hablar de la maravillosa resistencia del peritoneo de los bovinos, Y gracias a Dios es verdad.

—Todo es maravilloso, ¿verdad? —murmuró como en un sueño—. No puedo describir mis sentimientos. Mi cabeza parece estar llena de frases como "Mientras haya vida hay esperanza".

—Desde luego —contesté yo—. John Gay, ¿verdad? Lo dice en *El hombre enfermo y el ángel*.

—¡Ay, muy bien! —Norman aplaudió—. Aquí va otra muy buena: "Esta ortiga, peligro; arrancamos esta flor, seguridad".

—¡Espléndido, espléndido! —repliqué—. William Shakespeare, *Enrique quinto*.

—No, *Enrique cuarto*.

Abrí la boca para discutir, pero Norman levantó la mano con actitud de suficiencia.

—No tiene caso que me discutas, estoy en lo correcto. En este momento sí sé de qué estoy hablando.

Ay, ay, ay! ¡Ay, ay, ay! —el sollozo entrecortado que brotaba del teléfono me despertó totalmente. Era la una de la mañana,

—¿Quién habla? —pregunté—. ¿Cuál es el problema?

—Soy Humphrey Cobb —se oyó una voz masculina que suplicaba entrecortado—. Por favor, venga rápido a ver a Myrtle. Creo que se está muriendo.

—¿Myrtle?

—Sí, mi pobre perrita. Está muy inquieta, jadeando y como si no pudiera respirar. ¡Venga rápido!

—¿Dónde vive usted?

—En Cedar House. Al final de Hill Street.

—Ya sé dónde. En un momento estaré por allá.

—¡Gracias, muchas gracias, Myrtle se está muriendo. Por favor, ¡dése prisa!

Me levanté de inmediato y, mientras me vestía, Helen se sentó.

—¿Qué pasa, Jim?

—Un caso desesperado. Tengo que darme prisa.

Me lancé escaleras abajo hacia la cochera. Siempre he sentido envidia de los veterinarios que mantienen la calma en situaciones de apremio. Yo no era así. Cedar House estaba a un kilómetro y medio de mi casa, por lo que no tuve mucho tiempo antes de llegar. Oprimí el botón del timbre, se encendió la luz de la puerta y apareció el señor Humphrey Cobb. Era un hombre bajito y recordete de sesenta y tantos años, con la apariencia de Humpty—Dumpty, el popular huevito de los cuentos infantiles, acentuada por la brillante calva.

—¡Ay, doctor Herriot, pase! —dijo con voz entrecortada; las lágrimas le rodaban por las mejillas—. Gracias por venir a ayudar a mi pobre Myrtle a estas horas de la madrugada. —Mientras el hombre hablaba, me llegó un intenso olor a whisky que me hizo volver la cara hacia otro lado. El señor Cobb me precedió camino de la cocina y le noté un ligero tambaleo al andar.

Mi paciente estaba echada en un cesto junto a la hornilla de una cocina muy bien equipada. Sentí una oleada de afecto cuando vi que era una *beagle*, como mi propio Sam. Me arrodillé junto al cesto y la observé con atención. Tenía la boca abierta y la lengua le colgaba de lado, pero no se veía en una situación de angustia. De hecho, movió la cola cuando le acaricié la cabeza. El ruido del rabo contra el borde del cesto me tranquilizó.

—¿Cómo la ve, doctor Herriot? Se trata del corazón, ¿verdad? —el hombrecillo se inclinó sobre su mascota y las lágrimas volvieron a correr sin control.

—Bueno, señor Cobb, al parecer no se ve mal del todo. No se angustie. Permítame examinarla.

Le puse el estetoscopio sobre las costillas y escuché el rítmico latido de un corazón perfectamente sano. La temperatura era normal, y estaba palpándole el abdomen cuando el señor Cobb volvió a interrumpir.

—El problema es —dijo con dificultad— que yo he abandonado a es este pobre animal. Todo el día lo he pasado en las carreras, jugando y bebiendo, sin dedicarle ni siquiera un pensamiento.

—¿La dejó sola todo ese tiempo?

—No, no; la señora estuvo con ella.

—Está bien, entonces —sentí que estaba inmiscuyéndome—. ¿No habrá sido que ella le dio de comer y la dejó en el jardín?

—¡Oh, sí! —aceptó, retorciéndose las manos—. Pero no debí abandonarla, porque Myrtle piensa mucho en mi.

De pronto, sentí que un lado de la cara me hormigueaba por el calor. Mi problema estaba resuelto.

—La han puesto muy cerca de la hornilla. Está jadeando porque tiene mucho calor.

—Apenas hoy cambiamos el cesto de lugar —me miró con un gesto de duda—. Estamos colocando losetas nuevas en el piso.

—Correcto. Vuelvan a ponerla en su sitio original y volverá a sentirse bien.

—Pero, doctor Herriot —volvieron a temblarle los labios—, es más que eso. Está sufriendo. Véale la mirada.

Myrtie tenía los ojos expresivos propios de su raza y, además, sabía cómo usarlos. Muchas personas creen que el *spaniel* es el número uno en lo que a mirada sentimental se refiere, pero en lo personal me inclino por el *beagle*. Y Myrtle era una experta.

—Bueno, yo no me preocuparía por eso, señor Cobb. Créame está muy bien.

—Pero... ¿No va a hacerle algo? —todavía no se encontraba conforme con lo que acababa de decirle.

Ésta es una de esas grandes preguntas en la práctica veterinaria. Si uno no "hace algo", la gente no se da por satisfecha. En este caso particular, el señor Cobb necesitaba más atención que su perra. Así que, sólo para satisfacerlo, saqué una tableta de vitaminas de mi maletín y la puse debajo de la lengua de la perrita.

—Ya está. Seguro que con esto se aliviará.

—Estupendo. Acaba de devolverme la tranquilidad —el señor Cobb me condujo a un lujoso salón y se dirigió titubeante hacia un mueble bar—. ¿Tomará una copita antes de retirarse?

—No, gracias —me disculpé—. Mejor no.

—Bueno, yo me tomaré una. Sólo para tranquilizar los nervios —vertió un poco de whisky en un vaso y me señaló una silla.

La cama me llamaba, sin embargo me senté y lo escuché mientras bebía. Me contó que era un editor retirado de West Riding que había llegado a Darrowby hacía un mes. Aunque ya no estaba conectado directamente con las carreras de caballos, todavía conservaba el amor por ese deporte y nunca faltaba a las reuniones anuales en el norte de Inglaterra.

—Tomé un taxi para que me llevara y pasé un día extraordinario —tenía la cara radiante al recordar los buenos momentos; mas regresó su expresión de desaliento—. Pero me olvidé de mi perrita y la dejé en casa.

—No hay nada de qué preocuparse —dije—. ¿La lleva a hacer ejercicio?

— ¡Oh, sí! La paseo varias veces al día.

—Entonces, vive realmente bien.

Me miró y se sirvió más whisky.

—Usted es un buen muchacho; vamos, una antes de irse.

—Está bien, pero sólo un poco.

Mientras bebíamos, comenzó a observarme con una especie de devoción en la mirada.

—James Herriot —farfulló—. Jim, supongo ¿verdad?

—Bueno, sí.

—Entonces, yo te llamaré Jim y tú me llamarás Humphrey.

—Está bien, Humphrey —dije, mientras bebía el último trago de whisky—. Pero ahora tengo que irme.

Ya fuera, me puso una mano sobre el brazo con expresión seria.

—Gracias, Jim. Myrtle estaba verdaderamente mal y te estoy muy agradecido.

De regreso a casa, cobré conciencia de que había fallado en mi intento por convencerlo de que yo no le había salvado la vida a su perra. Fue una visita extraña y Humphrey Cobb era un hombrecito muy gracioso. Pero me agradó.

Después de esa noche volví a verlo con frecuencia "ejercitando" a Myrtle en el campo. Su cuerpo casi esférico parecía rebotar sobre el césped, pero sus modales siempre eran discretos y muy racionales, excepto porque seguía agradeciéndome por haber rescatado a su perrita de las garras de la muerte.

Muy pronto, volvimos al comienzo. Una vez más, era pasada la medianoche cuando levanté el auricular y escuché el mismo llanto entrecortado.

—¡Ay... ay! Jim, Myrtle se ve muy mal. ¿Puedes venir?

—¿Cómo...? ¿Qué le pasa ahora?

—Se sacude en una forma terrible. ¡Oh, Jim, muchacho, no me hagas esperar! Estoy muy preocupado. Seguro que tiene moquillo.

La cabeza empezó a darme vueltas.

—No puede tener moquillo, Humphrey. No tan repentinamente, así nada más.

—Te ruego que vengas, Jim —volvió a decir, como si no hubiera escuchado mi

comentario.

—Está bien, Humphrey —acepté con voz cansada—. Estaré allá en un minuto.

—¡Oh, Jim, de verdad que eres un buen muchacho...! —la voz se perdió al colgar el auricular. Esta vez me vestí sin el pánico de la ocasión anterior. Seguro debía tratarse de otra falsa alarma, pero uno nunca sabe.

En Cedar House, me envolvieron nuevamente los efluvios del whisky. Humphrey, lloriqueando y quejumbroso, me llevó de prisa a la cocina.

—Ahí está —dijo señalando el cesto—. Acabo de regresar y la encontré en este estado.

—Otra vez estabas en las carreras, ¿verdad?

—Sí, jugando, bebiendo y abandonando a mi pobre perra en casa. Soy un canalla, Jim; eso es lo que soy.

—¡No digas disparates, Humphrey! Ya te he dicho que no haces ningún daño con irte todo el día de la casa. Además, ¿qué pasó con las sacudidas? Yo la veo muy bien.

—Dejó de hacerlo, pero cuando entré, una de sus patas traseras se movía así —hizo un movimiento espasmódico con la mano.

—Quizá estaba rascándose —gruñí para mis adentros.

—No, era mucho más que eso. Te digo que está sufriendo, por favor, mírale los ojos.

Los ojos de Myrtle eran como pozos llenos de emoción y en sus profundidades podía leerse el reproche.

La examiné, convencido de la inutilidad de tal acción. Sabía que no iba a encontrar nada.

—Dale una tableta —me rogó—. La última vez la curó.

Para devolver la paz al espíritu del hombre, le di otra vitamina a Myrtle. Inmensamente aliviado, Humphrey regresó al salón y a la botella de whisky.

—Necesito "levantarme" un poco después del susto —confesó—. Tú también deberías tomarte una, muchacho; ¿quieres?

Este melodrama se repitió varias veces en los meses siguientes, siempre después de las carreras y siempre pasada la medianoche. Tuve amplias oportunidades de analizar la situación, y llegué a una conclusión: la mayor parte del tiempo, Humphrey era un hombre normal y consciente con su mascota, pero después de una copiosa ingestión de alcohol, sus sentimientos afectivos degeneraban en un fuerte sentimiento de culpa. Siempre atendí sus llamadas, porque sabía que su aflicción se haría muy grande en caso de que yo me rehusara a hacerlo. En realidad, estaba dándole tratamiento a Humphrey, no a Myrtle. Me divertía el hecho de que ni por una vez el hombre aceptara mis protestas de que mis visitas eran innecesarias. Él estaba realmente convencido de que, en todas las ocasiones, mis tabletas mágicas le habían salvado la vida a la perra.

Pensándolo bien, yo no descontaba la posibilidad de que Myrtle estuviera haciéndolo sentir mal deliberadamente con esas miradas. La mente canina tiene la capacidad de desaprobear ciertas actitudes. Yo mismo me hacía acompañar casi siempre de mi perro, pero si me iba al cine con Helen y a Sam lo dejábamos en casa, se metía debajo de la cama con una actitud de resentimiento.

Cuando Humphrey me dijo que tenía pensado que Myrtle se apareara, se me encogió el ánimo porque sabía que el consiguiente estado de preñez de la perrita iba a acarrear toda clase de amenazas a mi tranquilidad. Y así fue. El hombrecillo entró en una serie de pánicos infundados, descubriendo síntomas imaginarios a lo largo de las nueve semanas. Sentí un gran alivio cuando Myrtle tuvo una camada de cinco perritos. "Al fin", pensé, "podré dormir tranquilo". Ya estaba cansándome de las tonterías nocturnas de Humphrey.

Pero, pronto, una noche, me explotó en el oído el timbre del teléfono. Al descolgarlo, escuché un sonido familiar.

—¡Ay... ay... ay!

—¡Humphrey! —mascullé—. ¿Qué pasa ahora?

—¡Oh, Jim, Myrtle se está muriendo! ¡Ahora es cierto, lo sé! ¡Ven cuanto antes!

—¿Muriendo? —respiré con irritación—. ¿De dónde sacas eso?

—Bueno, Myrtle está echada sobre un costado, muy estirada y temblando.

—¿Algo más?

—Sí. La señora dice que, cuando se retiró por la tarde, Myrtle se veía "preocupada" y caminaba con dificultad. Yo acabo de regresar de Redcar, ya sabes.

—Así que estuviste en las carreras, ¿verdad?

—Así es... abandonando a mi perra. Soy un desobligado.

Cerré los ojos. Los síntomas imaginarios parecían no tener fin. Esta vez, la perrita estaba temblando, se veía "preocupada", caminaba con dificultad. ¿Qué seguiría? Yo tenía como norma el no desatender nunca una llamada nocturna, pero Humphrey había estirado esta práctica al punto de la ruptura. Esto no podía continuar. Tenía que ponerle un alto.

—Mira, Humphrey. No le pasa nada a tu perra. Te lo he dicho una y otra vez...

—¡Oh, Jim, muchacho, no tardes! ¡Ay... ay!

—No voy a ir, Humphrey.

—¡No, no digas eso! ¡Se está yendo muy rápido, de verdad!

—Te lo digo. Estás desperdiciando mi tiempo y tu dinero, así que acuéstate. Myrtle estará bien.

Atormentado por haber desatendido una llamada por primera vez en mi vida, caí en un ligero sopor. Pero es bueno que el subconsciente trabaje durante el sueño, porque desperté sobresaltado cuando el reloj marcaba las dos de la mañana.

—¡Oh, no! —grité—. ¡Myrtle tiene eclampsia! —la eclampsia se manifiesta por

una serie de ataques convulsivos seguidos de un estado de coma—. Me levanté de la cama de un salto apresuradamente.

—Y ahora, ¿qué es lo que pasa? —preguntó Helen—. ¿Cuál es el problema, Jim?

—Humphrey Cobb —contesté, atándome un zapato.

—Humphrey... Pero tú has dicho siempre que no ha habido nunca una urgencia real...

—Esta vez sí. Su perra se muere —miré el reloj—. De hecho puede que ya esté muerta.

Salí volando hacia el automóvil, recortando todos los síntomas que me había dado Humphrey por teléfono: la pequeña perra amamantaba a sus cachorros, signos de ansiedad, dificultad para andar durante la tarde y luego postración y temblores. Era un caso clásico de eclampsia puerperal. Si no se trata a tiempo, puede causar una muerte rápida, y ya había pasado una hora y media desde la llamada. No soportaba pensar en ello.

Humphrey estaba levantado todavía. Obviamente, consolándose con la botella, porque apenas podía sostenerse.

—Por fin llegaste, Jim, muchacho —balbuceó, mirándome con los ojos entornados.

—¿Cómo está?

—Igual...

Sujetando el calcio y una jeringuilla intravenosa, corrí hacia la cocina. El cuerpo suave y brillante de Myrtle estaba extendido en un espasmo titánico. La perra respiraba con gran dificultad, temblaba violentamente y del hocico le escurrían burbujas de saliva. Los ojos habían perdido la suavidad y estaban fijos con una mirada de desesperación. Se veía muy mal, pero estaba viva... estaba viva.

Puse los cachorros en una alfombra cercana y rápidamente limpié con alcohol la zona de la vena. El calcio constituye la única curación en estos casos, sin embargo una dosis repentina puede matar al paciente. Inserté la aguja y presioné lentamente el émbolo. Algunas veces hay que inyectar algún tipo de narcótico junto con el calcio, y ya tenía listo el Nembutal y la morfina, por si se presentaba una emergencia.

Conforme pasaban los minutos, la respiración de Myrtle fue haciéndose más acompasada y la rigidez muscular empezó a ceder poco a poco. Cuando me miró y comenzó a tragar saliva, tuve lacerteza de que se salvaría.

Estaba esperando a que terminaran de desaparecer los últimos temblores en las extremidades, cuando percibí un ligero golpecito en el hombro. Humphrey estaba de pie detrás de mí con la botella de whisky en la mano.

—Te tomarás una, ¿verdad, Jim?

Esta vez no necesité de mucha insistencia de su parte, sabía que por un poco más había sido el responsable de la muerte de Myrtle. Apenas había tomado el primer

sorbo de whisky cuando la perra se levantó del cesto y fue a inspeccionar a sus cachorros. En algunos casos de eclampsia la respuesta es lenta, pero en otros es muy rápida; por fortuna, para la salvación de mi sistema nervioso, éste fue de los rápidos. De hecho, la recuperación fue casi sobrenatural, porque, después de olfatear a los cachorros, Myrtle se me acercó con los ojos rebosantes de amistad y moviendo la cola.

Estaba acariciándole las orejas cuando Humphrey empezó a reír con una risa nerviosa.

—¿Sabes algo, Jim? Esta noche he tenido la oportunidad de aprender mucho —dijo arrastrando las palabras.

—¿Qué aprendiste, Humphrey?

—He aprendido... je, je, je... he aprendido la clase de tonto que he sido todos estos meses.

—¿Qué quieres decir?

Movió el dedo índice con un gesto de sabiduría.

—Tú siempre me has dicho que yo me imaginaba cosas cuando creía que mi perra estaba enferma.

—Sí. Eso es correcto.

—Y nunca te creí, ¿verdad? Ahora me he dado cuenta de que tenías razón. He sido un loco.

—Mírala —movió la mano buscando al animal—. Cualquiera puede ver que esta noche tampoco le pasaba nada.

Era un momento de tranquilidad en Skeldale House y yo recordé los días de estudiante, cuando mi socio Siegfried, su hermano Tristán y yo vivíamos bajo el mismo techo.

—¿Sabes, Jim? —recordé a Tristán diciendo en una de aquellas mañanas tan lejanas. —Con frecuencia me pregunto si existe alguna otra casa en la cual la preferencia de una dama se demuestre con estiércol de cabra—.

—Bueno, ¿no es gracioso? —le dije a Tristán en esa ocasión—. Yo también he pensado lo mismo. Realmente es muy extraño.

Acabábamos de desayunar. La señora Hall, nuestra ama de llaves, siempre nos ponía la correspondencia a un lado del pato; y ahí, en el lugar de Siegfried, dominando la escena como emblema de triunfo, estaba la lata llena de estiércol de cabra que la señorita Grantley le enviaba. A pesar de la envoltura color marrón, todos sabíamos lo que había dentro porque ella siempre usba el mismo tipo de envase: una lata vacía de cocoa de unos quince centímetros de alto. O las conseguía con sus amistades, o le encantaba la cocoa.

De lo que no había duda era del afecto que la mujer sentía por las cabras. Parecía que estos animales gobernaban su vida, lo cual era muy extraño, porque el cuidado de las cabras era un entretenimiento inesperado para una belleza rubia que bien podría haber entrado sin ningún esfuerzo en el mundo del cine.

Otra de las rarezas de la señorita Grantley era que permanecía aún soltera. Cada vez que yo iba a su casa, me maravillaba la idea de que una persona como ella pudiera mantener alejados a los hombres. Tendría unos treinta años, una bella figura y unas piernas muy bonitas; cuando miraba el fino contorno de su rostro, me preguntaba si aquella quijada tan firme era lo que mantenía alejados a los posibles pretendientes. Pero no era así, porque era una mujer muy alegre y tenía un carácter encantador; concluí que simplemente no quería casarse. Poseía una casa muy agradable y, por supuesto, mucho dinero. Aparentemente era muy feliz.

Otra cosa de la que yo no tenía la menor duda era que el estiércol de cabra constituía una muestra de su afecto. La señorita Grantley tomaba muy en serio su ocupación de "ganadera" e insistía en que las heces de las cabras se examinaran regularmente en un laboratorio en busca de parásitos. Las muestras siempre iban dirigidas a Siegfried, y yo no le había dado ninguna importancia al hecho hasta, que una mañana, unos cuantos días después de que le había causado gran alegría al retirar una brizna de paja incrustada en el ojo de uno de los machos, la familiar lata apareció junto a mi plato, dirigida a mí.

Fue entonces cuando me di cuenta de que ése era un gesto de aprobación. En la antigüedad, los caballeros feudales llevaban un guante sujeto a la silla de montar, o

un pañuelo en la punta de la lanza, como símbolo de la estimación que su dama sentía por ellos. En el caso de la señorita Grantley, ese símbolo era el estiércol de las cabras.

Cuando fui yo quien recibió una lata, la cara de Siegfried mostró un pequeño gesto de sorpresa, y supongo que en la mía apareció uno de vanidosa satisfacción, pero él no tenía de qué preocuparse. En un par de semanas, la lata reapareció en su lado de la mesa. Después de todo, esto era perfectamente natural porque, si el verdadero atractivo masculino tenía algo que ver con esta situación, no había duda de que Siegfried nos sacaba una considerable ventaja. Tristán perseguía a las muchachas de la localidad con gran entusiasmo y considerable éxito; yo no tenía razón para quejarme en ese sentido, pero Siegfried estaba en otra categoría. Él parecía volverlas locas.

No tenía que perseguirlas; ellas lo perseguían a él. Al tiempo de conocerlo, pude comprobar que lo que se decía acerca del atractivo irresistible de los hombres altos con cara angulosa era verdad. Si a eso le agregábamos su encanto natural y una personalidad dominante, era inevitable que las latas de estiércol aparecieran en su lado con regularidad. Así fue durante bastante tiempo, sin que importara el hecho de que tanto él, como Tristán o yo visitáramos el rebaño de cabras de la señorita Grantley con la misma frecuencia que Siegfried. Las visitas eran constantes porque ella llamaba al más mínimo asomo de malestar en alguno de los animales.

Sin embargo, una mañana en que oí su voz al teléfono me di cuenta de que esta vez no era para algo trivial. Se oía agitada.

—Doctor Herriot, Tina se enganchó el lomo en un clavo y se ha hecho una herida muy grande. ¿Podría venir a verla?

—Sí, iré de inmediato.

Sentí una ligera satisfacción que me corrió por el cuerpo. Éste sería otro trabajo de sutura, y a mí me gustaban mucho esos trabajos. Eran fáciles y siempre impresionaban al cliente. Me sentía más a gusto en ese terreno que en el del diagnóstico. Cuando la señorita Grantley me hacía preguntas respecto de las enfermedades en las cabras, me ponía en verdaderos aprietos, porque en la universidad no me habían enseñado casi nada acerca de estos animales y, aunque había leído algo sobre ellos, de ninguna manera me consideraba un experto.

Iba saliendo cuando Tristán surgió lentamente de las profundidades del sillón en el que pasaba una buena parte de su tiempo. Se estiró dando un bostezo.

—La señorita Grantley, ¿eh? Creo que iré contigo; tengo ganas de salir un rato.

—Está bien, vámonos —sonreí—. Para mí, él siempre era buena compañía.

La señorita Grantley nos recibió enfundada en un sedoso mono azul pálido que en nada disminuía sus atractivos.

—Muchas gracias por venir —dijo—. Sígueme, por favor.

Caminar detrás de ella era todo un premio. De hecho, al entrar en el cobertizo

Tristán no vio un escalón, tropezó y cayó de rodillas. La señorita Grantley lo miró brevemente antes de apresurarse hacia un establo que estaba al fondo.

—Ahí está —indicó y se cubrió los ojos con una mano—. No puedo mirarla.

Tina era un buen ejemplar de la raza *saanen*, pero su belleza estaba arruinada por una gran herida en forma de V que le había desgarrado la piel a la altura del hombro, dejando a la vista todos los músculos hasta el hueso. Era impresionante pero superficial, de modo que podía cerrarla con facilidad, al tiempo que podría "lucirme" en el proceso. Me veía a mí mismo insertando la aguja por última vez, apuntando hacia la casi invisible herida y diciendo: "ya está; se ve mejor, ¿verdad?", mientras la señorita Grantley me miraba embelesada.

Por el momento, se estrujaba las manos preguntando: "¿Cree usted que puede salvarla?"

—Desde luego —asentí con autoridad—. Requiere de un buen trabajo de sutura, pero esto estoy seguro que lo resistirá.

—¡Gracias a Dios! —susurró aliviada—. Traeré agua caliente.

En un momento estaba listo para la acción. Tristán sujetó la cabeza de Tina mientras yo limpiaba perfectamente la herida y después empecé a coser. La señorita Grantley me daba las tijeras para que cortara cada punto. Todo empezó muy normal, pero la herida era muy grande, y tomaría algún tiempo suturarla. Busqué en la mente algún tema ligero de conversación.

Tristán intervino, al parecer pensando lo mismo que yo.

—Precioso animal, la cabra —dijo, pretendiendo no dar importancia a la frase.

—¡Ay, sí! —contestó la señorita Grantley, regalándole una luminosa sonrisa—. Estoy de acuerdo.

—Si uno lo piensa bien, es posible que la considere como el animal doméstico más antiguo —continuó mi amigo—. Las pinturas rupestres nos muestran que las cabras han sido parte de la vida del hombre desde tiempo inmemorial. Es un pensamiento fascinante.

Desde mi posición en cuclillas lo miré, sorprendido. En mi relación con Tristán había descubierto muchas cosas que le fascinaban, pero las cabras no estaban incluidas en esa lista.

—Y tienen un metabolismo maravilloso —añadió mi amigo—. Consumen alimentos que otros animales ni siquiera mirarían y, de ese alimento, producen leche en abundancia.

—Desde luego —susurró nuestra clienta.

—Y también tienen su carácter —rió Tristán—. Son duras y resistentes frente a cualquier clima, además de ser temerarias e ingerir impunemente plantas venenosas que matarían a muchas otras criaturas.

—¡Sí, en verdad que son asombrosas! —la señorita contemplaba a mi amigo

extasiada y me pasaba las tijeras sin dirigirme la mirada.

Sentí que debía intervenir en la conversación.

—Las cabras son realmente extremosas... —comencé a decir.

—Pero, ¿sabe usted? —Tristán volvió a la carga—. Lo que más me gusta de ellas es su naturaleza afectiva. Está claro que por eso la gente se aficiona tanto a ellas.

—Muy cierto, muy cierto —la dama afirmó con seriedad.

Después, mi colega extendió una mano y jugueteó con el heno del pesebre.

—Observo que alimenta usted muy bien a sus cabras: cardos, ramas de arbustos y plantas fibrosas. Es evidente que usted sabe que las cabras prefieren este tipo de alimentos. Por eso es que sus animales están tan sanos.

—¡Oh, gracias! —se ruborizó—. Desde luego, también les doy concentrados.

—Granos integrales, supongo.

—Sí, claro: siempre.

—Bien, bien. Eso les mantiene alto el pH del rumen. Si el pH está bajo, las cabras pueden sufrir hipertrofia de las paredes intestinales e inhibición de las bacterias que digieren la celulosa.

La señorita Grantley lo miraba como a un profeta.

—¿Podría darme las tijeras por favor? —gruñí. Estaba empezando a sentir calambres por la posición en la que me encontraba, y disgusto, al mismo tiempo, por la creciente impresión de que mi clienta se había olvidado de mí. Pero seguí obstinado en mi tarea, una parte de mi pensamiento estaba satisfecho de ver cómo la piel iba cubriendo gradualmente el área descubierta, y la otra escuchaba con asombro a mi socio, quien pontificaba con solemnidad sobre la construcción de alojamientos para las cabras, sus dimensiones y ventilación.

Después de un buen rato, inserté el último punto de sutura y me levanté penosamente.

—Bueno, ya se ve mejor, ¿verdad? —exclamé, pero sin causar el impacto que yo esperaba porque Tristán y mi clienta estaban ya enfrascados en una discusión sobre los méritos relativos de las distintas razas de caprinos.

De pronto, la señorita Grantley se dio cuenta de que yo había terminado.

—¡Muchas gracias! —dijo distraída—. Se ha molestado usted tanto que creo que es un buen momento para que ambos se tomen una taza de café.

Con nuestras tazas sobre las rodillas en el elegante saloncito, Tristán continuaba incansable disertando sobre la alimentación de las crías destetadas y también la anestesia para quitarles los cuernos. Entonces, la señorita Grantley se volvió hacia mí. Era claro que seguía bajo el influjo de Tristán, pero también lo era que la cortesía le indicaba que debía incluirme en la conversación.

—Doctor Herriot, hay algo que me preocupa. Yo comparto los pastos con la granja próxima a la mía, y mis cabras pacen con las ovejas de mi vecino. He oído que sus

animales tienen problemas con una enfermedad pulmonar, la coccidiosis. ¿Hay alguna posibilidad de que mis cabras se contagien?

Le di un largo sorbo a mi café para darme tiempo de pensar.

—Bueno.... eh... Yo diría que...

—De ninguna manera —mi amigo volvió a intervenir sin ningún esfuerzo—. Considero que no debe preocuparse por eso. La mayoría de los coccidios que la provocan son específicos de los animales que los portan.

—Gracias —ella se dirigió nuevamente a mí, como si quisiera darme una última oportunidad—. Y ¿qué me dice de los gusanos, doctor Herriot? ¿Pueden acaso infectarse mis cabras con los gusanos de las ovejas?

—¡Ah!, veamos... —podía sentir un ligero sudor sobre las cejas—. La cosa es que...

—Desde luego —murmuró Tristán entrando una vez más en mi ayuda—. Como iba a decir el doctor Herriot, hay un verdadero peligro de infección de helmintiasis, ya que los nematodos que la causan son comunes a ambas especies. Debe desinfectar sus cabras con regularidad; si quiere, puedo darle un breve programa..

Me hundí aún más en el sillón y lo dejé seguir con el tema. Finalmente terminó y nos fuimos hacia el automóvil.

—Volveré dentro de diez días para retirar los puntos —le informé a la señorita Grantley. Tuve la sensación de que eso fue lo único sensato que dije en toda la tarde.

Conduje menos de un kilómetro, detuve el vehículo y me dirigí a mi acompañante.

—¿Desde cuándo te has vuelto un amante de las cabras? —le pregunté con alguna aspereza en la voz—. Y ¿de dónde has sacado todos esos tecnicismos que estuviste predicando ahí?

Tristán sonrió, se echó hacia atrás en el asiento y finalmente soltó la carcajada.

—Lo siento, Jim —dijo cuando se recuperó—. Como sabes, presentaré exámenes en unas cuantas semanas, y he oído que uno de los profesores está muy orientado hacia las cabras. Anoche estudié todo lo que encontré sobre estos animales. Es increíble la oportunidad que tuve de sacarlo a relucir tan pronto.

—Ya veo. Mejor déjame ver todo lo que leíste anoche. No me había dado cuenta de lo ignorante que soy.

Una semana después, se presentó una interesante secuela de los hechos. Siegfried y yo íbamos a desayunar, cuando mi socio se detuvo a medio camino y vio la mesa del comedor. Ahí estaba la conocida lata de cocoa, pero esta vez en el lugar de su hermano. Lentamente, se acercó y leyó la etiqueta. Yo también le eché un vistazo. No había equivocación posible, estaba dirigida al señor Tristán Farnon.

Siegfried no dijo nada, sólo se sentó a la cabecera de la mesa. El joven Farnon se reunió con nosotros, examinó la lata con interés y comenzó a desayunar.

Nadie dijo una palabra, pero un hecho innegable pesaba en el ambiente: Tristán se había convertido en el hombre fuerte.

El granjero se movió entre las vacas y sujetó el rabo de mi paciente. Cuando vi el corte de pelo del hombre supe que Josh Anderson había vuelto a hacer de las suyas. Era un domingo por la mañana y todo encajaba perfectamente.

—¿Estuvo anoche en la taberna Hare and Pheasant? —pregunté mientras insertaba el termómetro en la vaca.

El granjero se pasó lentamente la mano por la cabeza con un gesto desconsolado.

—Sí. Debí haberlo pensado mejor antes de escoger un sábado por la noche.

Josh Anderson era uno de los peluqueros de la localidad. Le gustaba su trabajo, pero también le gustaba la cerveza. De hecho, todas las noches llevaba sus utensilios a la taberna. Por el precio de una pinta, o sea un poco más de medio litro de cerveza, hacía un corte rápido de pelo, en el baño de caballeros, a cualquiera que lo solicitara. Con la cerveza a seis peniques la pinta, ése era un buen trato, aunque los clientes de Josh sabían a lo que se exponían. Si las ingestiones del barbero habían sido moderadas, saldrían ilesos de la experiencia, la moda en Darrowby no era muy exigente en cuanto al estilo del cabello, pero si eran superiores a las ocho pintas de costumbre, como sucedía los sábados por la noche, las consecuencias podían ser terribles.

Miré de nuevo la cabeza del granjero. La experiencia me decía que Josh debió de haber andado por la marca de las diez pintas cuando hizo ese corte. La parte superior de la cabeza mostraba una especie de surco profundo cavado al azar, con algunos sitios desnudos alternados con mechones largos. Sin duda, también habría sido interesante ver la parte trasera; seguramente habría por ahí un rizo en forma de cola de cerdo o alguna otra cosa furtiva.

Sí, concluí, definitivamente eran diez pintas. Después de doce o catorce pintas, Josh tendía a abandonar toda prudencia y simplemente corría por la cabeza de sus víctimas con la maquinilla de corte dejando una especie de mechón en el frente; el clásico corte de los convictos, que hacía necesario usar una gorra durante las semanas siguientes.

Yo siempre me aseguraba; cuando necesitaba cortarme el pelo, iba al establecimiento de Josh, donde tenía la certeza de encontrarlo en un estado de absoluta sobriedad.

Unos días después de aquello, esperaba mi turno en la peluquería, con mi perro Sam bajo la silla. Había un hombre fornido sentado en el sillón de barbero, y su cara enrojecida, reflejada en el espejo, se contraía con frecuentes espasmos de dolor. La explicación era muy simple: Josh no cortaba el cabello, lo arrancaba. Esto se debía no sólo a que su equipo era anticuado y necesitaba un trabajo de afilado con urgencia, sino a que había perfeccionado cierto movimiento giratorio con la muñeca, al final de

cada pasada con la maquinilla, que tironeaba del cabello arrancándolo de los folículos pilosos.

Lo asombroso era que todos íbamos con Josh cuando necesitábamos un corte de pelo, aunque había otro peluquero cerca. Quizá era porque Josh nos simpatizaba a todos.

Sentado en su establecimiento, yo lo observaba mientras hacía su trabajo. Era un hombre menudo, de cincuenta y tantos años, con una sonrisa amable que nunca dejaba su rostro; esa sonrisa y una mirada especial y curiosa, ultraterrenal diría yo, le daban un atractivo fuera de lo común. Cuando el cliente se levantó del sillón, con un gesto de alivio porque había terminado su martirio, Josh revoloteó a su alrededor, cepillándolo y hablando amable. Se le veía el amor por sus semejantes.

Junto a su enorme cliente, Josh se veía más pequeño que nunca, y me maravillaba al pensar dónde podía caberle toda la cerveza que tomaba. Incluso ahora, en estos días, después de cuarenta años en Yorkshire, no puedo competir con los granjeros. Quizás se debe a mi ascendencia escocesa, de Glasgow, porque después de dos o tres pintas empiezo a sentirme incómodo. Lo extraordinario es que, a través de los años, difícilmente puedo recordar haber visto borracho a un habitante de Yorkshire. Conforme fluía la cascada de cerveza que les pasaba por la garganta, se volvían más joviales, pero rara vez perdían el equilibrio o hacían alguna tontería. Josh, por ejemplo, podía tomar alrededor de ocho pintas todas las noches, excepto los sábados, en que aumentaba la dosis a entre diez y catorce pintas, sin que cambiara mucho su aspecto. Lo que sufría era su habilidad profesional, pero eso era todo.

—Doctor Herriot —se dirigió a mí—, qué gusto verlo de nuevo —me envolvió con su cálida sonrisa mientras me señalaba el sillón—. ¿Está usted bien?

—Muy bien, gracias, señor Anderson —contesté—. ¿Y usted?

—Bien, señor; muy bien —empezó a acomodarme la tela bajo la barbilla y sonrió al ver a mi pequeño beagle trotar bajo el lienzo—. Doctor Herriot, de verdad que Sam es un amigo fiel; nunca lo pierde de vista.

—Así es. Y a mí no me gusta ir a ningún lado sin él. Por cierto, ¿no lo vi con un perro el otro día? —le pregunté, al tiempo que hacía girar el sillón.

Josh hizo una pausa con las tijeras en la mano.

—Ciertamente. Una pequeña vagabunda. La saqué del asilo para perros y gatos de York, y se ha convertido en todo un personaje. Ahora que nuestros hijos ya se han ido, mi señora y yo pensamos en un perro; y la verdad es que la disfrutamos mucho.

—¿De qué raza es?

—Ahora que lo pregunta, es mestiza, me imagino. No veo de qué raza podría ser, pero vale más que todo el dinero del mundo.

Espere un momento y la bajaré para que la vea.

Subió por la escalera, pues habitaba encima de la peluquería, y regresó con una

pequeña perra en los brazos.

—Aquí la tiene, doctor Herriot. ¿Qué le parece? —la dejó en el piso para que yo la viera.

El animalito parecía una oveja *Wensleydale* en miniatura, con el pelo gris claro, largo y rizado. Definitivamente era un perro de linaje desconcertante, pero el alegre movimiento de la cola garantizaba su buen carácter.

—Me agrada —le dije—. Creo que escogió una ganadora.

—Eso es lo que pensamos —se agachó y acarició a su nueva mascota tomando unos mechones de pelo y deslizándolos entre el pulgar y el índice. Aquello se veía un poco extraño, pero se me ocurrió que Josh estaba acostumbrado a hacerlo así con sus clientes.

—La llamamos Venus.

—¿Venus?

—Sí, por lo bonita que es —su tono era de seriedad.

—¡Ah, sí! Ya veo.

Se lavó las manos, tomó las tijeras y sostuvo un mechón de mis cabellos. Repitió el mismo procedimiento de deslizarlo entre los dedos antes de cortar.

No pude entender por qué Josh hacía eso, pero estaba demasiado preocupado para pensar detenidamente en el asunto. Sentí un tirón desagradable cuando las melladas hojas de las tijeras se cerraron. Aun así, las cosas no iban tan mal hasta que cambió las tijeras por la maquinilla; entonces me agarré del sillón como si estuviera en el del dentista. Ese tirón al final de cada pasada, que arrancaba de raíz el último mechón de cabellos, me tenía haciendo gestos frente al espejo. Por ahí se me escaparon uno o dos "¡Ay!, ¡aay!", pero Josh no daba signos de haber oído; nunca lo he visto reaccionar ante los gritos ahogados de dolor de sus clientes. Aunque estaba muy lejos de ser un hombre arrogante, Josh se consideraba a sí mismo un peluquero superdotado. Incluso esa vez, cuando le daba los toques finales a mi cabello, se le veía una sonrisa radiante. Acercando el rostro, daba un tijeretazo ligero aquí y allá antes de sacar el espejo y preguntar: "¿Está bien así, doctor Herriot?"

—Estupendo, señor Anderson —una sensación de alivio le daba calidez a mi voz.

—Sí, ya sabe usted; cortar el cabello no es difícil. El secreto está en saber cuánto dejar.

Lo había oído decirlo cientos de veces, pero reí otra vez mientras él me cepillaba la espalda de la chaqueta.

El cabello me crecía muy rápido, pero no tuve que regresar a la peluquería para ver al hombre de nuevo. Un día llegó a la puerta de mi casa con Venus en los brazos. Era una criatura totalmente distinta a la plácida perrita que yo había visto en su local. Echaba espuma por la boca, tenía arcadas y, desesperada, se frotaba el hocico con las patas delanteras.

—Dígame qué pasó, señor Anderson. ¿Se ha tragado algo?

—Sí, un hueso de pollo —Josh se veía muy asustado.

Lo miré preocupado.

—¡Un hueso de pollo! ¿No sabe usted que nunca debe darle huesos de pollo a un perro?

—Sí, yo sé, yo sé, pero comimos pollo, y Venus fue a sacar los huesos del recipiente de la basura. Cuando me di cuenta, ya lo tenía en la boca, ¡y ahora está ahogándose! —el hombre estaba a punto de llorar.

—¡Cálmese! —le ordené—. No creo que Venus se esté muriendo. Por la forma en que mueve las patas delanteras, diría que tiene algo atorado.

Le abrí el hocico al animal a la fuerza y vi, con gran alivio, una larga astilla de hueso aprisionada entre los molares traseros, que cruzaba de lado a lado el paladar. Esto ocurría con frecuencia en la práctica y se remediaba con facilidad usando unas pinzas. Puse una mano sobre el hombro del peluquero.

—Ya puede dejar de preocuparse, señor Anderson; sólo se trataba de un hueso atorado en los dientes. Pase al consultorio y en un instante lo extraeré.

Mientras caminábamos hacia la parte trasera de la casa, vi que el hombre se tranquilizaba.

—¡Gracias a Dios, doctor Herriot! Pensé que ya no tenía remedio. Y, francamente, le hemos tomado mucho cariño al animalito. No resisto la idea de perderla.

—Ni lo piense —subí a la perra a la mesa y tomé las pinzas—. Esto sólo tardará un minuto.

Jimmy, que ya tenía cinco años, nos había seguido y miraba con un poco de curiosidad mientras yo buscaba el instrumento. Incluso a su corta edad, él ya había visto esta situación muchas veces y no se mostraba entusiasmado. Pero en la práctica veterinaria nunca se sabe; valía la pena quedarse, porque podían suceder cosas curiosas. Metió las manos en los bolsillos y empezó a balancearse sobre los talones, silbando suavemente mientras me miraba.

Por lo general, esto se reduce a abrir el hocico del perro, sujetar el hueso con las pinzas y retirarlo. Sin embargo, en cuanto vio el brillo del metal, la pequeña Venus saltó aterrorizada, y lo mismo hizo el peluquero. Trate de tranquilizarlo.

—No es nada, señor Anderson. No voy a lastimarla en lo más mínimo. Sólo sujétele la cabeza con firmeza por un momento.

Respiró profundamente, aferró a la perra por el cuello y cerró los ojos. Venus se sacudía con violencia, empujaba mi mano con la pata delantera y acompañaba los lamentos de su dueño con los suyos. Cuando le metí las pinzas en el hocico, lo cerró con fuerza alrededor del instrumento y no lo soltaba. Finalmente, el señor Anderson no pudo más y dejó de sujetar a Venus. La perrita saltó al piso mientras Jimmy

observaba con gesto comprensivo.

—Intentémoslo de nuevo —le dije al peluquero.

Josh extendió las manos temblorosas hacia la perra, pero cada vez que la tocaba ella se le escurría. Con un suspiro estremecedor, el hombre se puso boca abajo sobre el piso y comenzó a llamarla. Jimmy soltó unas risitas. La cosa estaba poniéndose divertida.

Ayudé al barbero a levantarse.

—Le diré algo, señor Anderson. Voy a acabar con esta lucha administrándole a Venus un anestésico de poca duración.

—¿Va a dormir a la perra? —Josh palideció—. ¿Estará bien?

—Desde luego, déjela en mis manos y regrese por ella en una hora. Entonces ya estará andando de nuevo —comencé a llevarlo hacia la salida—. Si seguimos así, lo único que vamos a conseguir es molestarla más.

—Bien. Entonces, le haré una visita de una hora a mi hermano.

—Espléndido —esperé hasta oír el sonido de la puerta que se cerraba y preparé rápidamente una dosis de Pentotal. Cuando los dueños no están, los perros no se ponen tan difíciles, por lo que no me costó trabajo volver a subir a Venus a la mesa. Le introduje la aguja en la vena y, en unos segundos, estaba dormida.

—Ya no hay problema, Jimmy —dije y le abrí la boca a Venus sin ningún esfuerzo, tomé el hueso con las pinzas y lo saqué—. Estupendo. Ya está —luego tiré el hueso en el depósito de la basura—. Sí, muchacho. Ésta es la forma profesional de hacerlo. Nada de forcejeos ridículos.

Mi hijo asintió con un gesto. Las cosas eran aburridas otra vez. Había esperado algo de acción al ver que el señor Anderson se acostaba en el piso, pero el asunto se había vuelto soso. Jimmy había dejado de reír.

Mi propia sonrisa de satisfacción se congeló. Estaba observando a Venus y vi que no respiraba. Traté de no pensar en la sacudida que sentí en el estómago, porque siempre he sido un anestesista bastante nervioso. Me decía a mí mismo que no había peligro. Le había aplicado la dosis correcta y el Pentotal a menudo causa esa reacción. Pero al mismo tiempo le pedía a Dios que la perrita empezara a respirar.

El corazón latía correctamente. Le presioné las costillas varias veces. Nada. Le abrí un ojo. No había ningún reflejo en la córnea. Mientras miraba fijamente a Venus, podría decir que Jimmy me observaba con atención. Su certero instinto para lo impredecible estaba despierto.

La corazonada de Jimmy resultó correcta: levanté a Venus de prisa y la sacudí varias veces por encima de mi cabeza; luego salí corriendo por el pasillo hacia el jardín. Podía sentir los pasos ansiosos de Jimmy que me seguían.

Abrí la puerta y salí como tromba al jardín trasero. Las costillas de la perrita no se movían y los ojos seguían fijos. ¡Oh, no era posible que pasara esto!

Sujeté a Venus por las patas traseras y empecé a girar con los brazos extendidos. Alcancé una velocidad considerable, ya que estaba aplicando todas mis fuerzas. Al parecer, este método de reanimación ha caído en desuso en la actualidad, pero era muy común en ese entonces. Desde luego que contaba con la total aprobación por parte de mi hijo. En su ignorante regocijo por el comportamiento de su padre, se rió tanto que cayó cuan largo era sobre el césped. Cuando me detuve y miré las costillas todavía inmóviles, comenzó a gritar: "¡Otra vez, papá; otra vez!" No tuvo que esperar más que unos segundos para que su padre comenzara de nuevo a dar vueltas frenéticas en el jardín, con Venus subiendo y bajando por los aires como un pájaro.

Esto superaba las expectativas de Jimmy. Su expectación se recompensó con creces. Todavía recuerdo la escena como si fuera ayer: mi tensión nerviosa y mi angustia por la posibilidad de que muriera la paciente y, como fondo, la risa escandalosa de mi hijo.

No sé cuántas veces paré y volví a girar; pero, finalmente, en uno de los intervalos, la pared torácica comenzó a subir y bajar rítmicamente y los ojos del animal parpadearon. Con un jadeo de alivio me derrumbé boca abajo sobre el césped y miré entre el verde de la hierba mientras la respiración se regularizaba y la perrita se relamía mirando a su alrededor. Jimmy estaba decepcionado.

—¿Ya se acabó? ¿No va a haber más?

—No hijo, no —me senté y me puse a Venus en el regazo—. Tranquila, ya pasó todo.

—Bueno, eso fue gracioso. ¿Por qué lo hiciste?

—Para hacerla respirar.

—¿Siempre haces eso para que respiren?

—No, gracias a Dios, no con frecuencia —me puse de pie lentamente y conduje a Venus de vuelta al consultorio. Cuando Josh Anderson llegó, su mascota estaba casi normal.

—Todavía está un poco mareada por la anestesia —le expliqué—. Pero se le pasará en un rato más.

—¡Eh!, ¿no es maravilloso? ¿Y el hueso, ya ... ?

—No está, señor Anderson —le abrí la boca a Venus—. ¿Lo puede ver? Nada.

—¿Le causó alguna molestia? —el hombre sonrió con un gesto de felicidad.

Tragué saliva. Consideré que decirle que su perrita había estado casi muerta por un buen rato no le causaría ningún gusto ni le habría hecho aumentar su fe en mí. Me salió la más blanca de las mentiras:

—Fue una operación de lo más sencilla, señor Anderson.

—¡Maravilloso, maravilloso! Le estoy muy agradecido, doctor Herriot —se agachó sobre la perra y nuevamente noté la forma extraña en que dejaba resbalar el pelo entre los dedos.

—¿Así que has estado flotando por los aires, mi querida? —murmuró.

—¿Qué... le hace preguntar eso? —sentí una fuerte punzada en el cogote.

Volvió los ojos hacia mí con esa mirada ultraterrenal.

—Bueno.... podría asegurar que ella pensó que iba flotando mientras estaba anestesiada. Una sensación graciosa. No tiene importancia.

—¡Ah, sí, claro! Mmm... correcto —yo también sentía algo gracioso—. Será mejor que se la lleve a casa y procure que esté tranquila el resto del día.

Cuando el peluquero salió, me quedé muy pensativo... flotando.

Dos semanas más tarde, estaba sentado de nuevo en la peluquería. Normalmente Josh empezaba con las tijeras, pero esta vez lo hizo con la temible maquinilla. En un intento por aliviar el dolor, comencé a hablar.

—¿Cómo "¡ay!", siguió Venus?

—Bien, bien —Josh me dedicó una sonrisa a través del espejo mientras arrancaba otro mechón con su inimitable giro de muñeca—. El caso es, doctor Herriot, que es muy bueno tener fe en el veterinario. Yo sabía que Venus estaba en buenas manos.

—Es ¡aaah! agradable oír eso —cansado de tratar de hablar mientras él daba tirones, traté de concentrarme en otra cosa; ponía en práctica este truco cada vez que acudía al dentista. Pensé, con todo mi poder de concentración, en el jardín de Skeldale House; era urgente cortar el césped; además, estaba toda esa maleza que debía retirar en cuanto tuviera un minuto libre. Estaba considerando la conveniencia de ponerle fertilizante a los tomates cuando, la voz del peluquero me volvió a la realidad.

—Doctor Herriot —tenía entre los dedos un mechón de mis cabellos—, también a mí me gusta la jardinería.

—¡Esto es increíble! —casi salté del sillón—. En este momento estaba pensando en mi jardín.

—Sí, eso ya lo sé —tenía la mirada ausente mientras hacía pasar una y otra vez mechones de mi cabello entre los dedos—. Vienen a través del pelo, ¿sabe usted? Sus pensamientos. Me llegan a través de su cabello.

—¿Qué?!

—Sí. Sólo piénselo, doctor Herriot. El pelo sale del interior de la cabeza, extrae algo de sus pensamientos y me lo manda.

—¿De verdad? Está usted bromeando —reí con fuerza; sin embargo, la risa sonó hueca.

—No, no estoy bromeando, doctor —Josh movió la cabeza—. He percibido esto desde hace cuarenta años y sigue sucediéndome. Se asombraría si le contara algunos de los pensamientos que capto. No los podría repetir, se lo aseguro.

Me hundí en la tela que me cubría. Desde luego que no tenía ningún sentido lo que el hombre estaba diciéndome. Pero tomé la firme resolución de no pensar nunca

más en la anestesia de Venus cuando Josh estuviera cortándome el cabello.

Aquí en este lado de la línea... y desde este teléfono... habla el señor Biggins. Apreté el teléfono con fuerza. Las vacilaciones del señor Biggins siempre me ponían en un estado de apremio. Llamaba al veterinario como un último recurso desesperado; para él, constituía una verdadera tortura decidirse a hacerlo. Además, era muy obstinado acerca de seguir mis consejos cuando finalmente lo visitaba, y yo sabía, sin lugar a duda, que nunca lo complacía.

Me había hecho sufrir durante los días previos a mi ingreso en la Real Fuerza Aérea, y en esta ocasión, bastante tiempo después de terminada la guerra, todavía estaba ahí, un poco más viejo y un poco más obstinado.

—¿Cuál es el problema, señor Biggins? —pregunté.

—Bueno..., tengo una vaquilla muy enferma.

—Correcto, iré a verla por la mañana.

—Un momento, un momento —el señor Biggins no estaba convencido de que fuera necesaria mi presencia en la granja—. ¿Está usted seguro de que necesita que la vea?

—Bueno, no sé. ¿Qué es lo que hace?

—No ha comido en una semana y ahora... —hubo una larga pausa—. Está echada.

—Eso suena muy serio —dije—. Iré lo más pronto posible.

—Ah, pero..., pero... ¿Está absolutamente seguro de que es necesario que venga ... ?

Colgué el auricular. Por una dura experiencia, sabía que esta conversación podía prolongarse por mucho tiempo. También sabía que era probable que el caso ya no tuviera remedio; pero, si iba de inmediato, quizá pudiera hacer algo.

Llegué a la granja en diez minutos y el señor Biggins me esperaba con su actitud típica: las manos en los bolsillos, los hombros caídos, los ojos fijos en mí con una mirada bastante suspicaz bajo unas pobladas y canosas cejas.

—Llega usted muy tarde —gruñó.

—¿Quiere decir que ya está muerta? —me detuve con un pie fuera del automóvil.

—No, pero casi. Llega muy tarde para poder hacer algo.

Apreté los dientes. El animal había estado enfermo durante una semana y yo llegué apenas diez minutos después de recibir la llamada, pero el tono del granjero no admitía equivocación; si la vaquilla moría sería por mi culpa.

—Bien —dije, tratando de relajarme—. Si está muriendo, no hay nada que yo pueda hacer —comencé a subir al auto.

El señor Biggins agachó la cabeza y pateó un guijarro.

—¿No va a verla, ya que está aquí?

—Lo haré, si eso es lo que quiere —volví a bajar

—¿Me hará un cobro extra? —dudó.

—No. Ya realicé el viaje hasta aquí; si no hay nada que pueda hacer, eso es lo que va a pagar.

La escena que vi era tristemente familiar: la joven y esquelética bestia yacía en estado de coma profundo y movía los ojos vidriosos cada pocos segundos con el lento nistagmo de la muerte próxima.

—Sí, tiene usted razón, señor Biggins —dije—. Está muriendo. Recogí el maletín y caminé hacia la puerta de salida.

El granjero me dirigió una mirada truculenta.

—¿Así que simplemente se va, sin hacer nada? Yo siempre he oído que mientras haya vida hay esperanza.

—No en este caso, se lo aseguro. Pero, si quiere, puedo tratar con una inyección de algún estimulante.

—No es lo que yo quiera. Se supone que usted es el que sabe.

—Muy bien, entonces haré un intento —le dije. Pero cuando introduje la aguja y empezaba a oprimir el émbolo el señor Biggins volvió a la carga.

—Es un asunto caro, éste de las inyecciones. ¿Cuánto va a costarme, doctor?

—Realmente no lo sé —comenzaba a perder el control.

—Lo sabrá cuando tenga la pluma en la mano para enviarme la gran cuenta, ¿verdad?

No le contesté nada. Cuando entraba la última gota de líquido en la vena, la vaquilla estiró los miembros delanteros, se quedó con la mirada fija por un segundo y dejó de respirar. Le puse la mano sobre el corazón.

—Me temo que ya murió, señor Biggins.

—Bueno, parece que usted malgastó mi dinero con esa inyección —el granjero se frotó la barba—. ¿Qué le pasó a la vaquilla?

—En realidad, no lo sé. Habría que examinar el cuerpo para encontrar la causa.

El granjero comenzó a darle tirones a su chaqueta. Se veía bastante alterado.

—Bueno, ésta es una conversación muy graciosa. Aquí tengo una bestia muerta y nadie sabe qué es lo que la mató. Podría ser cualquier cosa. ¡Podría ser carbunco!

—¡Oh, no, señor Biggins! El carbunco es repentino, y usted dice que esta vaquilla estuvo enferma durante una semana completa.

—No, no; no totalmente enferma. Sólo un poco; y, de repente, se vino abajo como un fardo. ¡Eso sí fue bastante repentino! Fred Bramley, que vive más adelante por este camino, tuvo una bestia enferma de carbunco hace un mes, ¿o no? El *Times* de Darrowby y Houlton estuvo pendiente de eso y dijo que todas las muertes repentinas deberían investigarse para ver si eran causadas por carbunco, porque éste es letal para las personas —el señor Biggins apretó la quijada—. ¡Quiero que examinen a mi

vaquilla!

—Está bien —contesté con cansancio—. Si eso es lo que quiere. Casualmente, traigo el microscopio.

—¿Microscopio? Eso suena caro. ¿Cuánto va a costarme?

—No hay ningún problema por eso, señor Biggins, el Ministerio me paga —dije, y me dirigí hacia la casa.

Biggins alzó la voz. ¿Adónde va ahora?

—Allá adentro. Tengo que usar su teléfono para poder informar al Ministerio. No puedo hacer nada sin obtener el permiso correspondiente.

Mientras hablaba con el empleado del Ministerio que me atendió, el granjero permaneció de pie junto a mí, moviéndose con impaciencia, al tiempo que yo le preguntaba por el nombre de la granja y la raza del animal.

—No sabía que tenía que pasar por todo esto —murmuró.

Salí y tomé el bisturí. Hice un corte en el nacimiento del rabo de la ternera, saqué un poco de sangre, la extendí en un porta objetos y lo llevé, junto con el microscopio, a la cocina de la granja. Fijé la película de sangre pasando la muestra por la flama de la hornilla, fui al fregadero y vertí azul de metileno sobre la laminilla de vidrio. Durante este proceso, se formó una pequeña mancha azul en el fondo blanco del fregadero y la coloración permaneció ahí, aun después de aclarar el cristal con agua del grifo.

—¡Vea eso! — exclamó el señor Biggins—. Ya manchó la pila. Mi esposa va a enfurecerse cuando regrese esta tarde.

—No se preocupe, se limpiará con facilidad —sonreí de manera forzada. Pero pude ver claramente que no me creyó.

Sequé el portaobjetos al fuego, armé el microscopio y miré a través del ocular. Como lo esperaba, no había ningún bacilo de carbunco a la vista.

—Bien, aquí no hay nada —dije—. Puede llamar al carnicero con absoluta seguridad.

—Todo este ruido para nada —el señor Biggins hizo un gesto de sufrimiento.

Mientras me alejaba de la granja sentí, y no era la primera vez, que nadie podía salir ganando con el señor Biggins, y esa convicción se vio reforzada un mes después cuando vino al consultorio.

—Una de mis vacas tiene la "lengua de madera" —anunció—. Quisiera un poco de tintura de yodo para aplicársela.

Siegfried alzó la vista de la agenda diaria, donde estaba revisando las visitas.

—Está usted un poco atrasado de noticias, señor Biggins —le informó sonriendo—. Ese tratamiento desapareció hace años. Ahora usamos un medicamento mejor; se llama *sulfanilamida*.

El granjero tomó su postura acostumbrada, con la cabeza hacia abajo y la mirada

ceñuda bajo las espesas cejas.

—Esa palabra es pomposa y larga, señor Farnon. Pero prefiero medicina que he usado siempre.

—Señor Biggins —argumentó Sigfried en su tono más razonable—, yo no sería un veterinario competente si le recetara algo tan anticuado —se volvió hacia mí—. James, ¿podrías ir a nuestro depósito y traer un paquete de medio kilo de sulfanilamida?

El señor Biggins estaba protestando mientras yo me apresuraba, y seguía haciéndolo aun cuando regresé. La sonrisa de Siegfried se había desvanecido y yo podía ver que su paciencia se agotaba. Me quitó el paquete y comenzó a escribir las instrucciones en él.

—Cuatro cucharadas soperas llenas, disueltas en un litro de agua cada día...

—Pero le digo que no le tengo fe a estas cosas nuevas.

—...y cuando se haya terminado el paquete, avísenos y le daremos más si es necesario.

—Esto no va a servir —el granjero miraba fijamente a mi socio.

—Señor Biggins —afirmó Siegfried con una calma amenazadora—, este medicamento sí va a curar a la vaca.

—¡No la va a curar!

—¡Sí, esto la va a curar! —Siegfried golpeó el escritorio con el puño. Estaba claro que ya se había hartado—. Tómela, y si no funciona, no le cobraré. ¿Está bien?

Obtener algo a cambio de nada era irresistible. El señor Biggins tomó la sulfanilamida.

—¡Espléndido! —exclamó Siegfried dándole una palmada en el hombro—. Ahora, manténgase en contacto con nosotros en cuanto la haya usado. Le apuesto lo que quiera a que su vaca estará bien muy pronto.

Diez días más tarde, Siegfried y yo habíamos salido a atender juntos una llamada de urgencia, y a nuestro regreso pasamos por la granja del señor Biggins.

—Oye, James —murmuró mi socio—, detengámonos aquí. No hemos sabido cómo le fue a nuestro amigo con la sulfanilamida. Sospecho que no quiere dar su brazo a torcer —se rió con suavidad—. Vayamos a restregarle un poco su error en la cara.

Condujo alrededor de la casa hasta la parte trasera. Llegamos ante la puerta de la cocina y Siegfried levantó la mano para llamar, pero detuvo el movimiento y me habló con un susurro:

—¡Mira eso, James! —apuntó hacia la ventana de la cocina. Ahí, en el alféizar, estaba nuestro paquete intacto. Mi socio cerró el puño—. ¡Ese vejete es realmente una plaga! Ni siquiera lo ha intentado, nada más por puro rencor.

En ese momento, el granjero abrió la puerta y Siegfried lo saludó alegremente.

—¡Ah, buenos días, señor Biggins! Pasábamos por aquí y pensé que podríamos revisar a su vaca —extendió la mano—. No le va a costar. Sólo por nuestro propio interés.

—Pero.... pero..., apenas me puse los pantalones. Me estaba tomando una taza de té. No hay necesidad de que lo hagan...

Siegfried ya se dirigía hacia el establo. La paciente fue fácil de localizar. La piel se le atirantaba sobre las protuberantes costillas, la baba le escurría por los labios y tenía una gran hinchazón debajo de la quijada. Siegfried se le acercó con rapidez, le abrió la boca y le tocó la lengua con los dedos.

—Siéntela, James.

Pasé la mano cuidadosamente sobre la endurecida superficie de la lengua, llena de pequeñas protuberancias que le dan el calificativo de "lengua de madera" a esta enfermedad, cuyo nombre técnico es actinomicosis.

—Está terrible. Si puede comer algo será un verdadero milagro —me olí los dedos—. Aquí hay tintura de yodo.

—Sí —Siegfried asintió con la cabeza—, ha estado recurriendo a esa sustancia, a pesar de lo que le dije.

En ese momento entró el señor Biggins a todo correr. Jadeaba ligeramente. Mi socio lo miró con gesto de tristeza.

—Bueno, tenía usted razón. Nuestro medicamento no ha servido. No puedo entenderlo —se tocó la barbilla—. Y me temo que su pobre vaca es un desastre. Casi muerta de hambre. Le ofrezco mis disculpas.

La cara del granjero era digna de un estudio.

—Bueno, verá..., tiene razón..., no le ha hecho mucho bien...

—Escuche —Siegfried lo interrumpió—. Me siento el responsable de todo. Mi medicamento ha fallado, así que me toca a mí aliviar a la vaca. Tengo una inyección que quizá sirva.

—Espere, espere... No sé...

Pero las palabras del granjero fueron pasadas por alto mientras mi socio llenaba una jeringa con el contenido de un frasco que no reconocí. Con la aguja lista, le echó una mirada al señor Biggins.

—Ha hecho usted un buen trabajo al usar nuestro medicamento; por sí sola, esta inyección podría tener efectos muy serios.

—¿Quiere decir que... podría matarla?

—Muy posiblemente —murmuró Siegfried—. Pero usted no tiene por qué preocuparse. Ya le ha dado la sulfanilamidá.

Estaba a punto de clavar la aguja cuando habló el granjero.

—¡Eh, espere! ¡No haga eso!

—¿qué pasa, señor Biggins? ¿Hay algo mal?

—No, no, pero hubo un pequeño malentendido. Verá, yo no creo que la vaca haya estado recibiendo la cantidad suficiente de medicamento.

—¿Quiere decir que usted le ha estado dando dosis más bajas? —Siegfried movió el brazo—. Si recuerda bien, le escribí las instrucciones en el paquete.

—Tiene razón. Pero estaba un poco confundido.

—No importa. Siempre y cuando siga dándole la dosis completa, todo estará bien —Siegfried insertó la aguja, desatendiendo el grito de alarma del señor Biggins. Sonrió con satisfacción mientras guardaba la jeringa en su caja—. Bueno, esto será suficiente. Pero recuerde, comience de nuevo con las cuatro cucharadas y continúe hasta que se termine el paquete. Si necesita más, avísenos.

—¿Qué diablos había en esa inyección? —le pregunté a mi colega cuando nos alejábamos.

—Una mezcla de vitaminas. Ayudará a la pobre vaca, pero, no tiene nada que ver con la enfermedad. Es sólo una parte de mi plan —sonrió alegremente—. Ahora, *tiene* que usar el medicamento.

Será interesante ver qué pasa.

Ciertamente fue interesante. En una semana, el señor Biggins estaba de regreso en el consultorio. Se veía avergonzado.

—¿Podría darme un poco más de esa cosa? —dijo entre dientes.

—Desde luego —Siegfried extendió el brazo con un gesto de generosidad—. Toda la que necesite. Supongo que la vaca está mejor, ¿verdad?

—Sí.

—¿Dejó de babear? ¿Está recuperando peso?

—Sí —el señor Biggins agachó la cabeza como si no quisiera contestar más preguntas. Siegfried le dio otro paquete.

Cuando salió, lo observamos a través de la ventana. Mi socio me dio una ligera palmada en el hombro.

—Bueno, James, ésta fue una pequeña victoria. Por fin hemos derrotado al señor Biggins.

La victoria fue muy dulce. Pero todavía, cuando lo recuerdo al paso de los años, me doy cuenta de que fue la única vez que pudimos ganarle.

Ésta es Ámbar —explicó la hermana Rosa—. Es la que quiero que examine. Observé el color pálido, casi miel, del pelo de las orejas y los costados de la perra.

—Ahora veo por qué le puso ese nombre. Podría apostar que realmente brilla con la luz del Sol.

—Sí —la monja rió—, estaba soleado cuando la observé por primera vez y el nombre me vino en seguida a la mente —me miró de reojo—. Soy muy buena para los nombres.

—Desde luego, ni duda cabe —dije sonriendo. Era una pequeña broma entre nosotros. La hermana Rosa debía de ser buena para eso, considerando el interminable número de perros no deseados que pasaba por el pequeño asilo y que ella alimentaba y cuidaba con delicadeza en la parte trasera de su casa. Como monja y enfermera, ya había entregado toda una vida de servicios a la raza humana. Con frecuencia me preguntaba a mí mismo cómo esa mujer había podido encontrar el tiempo necesario para pelear por los animales que le llegaban.

—¿De dónde viene ésta? —pregunté.

—¡Oh! —la hermana Rosa se encogió de hombros—, la encontré vagando por las calles de Hebbleton. Abandonada, obviamente.

—¿Cómo puede haber alguien que le haga eso a una perra tan hermosa? —la rabia me apretó tenazmente la garganta—. Es cruel darle la espalda para que se defienda por sí misma.

—La gente cree tener razones poderosas —contestó la hermana—. En el caso de Ámbar, es por una pequeña enfermedad en la piel. Quizá los asustó.

—Por lo menos, podían haberla llevado a un veterinario —gruñí mientras abría la puerta del pequeño corral. Le noté algunas zonas sin pelo alrededor de los dedos. Mientras me arrodillaba para examinarla, Ámbar me acarició la mejilla con el hocico y movió el rabo. Le miré las orejas caídas, la quijada enérgica y la expresión de confianza en los ojos, confianza que había sido traicionada.

—Ámbar tiene la cara de un sabueso —expliqué—. Pero el resto... ¿Cómo llamaría usted a esta raza?

—No lo sé —la hermana Rosa rió.

Tampoco yo lo sabía. El cuerpo moteado, con manchas en tonos marrón, negro y blanco, no presentaba la forma del de un sabueso. Tenía las patas muy grandes, una larga y delgada cola en constante movimiento y un delicado tono dorado en el resto del pelaje.

—Bueno, sin importar qué raza sea, es agradable y tiene buen carácter —le abrí la boca y miré las hileras de dientes muy blancos—. Le calculo entre nueve y diez

meses de edad. Es una cachorra crecida.

—Cuando termine de crecer, va a ser realmente grande.

Como si quisiera corroborar las palabras de la enfermera, la cachorra se alzó y me plantó las patas delanteras en el pecho. Volví a mirar la boca, que parecía sonreír, y aquellos ojos.

—Ámbar, me gustas mucho.

—¡Oh, me alegra tanto! —agradeció la hermana Rosa—. Debemos solucionar el problema de la piel rápidamente, para encontrarle un hogar. Es sólo un poco de eccema, ¿no lo cree?

—Probablemente ... probablemente... También veo algunos sitios sin pelo alrededor de los ojos y los pómulos —las enfermedades de la piel, tanto en perros como en personas, son engañosas; con frecuencia es difícil encontrar los orígenes y no es fácil curarlas. En este caso, no me gustaba la combinación de las patas y los ojos, pero la piel estaba seca y su textura era firme. Quizá no fuera nada de importancia. Deseché de mi cabeza el espectro que apareció por un breve momento. No quería preocupar a la hermana Rosa—. Sí, probablemente sea eccema —afirmé resuelto—. Úntele este ungüento dos veces al día —le di una mezcla de óxido de cinc y lanolina. Esperaba que eso, junto con la buena alimentación que le daba la enfermera, tuviera éxito.

Cuando pasaron dos semanas sin tener noticias de Ámbar me sentí aliviado. Una mañana me llamó la hermana Rosa.

—Doctor Herriot, las zonas sin pelo no mejoran. De hecho creo que se están extendiendo por las patas y la cara.

De nuevo me asaltó el espectro.

—En este momento salgo para allá —y tomé el microscopio de camino hacia el automóvil.

Ámbar me recibió como la vez anterior, con los ojos alegres y moviendo la cola, pero me sentí muy mal cuando observé la piel desnuda en las patas y la cara. Sujeté al animal y lo acerqué a mí para oler las partes desnudas.

—¿Qué está usted haciendo? —la hermana Rosa me miraba con expresión de sorpresa.

—Tratando de detectar un olor a ratones. Y ahí está.

—¿Qué significa eso?

—Sarna.

—¡Oh, Dios! —la monja se tapó la boca con una mano—. Eso es horrible, ¿verdad? —echó los hombros hacia atrás con un gesto que le era característico—. Bueno, ya he tenido experiencias anteriores con casos de sarna y puedo manejarlo. Siempre la he eliminado mediante baños de azufre.

Dejé a Ámbar en el suelo y me levanté, sintiendo un cansancio repentino.

—Sí, pero usted está pensando en la sarna común, hermana, temo que esto es algo peor. Se ve como sarna demodésica —decidí enfrentarla con la realidad—. Con frecuencia no tiene cura.

El espectro mental había aumentado ahora. Esta enfermedad me había obsesionado desde que obtuve el título profesional y había visto muchos buenos perros a los que hubo que poner a dormir después de intentos prolongados de curarlos. Fui al automóvil y traje el microscopio.

—Pero puede ser que esté adelantándome demasiado. Espero que así sea. Esta es la única forma de averiguarlo.

Raspé un poco de piel de la pata izquierda de Ámbar con el bisturí y puse la muestra en un portaobjetos que deslicé en el microscopio. Miré a través del ocular y ahí estaba el terrible ácaro llamado *Demodex canis*. Y no era uno sólo. Todo el campo visual estaba poblado de ellos.

—No hay duda, hermana. Lo siento.

—Pero... —se le habían caído las comisuras de los labios—, ¿no hay nada que podamos hacer?

—Desde luego, podemos probar, y vamos a hacerlo con dedicación, porque le he tomado afecto a Ámbar. Hace tiempo logré curar algunos casos de *Demodex* con una loción —fui al auto y removí en el baúl hasta que la pude encontrar—. Aquí está: Odylen. Aplíquese la todos los días. Puede que funcione.

—Estoy segura de que vamos a tener éxito —la hermana Rosa apretó la quijada con esa determinación que había salvado a tantos animales—. Pero, ¿qué va a pasar con los otros perros? ¿No se infectarán también?

—A diferencia de la sarna sarcóptica —dije al tiempo que negaba con la cabeza—, la demodésica rara vez es contagiosa.

—Bueno, eso ya es algo a favor. Pero, ¿cómo adquiere un perro esta enfermedad?

—No lo sabemos. En la profesión veterinaria estamos convencidos de que todos los perros tienen algunos ácaros *Demodex* en la piel, pero no está muy claro por qué en unos causa sarna y en otros no. La herencia tiene algo que ver en esto, porque algunas veces sufren varios perros de la misma camada. Pero es un asunto desconcertante.

Dejé a la hermana Rosa la lata de Odylen. Quizá ésta podría ser una de las excepciones en mis experiencias con la enfermedad. Pero en una semana tuve noticias de ella. Aunque había aplicado el Odylen al pie de la letra, la enfermedad seguía extendiéndose.

Salí corriendo hacia allá. La alegría de Ámbar no había disminuido, pero su cara estaba desfigurada por la creciente falta de pelo, y cuando pensé en la belleza que me había cautivado en la primera visita, lo que vi fue como un golpe. Tenía que probar con algo más, así que empecé a tratarla con una solución de arsénico de Fowler, la

cual, en ese tiempo, era un tratamiento popular para algunas afecciones de la piel.

Después de diez días estaba empezando a concebir esperanzas, y sentí una sensación de amargura cuando la hermana Rosa telefoneó después del desayuno con la voz temblorosa.

—Doctor Herriot, Ámbar se ha desmejorado mucho. No hay nada que le haga ningún bien. Estoy empezando a pensar que...

—Estaré con usted en una hora —la interrumpí a mitad de la frase—. No pierda las esperanzas. Casos como éste a veces tardan meses en sanar.

Camino del asilo de la hermana Rosa pensé que mis palabras no estaban sustentadas en una base real. Pero había tratado de decir algo que la ayudara, porque sabía que nada odiaba más ella que poner a dormir a un perro. De los cientos de animales que había cuidado, sólo unos cuantos murieron de alguna enfermedad que ella no pudo vencer. Habían sido perros muy viejos con enfermedades renales o cardíacas crónicas, o cachorros con moquillo. En todos los demás casos, la hermana luchó hasta que cada animal estuvo en perfectas condiciones para ir a su nuevo hogar. Yo mismo me resistía a la idea de poner a dormir a Ámbar. Esa perra poseía algo que me había cautivado.

Cuando llegué, no tenía idea de lo que iba a hacer, así que mis propias palabras me sorprendieron.

—Hermana, vengo a llevarme a Ámbar a mi casa. Usted tiene mucho que hacer cuidando a los otros perros. Ya sé que ha hecho todo lo posible, pero me gustaría hacerme cargo de este caso personalmente.

—Pero... ¿De dónde va a sacar el tiempo para hacerlo?

—Puedo darle el tratamiento por las noches y así podré vigilar su progreso. Tengo la determinación de curarla.

De regreso a la clínica, me sorprendí por la profundidad de mi sentimiento. Con frecuencia, a lo largo de mi carrera, había tenido este deseo compulsivo de curar a un animal, pero nunca tan fuerte como con Ámbar. La perra estaba encantada de ir en el auto, saltaba contenta de un asiento al otro, me lamía las orejas, ponía las patas delanteras sobre el tablero y miraba a través del parabrisas. Vi esa cara feliz, con las cicatrices de la enfermedad y golpeé el volante con una mano. Este caso iba a mejorar.

No teníamos las instalaciones que se necesitan para una pensión para perros, pocos veterinarios las tenían en esos tiempos, pero le hice una perrera confortable en el viejo establo que había en el patio. A pesar de su antigüedad, la construcción estaba libre de corrientes de aire. Ámbar se hallaría muy cómoda ahí.

Además, tomé otra decisión: mantendría a Helen al margen de todo esto. Me acordé de su sufrimiento la vez que adoptamos un gato y tuvimos que devolverlo a su dueño; estaba seguro de que ella muy pronto le tomaría cariño a esta perra. Pero me

olvidé de mí mismo. No es conveniente para la carrera de un médico veterinario encariñarse demasiado con los pacientes. Sin embargo, antes de darme cuenta, ya me había sucedido con Ámbar.

Le daba de comer, le cambiaba la paja de la perrera y le aplicaba el tratamiento yo mismo. Estábamos a finales de noviembre y oscurecía muy temprano; después de mis visitas a las granjas, conducía hasta el patio y dirigía la luz de los faroles del auto hacia el establo. Cuando abría la puerta, Ámbar siempre estaba esperando para darme la bienvenida, con las patas delanteras sobre el techo de la perrera. Las largas orejas amarillas brillaban bajo el rayo de luz. El rabo no dejaba de moverse, aun durante todos los procedimientos de curación: le frotaba con loción la piel irritada, le inyectaba toxoide estafilocócico y le tomaba muestras de la piel para vigilar el avance.

Al pasar los días y las semanas sin que yo viera ninguna mejoría, comencé a desesperarme. Le apliqué baños de azufre, de rotenona y una multitud de champús y enjuagues que había en el mercado en ese momento. A pesar de mis dudas, esperaba que hubiera una cura mágica entre todo eso. Creo que habría podido seguir indefinidamente con esos tratamientos bajo la luz de los faroles del auto, de no haber sido por una noche muy oscura en la que parecía que observara a la perrita por primera vez. La enfermedad se le había extendido por todo el cuerpo. Las largas orejas ya no eran doradas, pues casi no tenían pelo, al igual que el resto de la cara y la cabeza. Por todo el cuerpo la piel había engrosado, se había llenado de arrugas y tenía un tono azulado.

Me eché hacia atrás y me senté en la paja, mientras Ámbar saltaba a mi alrededor lamiéndome y moviendo el rabo. A pesar de su terrible estado, su naturaleza alegre no había cambiado.

Pero aquello no podía seguir. Yo sabía que los dos habíamos llegado a un callejón sin salida. Mientras trataba de pensar, le levanté la cabeza; los ojos alegres se veían patéticos en la cara de espantapájaros. ¿Qué iba a decirle a la hermana Rosa después de todas mis palabras de aliento?

Tardé hasta el día siguiente en decidirme a hablarle por teléfono a la hermana. En mi afán por ser lo más realista posible, creo que fui muy brusco.

—Hermana Rosa —dije—, me temo que no hay nada que hacer con Ámbar. He probado todo y cada vez está peor. Creo que lo mejor sería dormirla.

La triste impresión se notó en la voz de la buena mujer.

—Pero... se oye tan terrible. Sólo por una enfermedad de la piel.

—Lo sé, pero es una enfermedad espantosa. Ámbar está muy incómoda ahora y pronto la incomodidad se convertirá en dolor. No podemos dejarla seguir así.

—¡Ay! Está bien. Yo confío en su buen juicio, doctor Herriot. Sé que no haría nada que no fuera necesario —hubo una larga pausa. Yo sabía que ella estaba

tratando de controlar la voz. Después habló con calma—. Muy bien. Lo dejo todo en sus manos.

El trabajo me tuvo ocupado toda la tarde. Como siempre, ya estaba muy oscuro cuando llegué y abrí las puertas del establo. Y fue como las otras veces. Ámbar estaba en el haz de luz, moviendo el rabo con alegría, dándome la bienvenida. Durante un largo rato le acaricié la cabeza, hablándole mientras ella saltaba hacia mí. Por fin llené la jeringa.

—Siéntate —le ordené, y ella se posó obediente en los cuartos traseros. Le sujeté la pata derecha para exponer la vena radial. Mientras le introducía la aguja, Ámbar me miraba con interés, tratando de imaginarse qué nuevo juego era aquél. Me daba cuenta de que estaban de más las palabras de consuelo que solía usar en esos casos: "No va a notar nada... Es sólo una sobredosis de anestesia", o "Es lo mejor para ella". Ahí no había un dueño entristecido. Sólo estábamos los dos.

Y cuando yo murmuraba: "Buena niña Ámbar, buena muchacha", mientras ella se hundía en la paja, tenía la convicción de que, si yo hubiera dicho las frases de consuelo, hubieran sido ciertas. Ámbar nunca sintió nada entre el jugueteo y la inconsciencia y, ciertamente, ésa fue la mejor manera que hubo de sacarla de su sufrimiento, que muy pronto se habría convertido en una verdadera tortura. Salí del establo y apagué las luces del auto; en la fría oscuridad, el patio nunca me había parecido tan vacío. Después de semanas de lucha, el sentimiento de derrota fue abrumador.

Durante mucho tiempo sentí como si trajera un peso conmigo, y aún siento algo de él, después de tantos años, cada vez que me viene a la mente el recuerdo de Ámbar: en la imagen siempre está oscuro y ella aparece en el rayo de luz de los faroles.

En la actualidad, la sarna demodésica se cura frecuentemente con fosfatos orgánicos y antibióticos. Ninguno de ellos estaba disponible cuando Ámbar los necesitó. Su tragedia fue haber nacido demasiado pronto.

—Eh, espere un momento y hágame el favor de mirar esto —dijo el granjero.

—¿Qué? —yo estaba "limpiando" una vaca, retirándole la placenta, y tenía el brazo metido en el útero del animal. Me, volví para ver que el hombre apuntaba hacia las ubres. Cuatro chorros blancos de leche brotaban hacia el piso.

—Es algo gracioso, ¿no? —rió entre dientes

—No tanto —dije—. Es una acción refleja del cerebro causada por mi mano al hurgar en el útero. Con frecuencia, las vacas derraman la leche así cuando les hago la limpieza después del parto.

—Bueno, es algo extraño —el granjero se rió—. De cualquier manera, más vale que termine rápido, o tendrá que descontar unos cuantos litros de leche a la factura.

Entonces recordé lo ocurrido en 1947, el año de la gran nevada. En ninguna otra ocasión he visto tal cantidad de nieve, antes o después. Pasada la Navidad comenzó a bajar la temperatura más y más. Durante todo enero sopló un viento del Noreste; después, arrastrados por el aire, aparecieron los primeros copos de nieve, todavía pequeños. Pero en febrero ya eran enormes y cayeron en una nevada cataclísmica que duró varias semanas. Algunas veces se precipitaban perezosamente formando una cortina que desvanecía el paisaje familiar en forma catastrófica; otras, caían en devastadoras tormentas de nieve. En medio de eso, las heladas convertían las carreteras en resbalosas pistas de cristal.

Para atender las llamadas teníamos que caminar mucho, porque todos los caminos hacia las granjas estaban bloqueados. En las tierras altas había algunas a las que no se podía llegar y sin duda muchos animales deben haber muerto por la falta de ayuda del veterinario. Ya estábamos a mediados del mes de marzo, cuando los helicópteros dejaron caer alimentos en esos lugares aislados, y Bert Kealey, que tenía un pequeño hato de reses en la parte más alta de los páramos, me habló por teléfono.

—Bert, pensé que los alambres telefónicos se habrían caído.

—No, se salvaron. No sé cómo —la voz del joven se oía alegre, como siempre—. Pero estoy en graves problemas —continuó—. Polly tiene crías y ni una gota de leche.

—¡Caramba! Ésa sí que es una situación desafortunada —contesté. Polly era la única cerda en la granja de Kealey.

—Sí. Ya es bastante malo perder una camada de doce crías, pero la que realmente me preocupa es Tess.

—Sí..., sí... —yo también pensaba en Tess. Era la hija de de ocho años, y tenía una especial predilección por los cerditos. Había convencido a su padre de que le comprara una cerda preñada como regalo de cumpleaños, para así tener su propia camada. Todavía recordaba el entusiasmo de la niña cuando me mostró a la cerda

recién adquirida.

—Ésta es Polly —me había dicho, señalando al animal, que movía la paja con el hocico—. Es mía y me la regaló mi papá.

—Sí, ya lo sé —me incliné sobre el corral—. Eres una niña con suerte. Es un bonito animal.

—¡Oh, desde luego! —los ojos de la pequeña brillaron de placer—. La alimento todos los días y se deja acariciar. Y, ¿sabe qué? —la voz de Tess adquirió un tono de conspiración—. Va a tener cerditos en marzo.

—¡Caramba, nunca me imaginé! Así que vas a tener todo un lote de lechones color de rosa que cuidar —separé las manos unos cuantos centímetros—. Como de este tamaño.

La niña estaba tan entusiasmada con la idea de tener puerquitos que no supo qué decir.

Todo esto me venía a la mente mientras escuchaba la voz de Bert por el teléfono.

—Bert, ¿cree que Polly tenga mastitis? —le pregunté—. ¿Tiene las ubres enrojecidas e inflamadas? ¿Ha dejado de comer?

—No, nada de eso. Come estupendamente y las ubres se ven normales.

—Entonces, es un caso claro de agalactia. Necesita una inyección de pituitrina para que le baje la leche. Pero ¿cómo vamos a ponérsela? Su distrito está aislado desde hace varias semanas.

Se necesita un gran esfuerzo para convencer a un granjero de Yorkshire de que su granja es inaccesible debido al clima; pero, en aquellas circunstancias excepcionales, Bert estuvo de acuerdo.

—Ya lo sé —dijo—. He tratado de limpiar el camino de mi granja, pero tan pronto como quito la nieve, vuelve a cubrirse. De cualquier forma, la carretera principal está bloqueada tres kilómetros, así que estoy perdiendo mi tiempo.

Pensé por un momento.

—¿Ha tratado de dar leche de vaca a los lechones? Un huevo mezclado con un litro de leche y una cucharada de glucosa es un buen sustituto.

—Ya lo intenté, pero ni siquiera lo miran —replicó Bert—. Si tan sólo pudieran mamar algo de su madre, para aprender, quizá podría darles un sustituto después.

Tenía razón. No hay nada que se compare con esa primera succión y, sin ella, las crías morirían pronto.

Golpeé el auricular con los dedos. Se me ocurría algo.

—Escuche, Bert —dije—. Sé que puedo llegar hasta la parte alta de Dennon Bank, porque la carretera está abierta en ese trecho. Desde ahí, el camino hasta su granja es plano. Quizá pueda llegar esquiando.

—¿Esquiando?

—Sí, he estado practicando un poco últimamente. Aunque nunca he intentado

recorrer un tramo tan largo. En realidad, no sé si pueda hacerlo, pero voy a tratar.

—¡Qué bien! Le estoy muy agradecido, doctor Herriot. Es la niña quien me preocupa.

—Me pasa lo mismo, Bert. De cualquier forma, me divertiré. Salgo en este momento.

Cuando llegué a la parte más alta de Dennon Bank, estacioné el automóvil junto a la alta pared de nieve, bajé de él y me puse los esquíes. Debo admitir que estaba acostumbrándome a ellos, porque una de las ventajas de las nevadas tan prolongadas era que las laderas se habían convertido en pistas para esquiar. Aprendí junto con otros aficionados, que deslizarse por esas laderas era de lo más estimulante. Incluso había comprado un libro sobre el tema y creo que estaba adquiriendo bastante habilidad.

Todo lo que necesitaba era el frasco de pituitrina y una jeringa; los metí en un bolsillo.

En condiciones normales, para llegar a la granja de los Kealey había que conducir unos tres kilómetros por una carretera recta, dar vuelta a la derecha y después tomar el camino a Brandderley, en la parte más alta de la colina. La granja de Bert estaba en un lugar aislado, entre esa vuelta y el pueblo.

Aunque ya había viajado por esa región unas cien veces, ese día sentí que estaba pisando un territorio diferente; los muros de piedra que dividían los terrenos estaban bajo la nieve, por lo que no se veían ni los campos ni los caminos; solamente una enorme extensión blanca en la que asomaban postes telegráficos aquí y allá. Había algo sobrenatural en el paisaje. Me invadió una extraña sensación de desconfianza, pero, al menos, podría viajar a campo traviesa. Sería como cortar dos lados de un triángulo, y estaba seguro de que la granja se encontraba en una de las hondonadas, más allá del oscuro horizonte.

Me había deslizado unos ochocientos metros, con una técnica no muy depurada, cuando comenzó a nevar de nuevo. Un denso velo blanco cegó mi sentido de orientación. No debo disimular el hecho de que estaba verdaderamente asustado. Me quedé inmóvil en el frío, con los ojos medio cerrados, preguntándome qué iba a pasarme. Podía seguir torpemente durante kilómetros en esa soledad, sin llegar a ningún sitio habitado.

En ese momento, y de manera tan repentina como había empezado, dejó de nevar. El corazón me latía con fuerza mientras miraba a mi alrededor. Vi la mancha oscura del toldo de mi automóvil en la blanca distancia; era una vista reconfortante. Me dirigí hacia el auto a una velocidad digna de un esquiador olímpico. Cuando llegué a esa especie de prolongación de mi casa, encendí el motor y avancé un buen trecho en el camino de regreso a Darrowby, antes de que mi pulso recuperara su ritmo normal.

—Bert —expliqué por teléfono cuando regresé a casa—, lo siento, pero me quedé

atrapado en una nevada y tuve que volver.

—Me da gusto saber que ya está de regreso. Me sentía un poco preocupado desde que usted salió. Se han dado casos por aquí de personas que se han perdido y han muerto en la nieve. No debí permitirle que hiciera el intento —permaneció callado por un instante—. Sí tan sólo hubiera otra forma de hacer que Polly tuviera leche —concluyó con cierto tono de anhelo.

Mientras Bert hablaba, me vino a la mente la imagen de los chorros de leche que caían en el piso del establo mientras yo retiraba la placenta de aquella vaca. Y también tuve otros recuerdos; cuando hacía exámenes uterinos en cerdas, sucedía lo mismo.

—Quizá haya una manera —solté de pronto—. ¿Alguna vez ha metido la mano en una cerda? ¿La ha examinado por dentro?

—¿En la parte sexual? No. Eso se lo dejo a ustedes.

—Bueno, quiero que empiece ahora mismo. Tenga a la mano agua caliente y...

—¡Eh, un momento, doctor Herriot! Perdón, pero estoy seguro de que no quedó ningún cerdito dentro.

—También yo lo estoy, Bert, pero haga lo que le digo. Lávese bien el brazo con jabón y use cualquier solución antiséptica casera que tenga en casa. Después, meta la mano en el canal del parto de la cerda y muévala un poco.

—¡Maldición! Eso no me agrada. ¿De qué se trata?

—Con frecuencia eso hace que baje la leche, así que, ¡andando!

Colgué el auricular y me fui a comer. Mientras lo hacía, sonó el teléfono. Era Bert, casi sin aliento pero triunfante.

—¡Funcionó, doctor Herriot! Hice lo que me dijo; luego probé con las ubres y salió leche por cada una de ellas. Parecía magia.

—¿Están alimentándose los lechones?

—Sí, da gusto verlos.

—Bueno, eso está muy bien. Pero todavía no hemos ganado la batalla, pues es muy probable que Polly vuelva a secarse mañana. Tendrá que meter la mano otra vez.

—¡Maldición! —una buena parte del entusiasmo se perdió en la voz de Bert—. Yo pensé que ya había terminado con eso.

De hecho, el pobre hombre debió repetir la extraña tarea varias veces más, aunque Polly nunca tuvo leche suficiente, pero los lechones soportaron hasta que estuvieron en posibilidad de tomar el sustituto de la leche materna. La camada se había salvado.

Hacia finales del mes de abril todavía quedaban montones de nieve junto a los muros de las tierras altas, que contrastaban con los páramos como si fueran las costillas de una bestia gigantesca. Pero las carreteras ya estaban limpias y fui a revisar a una de las vaquillas de Bert Kealey. Cuando terminé el trabajo, Tess me llevó a ver a su querida Polly y a su familia.

—Son preciosos, ¿verdad? —dijo mientras contemplábamos los doce cerditos que jugaban alrededor de la madre.

—Sí, Tess —dije—. Tu primer intento como criadora de cerdos ha sido un éxito, y debes agradecerle a tu papá por lo que hizo.

Bert sonrió burlonamente y arrugó la cara por el recuerdo.

—Sí, y apuesto a que valió la pena. Es maravilloso lo que uno puede hacer cuando llega el momento.

Podrías decirme cómo te sientes en este momento, mi querida Helen? Por favor dime, ¿estás bien?

Miré alrededor con ansiedad mientras mi esposa se movía inquieta en la butaca. Estábamos en el cine *La Scala*, en Brawton, y yo tenía la firme convicción de que no debíamos estar ahí.

Esa mañana había expresado mis dudas en voz alta.

—Ya sé que es nuestro medio día, Helen; pero, con la criatura a punto de nacer en cualquier momento, ¿no crees que hubiera sido más seguro permanecer cerca de Darrowby?

—No, por supuesto que no.

Helen, escéptica, había reído ante la idea de perder nuestro día de salida, ese oasis de esparcimiento para los dos. Para mí, significaba escaparme del teléono, el lodo y las botas Wellington; mi esposa, era un descanso en las pesadas tareas diarias, más el lujo de comer alimentos preparados y servidos por otra persona.

—Está bien que te rías —expliqué preocupado—. Pero, ¿qué pasará si viene muy rápido? ¿crees acaso que quiero que nuestro segundo hijo nazca en la librería de los Smith o en el asiento de atrás del automóvil?

La e alma y la reflexión nunca han sido una parte importante en mi forma de ser, pero en ese momento no podía permanecer quieto. Todo esto me preocupaba. La gente hace bromas acerca de este síndrome, pero yo no le veía la gracia. Había algo relacionado con el nacimiento de los niños que me preocupaba en realidad y últimamente había estado mucho tiempo dándole vueltas y observando cada movimiento de Helen; a ella esto le causaba hilaridad. En los dos últimos días, la tensión había llegado a su máximo.

Esa mañana Helen se había mostrado inflexible: no iba a perder su medio día. Y ahí estábamos, en *La Scala*, con Humphrey Bogart tratando en vano de llamar mi atención, mientras mi esposa se movía en la butaca y, de tiempo en tiempo, se pasaba una mano con suavidad sobre el hinchado abdomen.

En ese momento, mientras le dirigía una mirada escrutadora con el rabillo del ojo, hizo un movimiento convulsivo y se quejó suavemente. El sudor ya me había brotado por todo el cuerpo antes de que la escuchara decir en voz baja: "Jim, creo que será mejor que nos vayamos".

Tropezando en la oscuridad con las piernas de los otros espectadores, la llevé hasta el pasillo inclinado, pasé delante de las acomodadoras y llegamos hasta la calle a nuestro automóvil. Los cuarenta kilómetros hasta Darrowby me parecieron una eternidad, y los saltos y las vibraciones del camino me hicieron desear y por única vez en la vida, tener un Rolls Royce. Helen se sentó con calma a mi lado. De vez en

cuando cerraba los ojos y mantenía la respiración mientras mi corazón trataba de salirse por las costillas. Cuando llegamos a nuestra ciudad, me dirigí hacia el mercado.

—¿Adónde vas? —Helen me miró con sorpresa.

—Con la enfermera Brown, por supuesto.

—¡Oh, no seas tonto! Todavía no es el momento para eso.

—Pero.... ¿cómo lo sabes?

—Ya he tenido un niño antes, ¿recuerdas? Anda, vamos a casa.

Con la duda pesando sobre mí, conduje hasta Skeldale House; mientras subíamos las escaleras, me maravillé por la tranquilidad de Helen. Ahí estaba ella; desde luego que no se sentía cómoda, pero aceptaba con calma lo inevitable.

Supongo que caí en lo que se conoce como un sueño intranquilo, porque eran las seis de la mañana cuando Helen me tocó ligeramente en el brazo.

—Es hora de irnos, Jim —sú tono era de seguridad.

Me levanté como un muñeco de resortes, me vestí apresuradamente y le grité a la tía Lucy a través del vano de la escalera.

—¡Nos vamos!

—¡Está bien, yo cuidaré a Jimmy! —oí su débil contestación.

Era una preciosa mañana de mayo. El aire limpio con la frescura del nuevo día había calmado la irritación de muchos madrugadores, pero yo no veía nada de eso mientras nos dirigíamos a la pequeña casa de la enfermera Brown. En la parte alta había dos habitaciones que, durante muchos años, habían visto la llegada de la mayoría de los niños de la localidad.

Llamé a la puerta y la abrí. La enfermera Brown me dirigió una sonrisa rápida y llevó a Helen arriba. Me quedé en la cocina, sintiéndome un inútil, cuando una voz interrumpió mis embarullados pensamientos.

—Jim, hoy tenemos una hermosa mañana.

Era Cliff, el marido de la enfermera Brown. Estaba sentado en una esquina desayunando. Su rostro jovial mostraba una amplia sonrisa. Supongo que yo esperaba que se levantara, me sujetara la mano y me dijera: "¡Tranquilo, tranquilo!", o algo por el estilo. Sin embargo, continuó despachando temáticamente el plato de tocino, huevos, salchichas y tomate. Comprendí que, con los años, debió de haber visto cientos de maridos temblorosos de piernas en esa cocina. Para Cliff, esto era común.

—Sí, Cliff..., sí... —contesté—. Creo que hará calor más tarde —me encogí al oír el crujido de la madera en el piso superior ¿Qué estaría pasando en esa habitación?

Cliff hizo a un lado el plato antes de volver su atención hacia el pan y la mermelada. Mientras masticaba, pareció darse cuenta de que probablemente yo era uno de los maridos más atribulados que había visto, porque me dirigió una sonrisa

cortés.

—No te preocupes, muchacho —dijo con amabilidad—. Todo va a salir bien.

Sus palabras me tranquilizaron ligeramente y escapé. En aquellos días no se sabía de un marido que hubiera estado presente en nacimiento de su hijo, aunque ahora está de moda que los esposos observen todo, me maravillo ante su fortaleza; estoy absolutamente seguro de que a Herriot lo hubieran sacado inconsciente de tales procedimientos.

Cuando Siegfried llegó a Skeldale House, fue considerado.

—Será mejor que regreses allá, James. Yo haré las visitas de la mañana. Tómallo con calma, muchacho. Todo va a salir bien.

Era difícil tomarlo con calma. Me di cuenta de que los futuros padres realmente hacen un surco en el piso de tanto ir y venir; yo traté de cambiar esto leyendo el periódico al revés.

Eran como las once de la mañana cuando finalmente llegó la tan esperada llamada telefónica de mi doctor y buen amigo Harry Allinson. Harry siempre hablaba con una especie de grito jubiloso, y esa mañana su resonante voz fue como la música más dulce.

—¡Una hermana para Jimmy!

—¡Oh, qué estupendo, Harry! Gracias. Esa noticia es maravillosa —mantuve el auricular contra mi pecho por unos instantes antes de ponerlo en su lugar. Caminé arrastrando los pies hasta la sala de espera y me retrepé en una silla para permitir que mis nervios dejaran de vibrar.

Después, siguiendo un impulso, me levanté. Por lo general soy bastante consciente, pero decidí que tenía que ir de inmediato a casa de la enfermera Brown. Yo sabía que los maridos no son bienvenidos inmediatamente después del parto, porque, cuando nació Jimmy, fui demasiado pronto a verlo y no fui bien recibido. Pero, aun así, salí de prisa.

Cuando entré de sopetón en casa de la enfermera Brown, su sonrisa se desvaneció.

—Otra vez volvió a hacerlo —dijo con un tono de aspereza en la voz—. Cuando nació Jimmy, le dije que nos diera tiempo para asearlo, pero parece que no se dio por aludido.

Dejé caer la cabeza con un gesto de vergüenza y ella cedió.

—¡Oh, vamos! Ya que está aquí puede subir a verlas.

Helen tenía la misma mirada brillante y de cansancio que yo recordaba de la primera vez. La besé con agradecimiento. Ninguno dijo nada, simplemente nos sonreímos. Después le eché un vistazo a la cuna que estaba junto a la cama. La vez anterior me asusté tanto cuando vi el aspecto de Jimmy, que ofendí mortalmente a la enfermera Brown al preguntarle si el niño tenía algún problema ;que el cielo me

ayude!, en esta ocasión volví a sentirme exactamente igual. La cara de mi nueva hija estaba hinchada y enrojecida, y yo me sentí tan impresionado como la vez anterior.

Miré a la enfermera, cuyo ceño fruncido indicaba claramente que sólo estaba esperando algún comentario despectivo o impropio de parte mía.

—Preciosa —dije con voz débil—. Verdaderamente preciosa.

—Está bien —la enfermera ya me había aguantado lo suficiente—. Fuera —me precedió por las escaleras. Mientras abría la puerta, clavó en mí una mirada penetrante y habló lentamente como si estuviera dirigiéndose a una persona de inteligencia limitada—. Ése... es... un... bebé... sano y adorable —después me cerró la puerta en la cara.

Y, bendito sea su corazón, sus palabras me ayudaron mucho; mientras me alejaba en el auto, me convencí de que ella estaba en lo correcto.

Cuando regresé a Skeldale House, sólo había una llamada sin atender. La visita era en lo alto de las colinas y el camino hacia allá fue como un sueño feliz. Mi preocupación había terminado y parecía que toda la naturaleza se regocijara conmigo. Era el nueve de mayo de 1947, el preludio al verano más perfecto que pueda recordar. El Sol brillaba, y una suave brisa que entraba en el automóvil traía la fragancia de los campos: un fresco y delicado aroma de campanillas, narcisos y violetas que crecían esparcidos aquí y allá, en la verde campiña.

Después de visitar a mi paciente, me fui a caminar por las colinas siguiendo uno de mis paseos favoritos; Sam venía pegado a mis talones. Observé los parches ondulados de los llanos, adormilados en la soleada neblina, y los tiernos helechos que crecían en las laderas brotando erguidos y verdes de las varas color marrón del año anterior. Por todas partes se veía la vida que surgía proclamando su mensaje de júbilo, muy apropiado para mí por la presencia de mi nueva y pequeña hija, en Darrowby.

Habíamos decidido llamarla Rosemary. Es un nombre muy bonito y a mí me encanta todavía, pero con el tiempo quedó en Rosie; aunque una o dos veces traté sin éxito de hacer prevalecer mi punto de vista, permanece así hasta el día de hoy.

Me habría gustado seguir bajo la luz del Sol, reclinado en la suave cama de brezos que crece en esas laderas. Sin embargo, ese día de mayo tenía muchas otras cosas que hacer. Regresé a Skeldale House y empecé a telefonear a toda la comarca para dar mis buenas nuevas. Todo el mundo recibió la noticia con enorme gusto, pero fue Tristán el que realmente captó lo que había que hacer.

—Jim, tenemos que "bautizar" a esa criatura —afirmó con tono solemne—. Llegaré a las siete.

Y a las siete en punto éramos cuatro los que nos encontrábamos sentados en la sala de espera de Skeldale House: Siegfried, Tristán, Alex Taylor y yo. Alex era mi amigo más viejo, pues habíamos iniciado la escuela juntos en Glasgow a la edad de

cuatro años. Era muy agradable tenerlo conmigo esa noche.

Tristán estaba preocupado acerca del lugar para la celebración. Sus dedos tamborileaban en el brazo del sillón, como si pensara en voz alta, y su expresión era de extrema seriedad.

—Veamos —dijo—. Normalmente iríamos a Droveis, pero esta noche tienen una fiesta. Podemos ir a George and Dragon y tomar la cerveza de Tetley, un líquido espléndido; pero he sabido que son un poco descuidados con las tuberías y ya he probado su sabor ácido y extraño. Y, desde luego, tenemos el Cross Keys, ahí sirven unas estupendas pintas de Cameron, y la Guinness de barril es excelente. Tampoco debemos olvidar Hare and Pheasant.

—Un momento, Triss —interrumpí—. Esta tarde cuando fui a ver a Helen, Cliff, el marido de la enfermera Brown, me preguntó si podría venir con nosotros. Ya que la niña nació en su casa, ¿no crees que sería un buen detalle ir a la taberna que él frecuenta?

—¿Y cuál taberna es ésa? —Tristán entornó los ojos.

—The Black Horse.

—¡Ah, sí, sí! —Tristán me miró pensativo mientras juntaba las puntas de los dedos—. En ese lugar he tomado unas Russell y Rangham de primera clase, aunque noté una ligera pérdida de sabor en el clima cálido —miró con ansiedad a través de la ventana—. Ha sido un día caluroso. Quizá deberíamos...

—¡Por el amor de Dios! —Siegfried se puso de pie—. ¡Estamos hablando de simple cerveza; pareces un químico analizando sustancias! James, creo que The Black Horse es una buena idea. Es un lugar pequeño y tranquilo.

Y en verdad lo era; cuando llegamos sentí que habíamos escogido el lugar ideal. El Sol del atardecer dejaba caer sus rayos dorados sobre las mesas de encino y las sillas de respaldo alto en las que se sentaban algunos granjeros. No había nada especial en esa pequeña taberna; pero el mobiliario, que no se había cambiado en cien años, le daba un aire de tranquilidad.

Reg Wilkey, el diminuto propietario, nos dio la bienvenida y llenó los vasos con el líquido de una especie de jarra blanca de gran tamaño. Siegfried levantó su pinta.

—James, quiero ser el primero en desear a Rosemary larga vida, salud y felicidad.

—Gracias, Siegfried.

—¡Salud, salud! —aclamaron los demás, y yo me sentí verdaderamente entre amigos. Empezamos a beber.

Después de unas cuantas pintas, Siegfried me dio unas palmadas en el hombro.

—Me voy, James. Que lo pases muy bien. No puedo expresar lo contento que estoy.

Lo vi salir y no quise discutir. Tenía razón. Éramos veterinarios y alguien debía atender el negocio. Además, aquélla era mi noche.

Era una de esas noches agradables en las que todo parece estar perfecto. Alex y yo recordamos nuestra infancia en Glasgow, y Tristán rememoró algunos momentos espléndidos de nuestros días de solteros en Skeldale House. Y, sobre todos nosotros, como una luna amable, pendía la gran sonrisa de Cliff Brown. A la hora en que Reg Wilkey anunció que según la ley era el momento de cerrar, nosotros simplemente nos trasladamos al sótano de la taverna, donde estuvimos hablando y disfrutando de nuestra mutua compañía hasta más allá de la medianoche. Después, arropado por los acontecimientos de ese día, ya sin ansiedades, me fui a casa lleno de amor hacia mis semejantes.

En Skeldale House subí a nuestro gran dormitorio; la cama se veía extrañamente vacía sin Helen. Abrí la puerta del largo y estrecho cuarto que había servido como vestidor en la edad de oro de la vieja casona. Ahí había dormido Tristán durante nuestra época de estudiantes, pero ya era la habitación de Jimmy, y su cama estaba ubicada en el mismo lugar en el que antes había estado la de mi viejo amigo.

Miré a mi hijo dormido y después eché un vistazo hacia el otro lado del cuarto, donde una cuna esperaba la llegada de Rosie. "Pronto, pensé, tendré dos hijos aquí". Me sentí inmensamente rico y afortunado.

Hice un gesto de dolor al ver cómo el delgado cuerpo del granjero era lanzado a uno de los costados de la vaca, pero Jack Scott no parecía estar en problemas. Volvió a tomar el rabo del animal y se sujetó, previniendo cualquier acción subsecuente.

Yo estaba intentando aplicarle a la vaca un tratamiento contra la esterilidad, pero una parte del trabajo consistía en la inserción de un largo catéter de metal a través del cuello uterino, y esto parecía no agraderle mucho al animal. Cada vez que yo trataba de insertarlo, la vaca se sacudía con violencia, arrojando al granjero contra sus otras compañeras.

Pero, esta vez, yo sentí que íbamos ganando. El tubo se introdujo con suavidad. Si el animal permanecía quieto tan sólo unos segundos, el trabajo estaría terminado.

—¡Aguante, Jack! —dije con un jadeo, mientras bombeaba yodo de Lugol a través del catéter. Tan pronto como la vaca sintió el líquido, se sacudió de nuevo y el granjero quedó prensado entre las bestias. Retiré el catéter y di un paso hacia atrás, pensando que la paciente no había cooperado en nada.

Sin embargo, Jack no parecía compartir mi punto de vista. Se fue hasta la parte delantera y abrazó el cuello de la vaca.

—¡Ah, eres una buena chica! —murmuró. Así era él. Sentía un profundo afecto por todos y cada uno de los animales de su granja y, al parecer, recibía el mismo sentimiento por parte de ellos.

Cuando terminó la caricia, se separó del animal, sonriendo como siempre. Jack no tenía el tono rubicundo de los demás granjeros. Su cara era pálida y demacrada, con profundas arrugas que le hacían aparentar más de los cuarenta años que en verdad tenía.

Pero su sonrisa era radiante, como una luz interior.

—Le tengo otro trabajo, doctor Herriot. Hay algunas ovejas que quiero que revise. Nunca he visto nada igual.

Caminamos a través del patio, con el perro pastor de Jack, Rip, retozando alrededor de su dueño. Con frecuencia, los perros de granja eran criaturas escurridizas y furtivas, pero Rip se comportaba como una mascota feliz. El granjero se agachó para acariciarlo.

—Hola, compañero. ¿También vienes con nosotros?

Me llevó hasta un cobertizo, donde estaban varias hembras y sus corderos. Algunos de éstos se tambaleaban en su parte trasera al caminar, y dos de ellos sólo alcanzaban a dar unos cuanto pasos torpes antes de caer. Jack me miró.

—¿Qué les pasa, doctor Herriot?

—Tienen lordosis —contesté—. Es una enfermedad causada por una deficiencia

de cobre, que da como resultado una degeneración del cerebro. Esta falta del mineral les causa una debilidad en los cuartos traseros, pero en ocasiones se paralizan del todo o sufren ataques.

—Es extraño. Las hembras han lamido cobre todo el tiempo.

—Pero no es suficiente. Si los casos aumentan, habrá que inyectarles cobre a mitad de la preñez para prevenir.

—Bueno —el granjero suspiró—, ahora que ya sabemos lo que es, usted estará en posibilidad de curar estos corderos.

—Lo siento, Jack. Los que sólo se tambalean tienen una buena oportunidad, pero no abrigo esperanzas por los otros dos —señalé hacia los que yacían echados sobre un costado—. Ya tienen una parálisis parcial. La verdad, creo que lo más humanitario sería...

En ese momento, la sonrisa abandonó el rostro de Jack. Siempre le sucedía lo mismo ante la sola sugerencia de poner a dormir a un animal. Es deber de un veterinario rural comunicar a los clientes cuando el tratamiento no es rentable; además, siempre debe tener presentes los intereses comerciales del granjero. Pero este sistema no funcionaba con Jack. Tenía en la granja animales que no le producían ningún dinero, pero eran sus amigos y él se sentía feliz viéndolos deambular. Hundió las manos en los bolsillos mientras miraba los dos corderos echados.

—¿Están sufriendo, doctor Herriot?

—No, Jack. No parece ser una enfermedad dolorosa.

—Entonces, los mantendré vivos. Si pueden mamar, los alimentaré yo mismo. Me gusta dar una oportunidad a los animales.

Al avanzar el verano, me dio gusto ver que su dedicación había dado frutos. Los dos corderos semiparalizados sobrevivían y se desarrollaban bien. Aún seguían cayéndose después de unos cuantos pasos, pero estaban en posibilidad de mordisquear el pasto y, por fortuna, no había aumentado la degeneración cerebral.

Era el mes de octubre, y los árboles resplandecían de color, cuando Jack me llamó un día que pasaba frente a su granja.

—¿Podría revisar a Rip? —su cara reflejaba ansiedad.

—¿Por qué, está enfermo?

—No, no. Sólo cojea, pero no puedo curarlo.

El perro estaba, como siempre, pegado a su amo; vi que no apoyaba la pata delantera derecha.

—¿Qué le pasó?

—Estaba corriendo alrededor de las vacas cuando una de ellas tiró una coza y le pegó en el pecho. Desde entonces, noto que cada vez cojea más. Lo curioso es que, después de revisarlo, no encontré nada malo en la pata.

Rip movía el rabo con fuerza mientras yo me dedicaba a examinarlo. No había dolor en la extremidad, ni herida o daño aparente, pero respingó cuando le pasé la mano por la primera costilla. El diagnóstico era muy sencillo.

—Es parálisis radial.

—¿Radial ... ? ¿Qué es eso?

—El nervio radial pasa sobre la primera costilla; la cox debe de haber dañado la costilla y también el nervio. Eso inutilizó los nervios extensores, y por eso no puede mover la pata hacia delante.

—Bueno. Eso sí que es raro —el granjero pasó una mano sobre la cabeza del perro—. ¿Se recuperará?

—En condiciones normales es un proceso largo, de semanas a meses. El tejido nervioso se regenera con mucha lentitud y el tratamiento no ayuda gran cosa.

—Está bien, tendremos que esperar —el granjero asintió—. Una cosa más —y la sonrisa volvió a aparecer en su cara—: cojo o no, aún puede correr alrededor de las vacas. Se moriría de tristeza si no pudiera trabajar. Le encanta su tarea, ¿verdad, Rip?

Camino del automóvil, traté de pensar en algo que decir para levantarle el ánimo.

—No se preocupe mucho, Jack; por lo general estos casos se recuperan con el tiempo.

Pero Rip no se recuperó. Después de varios meses, la pata seguía igual de inútil y los músculos se habían atrofiado mucho. El nervio debió de haberse dañado en forma irreparable, y era muy triste pensar que aquel hermoso animal quedaría con tres patas por el resto de su vida.

Jack era muy perseverante y sostenía que Rip continuaba siendo muy trabajador.

El verdadero contratiempo se presentó un domingo por la mañana cuando Siegfried y yo estábamos en la oficina terminando de programar los turnos. Sonó el timbre de la puerta, abrí y vi a Jack con el perro en brazos.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Está peor?

—No, doctor Herriot —me contestó el granjero con voz ronca—. Es algo distinto. Lo atropellaron.

Siegfried y yo examinamos al perro en la mesa de operaciones.

—Fractura de tibia —dijo mi socio—. Pero no hay daño interno. ¿Sabe qué pasó con exactitud?

Jack asintió.

—Corrió hacia la calle y lo arrolló un auto. Se arrastró hasta el patio como pudo.

—¿Se arrastró? —preguntó Siegfried confundido.

—Sí, es que la pata rota está del mismo lado de la inútil.

—¡Ah... sí!, la parálisis radial —mi socio dejó escapar un soplo—. Recuerdo que me comentaste este caso, James —me miró y advertí que estábamos pensando lo mismo: una fractura y una parálisis en el mismo lado era una combinación

desafortunada.

Hicimos lo único posible: inmovilizar la pata con escayola. Al salir, Jack sonrió.

—Iré a la iglesia con la familia y vamos a orar por Rip.

Siegfried se quedó pensativo.

—Espero que lo que hicimos funcione —comentó—. Jack es un tipo extraordinario. Dice que va a rezar por su perro y no creo que haya nadie mejor calificado para eso que él. ¿Recuerdas el verso de Coleridge "Reza mejor el que más ama todas las cosas grandes y pequeñas"?

—Sí —contesté—. Tienes razón, así es Jack.

Seis semanas más tarde, el granjero trajo al perro para que le quitáramos la escayola. La corté con la sierra, examiné la pata y se me cayó el ánimo. El hueso no había soldado. En ese momento debía de haber una callosidad en el hueso, pero podía sentir las puntas sueltas rozando una con la otra, casi como una bisagra. Siegfried estaba en el dispensario y lo llamé.

—¡Qué contrariedad! —miró al granjero luego de examinar la pata—. Jack, tenemos que intentarlo de nuevo, pero no me gusta el aspecto que tiene.

Aplicamos una nueva escayola y el granjero sonrió confiado.

—Apuesto a que sólo necesita más tiempo. Estoy seguro de que la próxima vez estará bien.

No fue así. Siegfried y yo retiramos la segunda escayola, y la situación no había cambiado. Había muy poco o nada de tejido nuevo alrededor de la fractura.

—Jack, me temo que está igual —le informé al granjero.

—¿Quiere decir que no ha pegado?

—Así es.

Jack se tocó el labio superior con un dedo.

—Entonces, ¿no va a soportar ningún peso en esa pata?

—No veo cómo.

—Ya... Bueno, veremos cómo sigue.

—Pero, Jack —intervino Siegfried con suavidad—. ¿Dos patas inútiles del mismo lado? No podrá caminar.

Pude observar la ya conocida expresión en el rostro del granjero. Él sabía lo que estábamos pensando y no iba a aceptarlo; yo sabía cuál era la pregunta siguiente.

—¿Está sufriendo?

—No —contestó Siegfried—. Pienso que la fractura ya no le duele, y la parálisis no causa ningún dolor. Pero, ¿no se da cuenta de que no podrá caminar?

Jack ya había abrazado a su perro.

—Muy bien, de cualquier manera le daremos una nueva oportunidad —contestó.

Cuando Jack salió, Siegfried me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué haces ante esto, James?

—Lo mismo que tú —contesté con tristeza—. Pobre Jack. Siempre da oportunidades a todos, pero esta vez no hay esperanza.

Sin embargo, estaba equivocado. Varias semanas después me llamaron de la granja Scott para revisar una ternera enferma; lo primero que vi fue a Rip que conducía a las vacas para que las ordeñaran. Corría de un lado a otro del rebaño y guiaba al ganado desde el campo hasta la puerta del corral; me quedé con verdadero asombro. Todavía no aguantaba mucho peso en su lado derecho y, no obstante, corría felizmente soportando el peso de su cuerpo sobre sus dos patas izquierdas y arrastrando ligeramente las plantas de las otras dos. Jack nunca mencionó algo así como "se lo dije", y si lo hubiera hecho no me habría importado, porque estaba absorto viendo al pequeño animal hacer el trabajo que tanto amaba.

—Doctor Herriot, esta ternera... —dijo el granjero llevándome al tema principal — Nunca había visto algo así. Da vueltas y vueltas como si estuviera loca.

Me sentí deprimido. Esperaba encontrarme con algo normal. Mis últimos contactos con los animales de Jack podían describirse como tratamientos fallidos y pronósticos erróneos; ya era necesario que resolviera algún caso, pero éste no sonaba nada fácil.

Se trataba de una ternera huesuda, como de un mes de nacida. El pelaje era ruano oscuro, el color favorito de los granjeros para el ganado *Shorthorn*. Estaba echada en su cama de paja sin que se le notara nada anormal, excepto por la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado. Jack le empujó los cuartos traseros y el animalito se puso de pie.

Ahí terminó la normalidad, porque la pequeña criatura se desplazó con torpeza hacia su lado derecho, como si estuviera atraída por un imán, hasta topar con la pared. Cayó y se levantó para reiniciar su avance, siempre hacia la derecha.

Así que eso era. Le tomé la temperatura, que resultó ser de cuarenta grados.

—Jack, esto se llama listeriosis. También se conoce como "enfermedad de la marcha en círculo", y usted está viendo por qué. Afecta el cerebro.

—Otra vez el cerebro, como con las ovejas —el granjero se veía muy triste—. Debe de haber algo en el aire de este lugar —se agachó sobre el animal y lo acarició—. Y tampoco hay nada que pueda hacer usted, supongo.

—Creo que sí hay algo que hacer, Jack. Esto es distinto al caso de las ovejas. Se trata de un microbio que afecta el cerebro. Con un poco de suerte, podremos curar a la ternera.

Sentí deseos de cruzar los dedos. En los días anteriores a la guerra estos casos eran fatales, pero el organismo que causa el mal es sensible a los antibióticos, y en la actualidad eso ha cambiado todo el panorama. He visto animales aquejados con este mal recuperarse en unos cuantos días.

Le inyecté a la vaquilla una suspensión de penicilina y estreptomicina, este último medicamento era un hallazgo reciente en nuestra profesión.

—Vendré de nuevo mañana; espero encontrar alguna mejoría para entonces.

Al día siguiente la temperatura del animal había bajado, pero los síntomas no habían disminuido. Repetí la inyección y avisé que regresaría.

Y volví, una y otra vez; pero, al cabo de una semana, aunque la temperatura era normal y el apetito excelente, el animal seguía caminando en círculos.

—¿Cree usted que el tratamiento en realidad esté funcionando, doctor Herriot? —preguntó el granjero.

Yo tenía ganas de gritar. ¿Había algún maleficio en ese sitio? Respiré hondo y me calmé.

—Lo siento, Jack, pero parece que no estamos llegando a ningún lado. El antibiótico le ha salvado la vida, pero debe de haber algún daño cerebral. No veo ninguna esperanza de recuperación.

—Es una criatura estupenda, una vaquilla nacida de mi mejor vaca —pareció no escuchar mi comentario—. Va a ser una lechera extraordinaria; mire ese color. Le pusimos Zarza.

—Sí, Jack, pero...

—Bien. Gracias, doctor Herriot —me dio unas palmadas en el hombro y me llevó hacia el patio—. Estoy seguro de que hizo todo lo que pudo —estaba claro que no quería seguir hablando del asunto. Había decidido darle una oportunidad a Zarza.

Resultó que la fe de Jack fue recompensada nuevamente y que mi pronóstico había resultado erróneo una vez más, aunque esta vez yo no podía culparme a mí mismo, porque la secuencia de acontecimientos que culminaron en la recuperación de Zarza no aparecía en ningún libro de veterinaria.

En los dos años siguientes, los síntomas fueron disminuyendo en forma gradual. La mejoría era tan lenta que casi no se notaba, pero cada vez que visitaba la granja de Jack miraba a la vaca y, para mi asombro, estaba un poco mejor.

Durante muchas semanas siguió caminando en círculos, lo que después se convirtió en un ligero tambaleo hacia la derecha. Esto, a su vez, se redujo a una pequeña inclinación de la cabeza hacia ese lado, hasta que un día eso también, desapareció y el animal se normalizó del todo. Para mí, aquello fue un verdadero deleite.

—Jack, ¡qué maravilloso! Hubiera apostado cualquier cosa a que éste era un caso sin remedio, y mírela: absolutamente normal.

—Sí, estoy muy satisfecho con ella, doctor Herriot —el granjero me dedicó una sonrisa maliciosa—, y antes de que todo esto termine, se va a convertir en una de las mejores vacas de mi rebaño. Pero —apuntó con un dedo y amplió la sonrisa— no es

perfecta. Quedó un pequeño detalle —se inclinó hacia mí con aire de conspiración—. Obsérvele la cara.

La miré fijamente, extrañado.

—No veo nada espe... ¿¡Qué!?

—¿Lo vio? —el granjero soltó la risa.

Desde luego que sí y era asombroso. Por un instante, la expresión plácida de Zarza se contraía con un ligero movimiento de los ojos y la cabeza hacia la derecha. Había algo humano en ese gesto; una mirada seductora que evocaba a las vampiresas de las películas de los años veinte. Jack no dejaba de reír.

—Le apuesto que nunca había visto nada igual, doctor Harriot.

—No, nunca antes. ¡Realmente es extraordinario! ¿Lo hace con frecuencia?

—No, sólo de vez en cuando. Supongo que también desaparecerá con el tiempo, como todo lo demás.

—Así lo espero —dije—. Pero qué extraño.

—Sí —Jack asintió—. Bueno, me da gusto que hayamos perseverado tanto —el "hayamos" fue un buen detalle de su parte—. Acabo de aparearla y deberá parir a tiempo para presentarla en la exposición ganadera de Darrowby.

—Claro, eso será muy interesante. Es un verdadero ejemplar.

Y era cierto. Zarza se había convertido en una clásica *Dairy Shorthorn* con toda la gracia y delicadeza de esa raza, ya desaparecida; eran dignos de verse el lomo recto, el nacimiento del rabo y la forma de las ubres.

Unos meses después, todo ese aspecto lucía aún mejor en el centro de la pista, con el Sol de agosto que brillaba en su piel oscura. Acababa de parir un becerro y las ubres plenas y de base plana le sobresalían entre los cuartos traseros. Superar esa estampa iba a ser difícil, y era un placer pensar que la criatura aparentemente perdida de hacía dos años y medio estaba a punto de ganar en una exposición ganadera. Zarza tenía competidoras muy fuertes. El juez, el brigadier Rowan, había reducido el grupo a sólo tres ejemplares. Las otras dos contrincantes, una colorada con blanco y otra ruana clara, eran animales hermosos. Cualquiera que ganara lo haría por un margen estrecho.

El brigadier Rowan era un soldado distinguido, un granjero cabarelloso y el mejor juez de ganado lechero en el distrito. El atuendo y el porte iban de acuerdo con su posición. La figura alta y delgada era impresionante, aun sin el bien cortado traje, el chaleco y el sombrero de hongo. El toque final lo daba un monóculo.

El brigadier se paseó por la pequeña hilera de bovinos, ajustándose el monóculo cada vez que se inclinaba para inspeccionar algún punto determinado. Estaba claro que la decisión era muy difícil. Su cara, normalmente rosada, estaba roja. Pensé que no era debido al Sol, sino a la larga sucesión de whiskys con soda que se había tomado en la tienda de campaña destinada a los jueces. Por fin, frunció los labios y se

acercó a Zarza. Se inclinó hacia delante y miró la cara del animal como si le examinara los ojos. Entonces, sucedió algo. No pude ver la cara de la vaca, pero sospecho que repitió el gesto que tanto me había llamado la atención, porque el brigadier levantó las cejas con sorpresa y el monóculo cayó y quedó suspendido del cordón unos cuantos segundos antes de que él se lo volviera a colocar frente al ojo.

Observó fijamente a Zarza durante un buen rato e incluso, cuando siguió examinando a las otras vacas, volvió a mirarla un par de veces. Podía leer lo que el brigadier estaba pensando. ¿Lo había visto en realidad, o era el whisky?

De nueva cuenta recorrió la fila con lentitud. Tenía la mirada del hombre que va a tomar una decisión definitiva. Nuevamente quedó de pie frente a Zarza. Mientras le echaba una última mirada para evaluarla, retrocedió, y estoy convencido de que la vaca volvió a hacer el mismo gesto.

Esta vez, el monóculo permaneció en su sitio, pero era evidente que el brigadier se sentía un poco perturbado. Sin embargo, la experiencia pareció eliminarle cualquier duda de la mente de inmediato, dio a Zarza el primer lugar. En realidad, el pobre hombre no tenía otra opción.

Más tarde, cuando caminó a grandes pasos hacia el borde de la pista, fue recibido por un Jack rebosante de alegría.

—Una hermosa chica, ¿verdad, brigadier? Casi humana, me atrevería a decir.

—Desde luego que sí —coincidió el brigadier, ajustándose el monóculo—. De hecho, me recuerda a alguien que conocí hace algún tiempo.

En la penumbra del corredor, me pareció ver una horrible protuberancia que pendía a un lado de la cara del perro, pero al acercarse éste vi que se trataba de una lata de leche condensada. Me sentí aliviado porque sabía que estaba otra vez ante Brandy. Lo subí a la mesa.

—Brandy, ya has vuelto a husmear en la basura —el gran cobrador de Labrador me dirigió algo que parecía una sonrisa de disculpa y trató en vano de lamerme la cara. No podía hacerlo porque la lengua había quedado atrapada bajo la tapa, pero lo compensó con un furioso movimiento de cola.

—Doctor Herriot, siento mucho tener que molestarlo de nuevo —la señora Westby, su atractiva y joven dueña, sonrió pesarosa—. No puede mantenerse alejado del cubo de basura. Algunas veces, los niños y yo podemos librarlo de las latas, pero esta vez le quedó muy atorada.

—Es un poco difícil, ¿verdad? —pasé los dedos por el mellado filo de la tapa—. Porque no queremos cortarlo.

Mientras iba por un instrumento, pensé en las muchas ocasiones en que había hecho algo así por Brandy. Era un animal grande, retozón y ligeramente tonto, y parecía que estos ataques al depósito de la basura estaban convirtiéndose en una especie de obsesión. Solía sacar una lata abierta y lamer los sabrosos restos con tal dedicación, que a veces se quedaba atrapado. Una y otra vez, sus amos y yo teníamos que liberarlo de latas de ensalada de frutas, carne, judías cocidas, sopas; parecía gustarle todo.

Sujeté el borde de la tapa con las pinzas y lo doblé hacia atrás con cuidado hasta que pude desatorar la lengua. Un instante después, esa misma lengua me cubría la mejilla de saliva, expresando así su gusto y agradecimiento.

—¡Quítate, perro tonto! —dije riendo.

—Sí, bájate, Brandy —la señora Westby lo bajó de la mesa—. Está bien que hagas fiestas ahora, pero estás convirtiéndote en una molestia —lo amonestó—. Esto tiene que acabarse.

El regaño no pareció surtir efecto en el movimiento del rabo, y vi que la dueña sonreía. Sentir afecto por Brandy era inevitable, por su carácter cariñoso, tolerante y sin una pizca de malicia. En varias ocasiones había visto a los hijos de la familia Westby, tres niñas y un niño, llevarlo en brazos con las patas hacia arriba o empujarlo en un cochecito, vestido con ropa de bebé. Estos chicos practicaban todo tipo de juegos con él, y Brandy los sufría con buen humor. De hecho, estoy seguro de los disfrutaba.

Brandy tenía otras rarezas además de su afición por los recipientes de basura. Una tarde en que atendía al gato de los Westby en su casa, vi que el perro actuaba en

forma extraña. La señora Westby estaba haciendo una labor de punto sentada en un sillón, mientras la hija mayor se encontraba conmigo, en cuclillas frente a la chimenea, sujetando la cabeza del gato.

Yo buscaba el termómetro en mis bolsillos cuando vi a Brandy escurrirse en el salón. Tenía un aire furtivo y caminó a través de la alfombra hasta sentarse frente a su dueña con un estudiado descuido. Pasados unos cuantos minutos, comenzó a elevar lentamente la parte trasera del cuerpo por el sillón, hasta las rodillas de la señora. Ella lo empujó sin prestarle mucha atención, pero de inmediato el perro reinició su ascenso "de espaldas". Movía las caderas a un ritmo lento de rumba mientras las elevaba centímetro a centímetro. Toda esa operación la realizaba con un gesto de inocencia en la cara dorada, como si no estuviera pasando nada.

Fascinado, interrumpí la búsqueda del termómetro y continué observando. La señora Westby estaba absorta en su labor y parecía no darse cuenta de que el trasero del perro descansaba en sus rodillas, enfundadas en unos pantalones vaqueros. El perro se detuvo un momento, como para confirmar que la fase uno había sido exitosa, y luego, con mucha delicadeza, comenzó a consolidar su posición empujándose con las patas delanteras. Exactamente cuando un último empujón hubiera acomodado al gran perro en el regazo de su dueña, la señora Westby alzó la mirada.

—¡Vamos, Brandy, eres un tonto! —La señora le puso una mano en el lomo y lo envió rodando hasta la alfombra. El animal permaneció mirándola desconsolado, con los ojos húmedos.

—¿De qué se trata? —pregunté.

—¡Oh, son estos pantalones viejos! —la señora Westby se rió—. Cuando Brandy llegó, de cachorro pasaba horas sobre mis rodillas, y yo usaba mucho estos pantalones. Desde entonces, cuando los ve, trata de subirse de nuevo, aunque sabe perfectamente que no puedo tener a un perro labrador de su tamaño en el regazo.

—Así que por eso se acercó con ese aire furtivo, ¿verdad?

—Exacto —ella sonrió—. Algunas veces funciona, cuando estoy ocupada haciendo punto o estoy leyendo. Si ha estado jugando en el lodo, me ensucia tanto que tengo que ir a cambiarme. ¡Cuando hace eso se lleva un buen regaño!

Este paciente le daba color a mis recorridos diarios. Cuando llevaba a pasear a mi perro, veía con frecuencia a Brandy jugar en los campos situados cerca del río. Un día de mucho calor, había algunos perros refrescándose en el agua; pero mientras todos ellos se metían al río y nadaban con calma, la entrada de Brandy era única; una especie de clavado y quedaba suspendido en el aire por un instante, como una ardilla voladora, antes de zambullirse ruidosamente en las profundidades. Para mí, aquella era la actitud de alguien feliz y extrovertido.

Al día siguiente, en ese mismo lugar, fui testigo de algo más extraordinario aún. En un pequeño parque de recreo, Brandy se divertía en el tobogán. Para llevar a cabo

esta actividad, el perro adoptaba una expresión de gravedad fuera de lo común y permanecía muy tranquilo haciendo cola con los niños. Cuando llegaba su turno, subía por los escalones, se deslizaba por el tobogán (todo dignidad e importancia) y regresaba con calma para formarse de nuevo en la fila.

Las niñas y los niños que eran sus compañeros de juego lo tomaban como algo de lo más común, pero yo no podía despegarme del lugar. Pude haber permanecido mirándolo durante todo el día.

Con frecuencia suelo sonreír cuando recuerdo las travesuras de Brandy, pero no sonreí el día en que la señora Westby me lo trajo al consultorio unos meses después. Sus movimientos bulliciosos habían desaparecido y se arrastraba por el pasillo. Cuando lo puse sobre la mesa noté que había bajado mucho de peso.

—¿De qué se trata, señora Westby?

—Ha estado muy triste, no come bien y ha tosido mucho en los últimos días —me miró con gesto preocupado—, pero esta mañana amaneció más enfermo y, como puede ver, empezó a respirar con dificultad.

—Sí..., sí... —mientras le insertaba el termómetro, observé la respiración acelerada y noté la boca entreabierta y la ansiedad en los ojos—. Se ve muy angustiado.

Tenía cuarenta grados de temperatura. Lo ausculté con el estetoscopio. Alguna vez oí a un viejo médico escocés describir los ruidos del pecho de un paciente muy enfermo como un "cofre de silbidos"; ésa era la descripción del perro Brandy. Estertores, silbidos, rechinidos y burbujeos estaban ahí, todos ellos sobre una respiración muy penosa como fondo.

—Tiene pulmonía —coloqué el estetoscopio de nuevo en el bolsillo.

—¡Ay, Dios! —la señora Westby se acercó y le tocó el pecho jadeante—. Eso es grave, ¿verdad?

—Me temo que sí.

—Pero... —me dirigió una mirada de súplica—. Entiendo que, con la llegada de los nuevos medicamentos, no es tan peligrosa.

Dudé por un momento.

—En los seres humanos y en la mayoría de los animales las sulfas, y ahora la penicilina, han cambiado totalmente el panorama, pero todavía es muy difícil curar a los perros.

—¿Quiere decir que no tiene remedio?

—No, no es eso. Sólo estoy advirtiéndole que muchos perros no reaccionan bien al tratamiento. Pero Brandy es joven y fuerte y creo que tiene una buena oportunidad. Me pregunto qué fue lo que inició esto.

—Creo que lo sé, doctor Herriot. Estuvo nadando en el río la semana pasada. Traté de mantenerlo fuera del agua porque ha hecho mucho frío, pero si ve un palo

flotando se lanza al agua. Usted lo ha visto, es una de las cosas graciosas que hace.

—Sí, lo sé. Y después de eso, ¿estaba tembloroso?

—Sí. Me lo llevé directo a la casa, pero hacía demasiado frío ese día. Estuvo temblando mientras lo secaba.

—Ésa debe de ser la causa —asentí, preocupado—. De cualquier forma, vamos a iniciar el tratamiento. Voy a ponerle inyección de penicilina y mañana iré a su casa para inyectarlo de nuevo. No está en condiciones de venir al consultorio.

—Muy bien, doctor Herriot. ¿Alguna otra indicación?

—Sí. Quiero que le haga lo que llamamos un chaleco para pulmonía. En una frazada vieja, corte dos agujeros para que pasen las patas delanteras y hágale una costura a lo largo del lomo. Brandy debe tener el pecho cubierto.

Volví al día siguiente y repetí la dosis. No había mucho cambio en él. Seguí inyectándolo durante cuatro días más, pero Brandy no reaccionaba. La temperatura había cedido un poco; sin embargo, apenas comía, y seguía bajando de peso en forma gradual. Le proporcioné tabletas de Sulfapiridina, pero tampoco ayudaron. Conforme pasaban los días y el perro se hundía en el letargo, llegué a una conclusión que unas semanas antes me hubiera parecido un disparate: este animal feliz y retozón iba a morir.

Sin embargo, Brandy no murió. Sobrevivió, simplemente. La fiebre cedió, el apetito mejoró y el perro quedó estabilizado en un nivel de existencia gris, con el que aparentaba estar a gusto.

—Brandy ya no es el mismo —dijo la señora Westby unas semanas después, cuando pasé a visitarlo. Los ojos se llenaron de lágrimas al hablar.

—Temo que no —moví la cabeza—. Se ha recuperado de una pulmonía muy virulenta, pero ésta le dejó una pleuresía crónica, adherencias y es probable que algún otro daño en los pulmones.

—Me rompe el corazón verlo así —se enjugó las lágrimas con suavidad—. Sólo tiene cinco años, pero actúa como si fuera muy viejo. Estaba tan lleno de vida —sacó un pañuelo y se sonó—. Me arrepiento de haberle llamado la atención por husmear en el depósito de basura y llenarme los pantalones de lodo. Cómo quisiera que volviera a hacer alguna de sus travesuras.

—¿Ya no hace nada de eso? —hundí las manos en los bolsillos.

—No, sólo permanece echado. Ni siquiera tiene ganas de salir a la calle a pasear.

Mientras lo miraba, Brandy se levantó de su lugar en el rincón y caminó hasta la chimenea. Se detuvo frente a ésta un momento, demacrado y con los ojos sin la chispa habitual, tosió, soltó un quejido y se echó frente al fuego. La señora Westby tenía razón; era como un perro muy viejo.

—¿Cree usted que se va a quedar así para siempre? —preguntó.

—Esperemos que no —me encogí de hombros.

Pero, mientras me alejaba en el automóvil, no abrigaba muchas esperanzas en cuanto a la recuperación de Brandy. Había visto varios becerros con daños pulmonares después de una pulmonía grave. Llegaban a recuperarse, pero los llamaban inútiles porque permanecían flacos y apáticos por el resto de su vida. También los médicos mencionaban en los libros muchos casos de pacientes con este mismo problema.

Pasaron los meses, y las pocas veces que veía al labrador era cuando la señora Westby lo sacaba con la correa. Siempre me parecía que el animal no quería moverse, y la dueña tenía que caminar muy despacio para que el perro pudiera seguirla. Pensaba con tristeza en el bullicioso Brandy de antes y me decía a mí mismo que, al menos, le había salvado la vida. Era todo lo que podía hacer por el momento y decidí sacarlo de mi mente.

Y lo logré bastante bien, hasta una tarde de febrero. La noche anterior había estado trabajando hasta las cuatro de la mañana, atendiendo a un caballo que tenía cólicos; acababa de escurrirme en la cama cuando me llamaron para un parto difícil de una vaca. Regresé ya muy de mañana como para volver a acostarme. Con un cansancio enorme atendí las visitas programadas. Estaba tan agotado que casi no sentía el cuerpo, y durante el almuerzo, Helen me observaba ansiosa cabecear sobre el plato.

A las dos de la tarde había varios perros en la sala de espera, y confieso que les eché una mirada con los ojos medio cerrados. Cuando llegué al último paciente estaba durmiéndome de pie.

—El siguiente, por favor —murmuré mientras abría la puerta del consultorio, esperando la escena familiar de un dueño que traía a su perro por el corredor.

Pero esta vez resultó diferente. Había un hombre y un pequeño *poodle* ante la puerta, pero lo que me hizo abrir los ojos fue que el pequeño perro estaba de pie sobre las patas traseras.

¿No estaría yo alucinando? Miré al perrito; la pequeña criatura entró al consultorio con aire presumido, el pecho y la cabeza en alto y tan derecho como un soldado. El dueño debió de notar mi perplejidad, porque soltó la carcajada.

—No se preocupe, doctor Herriot —dijo—. Este perrito trabajó en un circo antes de que yo lo adquiriera como mascota. Me gusta mostrar sus pequeño trucos. Este último siempre le causa sorpresa a la gente.

—Desde luego que sí —coincidí.

El *poodle* no estaba enfermo; sólo venía a que le cortara las uñas. Sonreí mientras lo subía a la mesa de trabajo. Cuando terminé, volvió a invadirme el cansancio, y sentía que estaba a punto de caer mientras acompañaba al dueño y al perro hacia la salida.

Observé al animalito, que se alejaba trotando, aunque esta vez en forma normal, y

me vino a la mente que hacía mucho tiempo no veía a un perro hacer algo divertido y fuera de lo común. Como las cosas que solía hacer Brandy.

Me apoyé en el marco de la puerta mientras una oleada de recuerdos agradables me invadía y cerré los ojos. Cuando los abrí de nuevo, vi a Brandy que doblaba la esquina con su dueña. La nariz del perro había desaparecido en una lata de sopa de tomate. Al verme, el animal comenzó a tirar de la correa y a mover el rabo.

Esta vez sí estaba alucinando... Estaba viendo un escena del pasado... Era urgente que me fuera a descansar. Pero todavía estaba materialmente clavado al piso del vano de la puerta, cuando el labrador saltó los escalones e intentó lamerme la cara, intento que se vio impedido por la lata de sopa. Miré la cara radiante de la señora Westby.

—¿Pero, qué... qué pasó...?

—¡Mire, doctor Herriot, está mejor! —los ojos brillantes y la amplia sonrisa la hacían verse más atractiva que nunca.

—Y supongo que viene a que le quite esa lata —en un instante ya estaba del todo despierto.

—Sí, por favor.

Tuve que echar mano de todas mis fuerzas para poder subirlo a la mesa. Pesaba mucho más que antes de la enfermedad. Tomé las pinzas y comencé a doblar el filo de la tapa para liberar el hocico. La sopa de tomate debía de ser una de sus favoritas, porque la lata estaba firmemente atorada, y pasó un buen rato antes de que yo pudiera quitarla.

Tuve que defenderme del ataque de agradecimiento de Brandy.

—Ya veo que volvió al cubo de la basura.

—Sí, igual que antes. Y también se desliza por el tobogán con los niños —la señora Westby sonrió con felicidad.

Ausculté los pulmones de Brandy; estaban maravillosamente limpios. Un ligero ronquido aquí y allá, pero la vieja cacofonía ya era cosa del pasado. Me incliné sobre la mesa y miré al enorme perro con una mezcla de agradecimiento e incredulidad. Era como antes, bullicioso y lleno de alegría de vivir.

—Dígame, doctor Herriot —los ojos de la señora Westby estaban muy abiertos—, ¿cómo sucedió esto, por qué mejoró.?

—*Vis medicatrix naturae* —contesté con un tono de profundo respeto—. El poder curativo de la naturaleza. Cuando se decide a actuar, es algo con lo que ningún veterinario puede competir.

—Ya veo. ¿Y nunca se sabe cuándo va a actuar?

—No —nos mantuvimos en silencio por un instante mientras, acariciábamos al perro—. Por cierto, ¿ha vuelto a mostrar interés por los pantalones vaqueros?

—¡Desde luego que sí! En este momento se encuentran en la máquina lavadora.

Los dejó totalmente cubiertos de lodo. ¿No es maravilloso?

Dejé caer mi corazón en unas manos indiferentes". La voz aguda de la pequeña Rosie me llegó a los oídos mientras conducía el automóvil. Iba en camino de atender una herida en el lomo de una vaca y era agradable escuchar la canción. Jimmy había ingresado en el colegio y yo extrañaba su compañía durante las visitas, la entretenida conversación infantil y el placer intenso de ver su asombro creciente ante las maravillas de la campiña. Ahora, todo volvía a comenzar con Rosie.

El canto de la niña se había iniciado con la compra de un fonógrafo. La música siempre ha sido muy importante para mí; y, aunque ya tenía uno en casa, quería otro de mejor calidad. En esos días no había equipos estereofónicos de alta fidelidad; a lo más que podía aspirar un amante de la música era a un buen fonógrafo. Después de pensarlo mucho, leyendo folletos y escuchando consejos, decidí comprar un Murphy. Un precioso mueble con el frente de rejillas, que podía disminuir todo el volumen de la Orquesta Filarmónica pero conservar la pureza del sonido al mismo tiempo. Sólo había un obstáculo. Costaba más de noventa libras, y en 1950 eso era mucho dinero.

—Helen —comenté una vez que hube instalado el aparato—, los niños pueden usar el fonógrafo viejo, pero debemos mantenerlos alejados del Murphy.

Palabras inútiles. Al día siguiente, cuando regresé a casa, el pasillo retumbaba con el sonido de "¡Iaiou, iaiou, jinetes en el cielo!" Era la otra cara del disco de Bing Crosby *Manos indiferentes*, el favorito de Rosie, y al cual el Murphy estaba sacándole el máximo provecho.

Me asomé con cautela, mientras los jinetes en el cielo se alejaban. Rosie quitó el disco con las manos regordetas, lo guardó en la funda y caminó, agitando las trenzas, hasta el gabinete de los discos. Había seleccionado otro cuando la abordé en el camino.

—¿Cuál es ése?—pregunté.

—*El hombrecillo de jengibre* —fue la respuesta.

Miré la etiqueta. Era cierto. ¿Cómo lo sabía ella? Yo tenía una buena cantidad de discos infantiles, muchos de ellos idénticos en aspecto y Rosie, de tan sólo tres años, no sabía leer.

Con movimientos expertos, colocó el disco en la tornamesa y la hizo funcionar. Cuando se acabó el disco, sacó otro.

—¿Cuál es ése? —le pregunté mirando sobre su hombro.

—*Tubby la tuba* —y era verdad.

Al final, admití que era inútil tratar de mantener separados a Rosie y el Murphy. En lo sucesivo, si no me acompañaba en mis visitas, estaba oyendo música en el fonógrafo. Éste se había convertido en su juguete predilecto. Después de todo, resultó

ser lo mejor, porque nunca le causó daño alguno a mi preciosa adquisición y, durante los recorridos, ella cantaba, repitiendo con fidelidad todas las canciones que oía con frecuencia. En poco tiempo, *Manos Indiferentes* también se convirtió en mi favorito.

Estábamos llegando al portón de entrada que había en el camino de la granja que íbamos a visitar. Los cantos de Rosie cesaron de repente. Aquél era uno de los momentos más importantes para mi pequeña hija. Cuando detuve el automóvil se bajó, caminó muy erguida hasta la puerta y la abrió. Se tomaba esta tarea muy en serio, y mientras el auto pasaba el portón, yo podía ver la seriedad reflejada en el pequeño rostro. Cuando regresó a tomar su lugar junto a Sam, le acaricié la rodilla.

—Gracias, mi amor —dije—. Eres una gran ayuda.

Se sonrojó, al tiempo que adoptaba un aire de importancia. Ella sabía que era cierto, porque abrir puertas es toda una tarea.

Circulamos hasta el patio de la granja. El dueño del lugar, el señor Binns, había encerrado a la vaca en un corral destartado con un corredor que se extendía desde un extremo cerrado hasta el exterior. Se trataba de un hermoso ejemplar de la raza *Galloway*, con el pelaje negro y áspero y mirada de maldad. Observé, con cierta aprensión, que no dejaba de mover la cola; éste es siempre un signo seguro de agresividad en un bovino.

—¿No pudieron atarla, señor Binns? —pregunté.

—No —el granjero negó con la cabeza—. No tengo mucho espacio y este animal está en el campo la mayor parte del tiempo.

Yo le creí. Todo era salvaje en esa vaca. Cuando trabajo, siento a mi hija sobre pacas de heno o en lo alto de las acercas, pero esta vez no la quería en la proximidad de ese animal.

—Rosie, éste no es un lugar para ti —dije—. Por favor, quédate al final del corredor, fuera del camino.

El señor Binns y yo entramos en el corral y vi con alivio que el granjero se las arregló para dejar caer un ronzal sobre la cabeza de la vaca. Retrocedió hasta un rincón y se ató la cuerda en una pierna. Lo miré con duda.

—¿Podrá sujetarla?

—Eso creo —contestó el señor Binns con voz bastante agitada—. La herida está al final del lomo, ahí.

Mientras yo pasaba los dedos con suavidad sobre el gran absceso cercano al nacimiento del rabo, el animal tiró una cox que me rozó la cadera. Yo me había imaginado que esto sucedería y seguí adelante con la exploración.

—¿Desde cuándo tiene este absceso?

El granjero hundió los talones en el suelo y tensó la cuerda

—¡Oh!, desde hace dos meses. Se revienta y vuelve a llenarse. Siempre pienso que ésa va a ser la última vez, pero tal parece que nunca va a curar. ¿Cuál es la causa?

—No lo sé, señor Binns. Debe de ser una herida vieja que se infectó. El drenaje en el lomo de los animales es muy reducido. Hay mucho tejido muerto que tendré que retirar para que pueda cicatrizar.

—Rosie —me asomé desde el corral —, ¿podrías traerme las tijeras, el algodón y la botella de agua oxigenada?

El granjero observaba con asombro mientras la pequeña figura corría hasta el auto y regresaba con las tres cosas.

—¡Caramba, la pequeña sabe lo que hace!

—¡Oh, sí! —contesté sonriendo—. Es una experta en los utensilios que suelo usar con frecuencia —fui hasta la puerta a recoger las cosas y Rosie se retiró a su lugar al final del corredor.

Comencé a trabajar en el absceso. Puesto que el tejido estaba muerto, la vaca no sentía dolor mientras yo cortaba y hacía la limpieza, pero esto no era impedimento para que siguiera lanzando coces cada pocos segundos; se trataba de uno de esos animales que no admiten ninguna interferencia. Al fin terminé y apliqué un poco de agua oxigenada en toda el área. Yo le tenía mucha fe a este viejo remedio como un buen antiséptico y observé satisfecho las burbujas que hacía sobre la piel. Sin embargo, la vaca no parecía disfrutar mucho esa sensación, porque dio un salto repentino, arrancó la cuerda de las manos del granjero, me empujó hacia un lado y se dirigió a la puerta. La hizo pedazos y llegó al corredor. En mi desesperación traté de dirigirla hacia el lado izquierdo, hacia el campo, pero vi con horror que corría a la derecha, hacia el extremo cerrado en el que se encontraba mi hija.

Ése fue uno de los peores momentos de mi vida. Oí una voz infantil que decía: "Mamá". Ningún grito, sólo esa palabra pronunciada con mucha calma. Rosie estaba de pie contra la pared; la vaca, ya inmóvil, se hallaba a medio metro de ella.

El animal se dio vuelta al oír mis pisadas y pasó frente a mí galopando hacia el campo. Abrumado por una sensación de agradecimiento, levanté a Rosie entre mis brazos. Pudo haber muerto hacía apenas un instante.

Mientras nos alejábamos del lugar, me vino a la mente algo semejante que había sucedido cuando era Jimmy el que me acompañaba. Aquella vez no fue tan terrible porque él estaba jugando en un pasillo con un extremo abierto que daba al campo, y no se hallaba atrapado cuando la vaquilla en la que yo estaba trabajando se soltó y se lanzó hacia él. No pude ver nada, pero oí un penetrante "¡Aay!" antes de poder doblar la esquina. Con gran alivio, vi a Jimmy correr por el campo hacia el automóvil mientras la vaca trotaba en sentido opuesto.

Aquella reacción había sido típica, porque el pequeño Jimmy era el ruidoso de la familia. Bajo presión, hacía patentes sus sentimientos en forma de gritos. Por ejemplo, cuando venía el doctor Allinson para las vacunas de rutina, Jimmy anunciaba la aparición de la jeringa con gritos de "¡Ay! ¡Esto va a doler mucho!" Y,

además, tenía un espíritu de afinidad con nuestro buen médico, quien lo respaldaba diciendo: "Sí, tienes razón, duele mucho. ¡Aay, Aay!" Esta vez, mientras Rosie y yo abandonábamos la granja, ella me abrió y cerró el portón con aire de solemnidad y me miró expectante. Yo sabía por qué: quería empezar uno de sus juegos favoritos. Le gustaba que yo le hiciera preguntas, igual que a Jimmy le gustaba preguntarme.

—Dime el nombre de seis flores azules —comencé.

Se sonrojó satisfecha, porque era obvio que sabía la respuesta.

—Escabiosa silvestre, campanilla de hoja redonda, nomeolvides, campánula azul, verónica y geranio.

—Eres una niña muy lista. Ahora... ¿Qué tal seis pájaros?

Se sonrojó de nuevo y contestó con rapidez.

—Urraca, sarapico, tordo, chorlito, verderón y cuervo.

Este juego se repetía a diario, con variantes infinitas. En aquellos momentos sólo me daba cuenta a medias de lo afortunado que era. Tenía mi trabajo y la compañía de mis hijos al mismo tiempo. Muchos hombres trabajan tan duro para mantener su casa, que llegan a perder el contacto con su familia. Pero tanto Jimmy como Rosie me acompañaban a las granjas la mayor parte hasta que tuvieron edad de ir a la escuela.

Conforme se acercaban los días de colegio para Rosie, su actitud siempre solícita se volvió maternal.

—Papi —decía muy seria—, ¿cómo te las arreglarás cuando yo vaya al colegio? Tendrás que abrir las puertas y sacar las cosas del auto tú solo. Va a ser terrible para ti.

—Te echaré de menos, Rosie —le acariciaba la cabeza tratando de darle seguridad—, pero encontraré la manera de hacerlo.

Su respuesta siempre era la misma: una sonrisa de alivio y, después, unas palabras de consuelo.

—No importa, papi; podré acompañarte los sábados y domingos. Entonces estarás bien.

Ahora, a la distancia, supongo que era natural que mis hijos, al ver la práctica veterinaria desde su primera infancia y ser testigos del placer que esto me causaba, no pensarán en otra cosa más que en ser veterinarios.

Con Jimmy no había problema; era un muchacho muy fuerte y estaba preparado para resistir los embates de nuestro trabajo; pero por algún motivo yo no podía soportar imaginarme a mi hija recibiendo coces y golpes, o cubierta de estiércol. En aquellos días, la práctica era mucho más difícil; no existían aparejos de metal para dominar los forcejeos de los animales grandes, que eran los que con regularidad enviaban a los veterinarios al hospital con piernas y costillas rotas. Siempre he creído que los niños deben seguir sus propias inclinaciones, pero, cuando Rosie entró en la adolescencia, solté indirectas muy claras, y quizá no jugué muy limpio cuando la hice

presenciar los trabajos más agradables. Al final decidió mejor estudiar medicina y actualmente es la "doctora Rosie" de nuestra comunidad.

Ahora, cuando veo el gran porcentaje de mujeres que asisten a las escuelas de veterinaria y observo el excelente trabajo que realizan nuestras dos asistentes, me pregunto si hice lo correcto. Pero Rosie es feliz y tiene mucho éxito, y los padres sólo hacemos lo que a nuestro juicio es mejor para los hijos en ese momento.

Sin embargo, todo eso estaba en un futuro muy lejano, mientras conducía de regreso desde la granja del señor Binn con mi hija de tres años a mi lado. La niña había empezado a cantar y estaba terminando ya el último verso de su canción favorita: "Las manos indiferentes no cuidan de los sueños que se deslizan entre ellas".

Nunca habrá paz en la vida de un veterinario?", pensé malhumorado mientras conducía apresuradamente por el camino de Gilthorpe. Eran las ocho de la noche de un domingo y ahí estaba yo, dirigiéndome a visitar a un perro a quince kilómetros de mi casa; según me explicó Helen, quien había recibido el mensaje telefónico, el animal había estado enfermo por más de una semana.

Cuando salí de Darrowby, con los últimos rayos de luz del crepúsculo, las calles de la pequeña ciudad estaban desiertas y las casas presentaban ese aspecto confortable que evoca imágenes de sillones, pipas y chimeneas encendidas; en aquel momento, mientras veía las luces de las granjas que cintilaban en los campos, podía imaginarme a los ganaderos dormitando tranquilos con los pies en alto. No me crucé con ningún otro automóvil en el camino, que se iba haciendo cada vez más oscuro. Nadie transitaba por ahí, excepto el doctor Herriot.

Llegué a Gilthorpe y me encontré frente a una larga hilera de casas de piedra gris. Cuando bajé del auto, me sentí atrapado en un remolino depresivo de autocompasión. "Señora Cundall, número cuatro de Chestnut Road", había escrito Helen en una hoja de papel. Mientras abría la puerta y cruzaba el pequeño jardín, llevaba la mente ocupada en lo que iba a decir. De ninguna forma tenía que ser ofensivo; solamente trataría de explicar con firmeza mi postura de que a los veterinarios también nos gustaba descansar los domingos por la noche, como a cualquier otra persona, y que, aunque no nos importaba salir para atender alguna urgencia, objetábamos las visitas a animales que habían estado enfermos durante una semana completa.

Ya tenía el discurso más o menos preparado cuando me abrió la puerta una mujer pequeña de mediana edad.

—Buenas noches, señora Cundall —saludé con los labios ligeramente apretados.

—¡Oh, es usted, doctor Herriot! —sonrió—. No hemos sido presentados, pero lo he visto caminando por Darrowby.

La puerta tenía acceso directo a una pequeña sala poco iluminada. De una ojeada observé el mobiliario, bastante deteriorado, y una cortina que aislaba la parte del fondo. La señora Cundall la hizo a un lado. En una cama yacía un hombre esquelético que tenía los ojos hundidos en el rostro macilento.

—Él es mi marido, Ron —dijo ella con tono alegre. El hombre esbozó una sonrisa y levantó un brazo huesudo para saludar—. Y aquí está su paciente, Hermann —continuó, señalando, a un *dachshund* que estaba sentado a un lado de la cama.

—¿Hermann?

—Sí, pensamos que era un buen nombre para un perro salchicha alemán —ella y Ron rieron.

—Un nombre excelente —dije—. Le viene bien.

El pequeño animal me miró con los ojos brillantes y como dándome la bienvenida. Me agaché para acariciarle la piel reluciente.

—Se ve sano. ¿Cuál es el problema?

—Toda la semana pasada estuvo caminando en forma extraña, como si tuviera problemas con las patas —contestó la señora Cundall—. En realidad no nos preocupamos mucho, pero esta noche se desplomó y no pudo volver a levantarse.

—Ya veo. Me di cuenta de que no se levantó cuando lo acaricié —pasé la mano por debajo del perro y lo subí despacio hasta lograr ponerlo de pie—. Vamos, muchacho; muéstranos cómo caminas.

Animado, dio unos pasos vacilantes, pero la parte trasera se fue inclinando en forma progresiva y el perro volvió a sentarse. Eso no me gustó nada.

—Es el lomo, ¿verdad? —preguntó la señora Cundall—. Las patas delanteras están fuertes.

—Ése también es mi problema —intervino Ron con un tono áspero en la voz, aunque sin dejar de sonreír al decirlo y su esposa le acarició el brazo cariñosamente.

—Sí, al parecer la debilidad esta en la parte trasera —me puse al perro sobre las rodillas. Comencé a palparle las vértebras lumbares, buscando algún signo de dolor.

—¿Se habrá lastimado? —preguntó la señora Cundall—. ¿Lo habrá golpeado alguien? No acostumbramos dejarlo salir solo, pero en ocasiones se escabulle por la puerta del jardín.

—Siempre cabe la posibilidad de una lesión —dije—. Pero lo más probable es que el problema esté en los discos.

—¿Discos?

—Sí, son pequeños cojines de cartílago y tejido fibroso que se encuentran entre las vértebras. En los perros de cuerpo muy largo, como Hermann, a veces se dislocan del conducto raquídeo y ejercen presión sobre la médula espinal.

—¿Qué posibilidades tiene de curarse, doctor Herriot? —se volvió a oír el tono áspero de Ron, desde la cama.

Esa era la pregunta clave con este síndrome. El pronóstico podía ser cualquiera, desde la total recuperación hasta la parálisis.

—Eso es muy difícil de contestar. Le pondré una inyección, tomará unas tabletas y veremos cómo sigue.

Le inyecté un analgésico con algunos antibióticos y conté unas cuantas pastillas de salicilato que coloqué en un frasco; ése era el mejor tratamiento que había en esos días.

—Pasando a otra cosa, doctor Herriot —la señora Cundall me sonrió con un poco de ansiedad—, Ron se torna una botella de cerveza todas las noches como a esta hora. ¿Quiere acompañarlo?

—Bueno, es muy amable de su parte, pero no quiero interferir...

—Desde luego que no. Estamos muy contentos de verlo.

Llenó dos vasos con cerveza oscura, puso unas almohadas tras la espalda de su marido y se sentó junto a la cama.

—Somos de South Yorkshire, doctor Herriot —explicó ella.

Asentí con la cabeza. Había notado un acento distinto al de la localidad.

—Sí —continuó—, vinimos hace ocho años, después del accidente de Ron.

—¿Qué le pasó?

—Yo era minero —intervino Ron—. Me cayó la bóveda encima. Me rompí la espalda, se me aplastó el hígado y sufrí muchas otras heridas internas; pero dos de mis compañeros murieron en el mismo accidente, de modo que tengo suerte de estar aquí —bebió un sorbo de la cerveza—. Logré sobrevivir, pero el médico dice que no volveré a caminar.

—Lo siento muchísimo.

—No, —volvió a sonar la voz ronca—. cuando veo las bendiciones que tengo, me doy cuenta de que debo estar muy agradecido. Sufro muy pocas molestias y tengo la mejor esposa del mundo.

¡Uy, quién lo oyera! —la señora Cundall rió—. Pero estoy muy contenta de haber venido a Gilthorpe. Solíamos pasar nuestras vacaciones en esta región; caminábamos mucho, y era muy agradable alejarse del humo y de las chimeneas. La ventana del dormitorio de nuestra antigua casa daba a un montón de muros de ladrillo, pero aquí Ron tiene este ventanal junto a él y puede ver a varios kilómetros de distancia.

—Desde luego —coincidí—. Éste es un lugar privilegiado —el pueblo estaba situado en lo alto de una colina, y desde esa ventana se podían observar las verdes laderas que se extendían hasta el río y subían por el otro lado hasta los agrestes páramos. Ese bello panorama me cautivaba cada vez que lo veía en mis recorridos atraían los caminos bordeados de césped que discurrían entre las crestas airoas de las colinas. Pero, en el caso de Ron Cundall, esta atracción era nula.

—Creo que traer a Hermann también fue una muy buena idea —agregó Ron—. Me sentía solo cuando mi mujer salía, pero este muchacho hizo que todo fuera diferente. Nunca se está sólo cuando se tiene un perro.

—Tiene usted mucha razón —sonreí—. ¿Qué edad tiene?

—Seis —contestó Ron—. La mejor época de la vida, ¿verdad, viejo? —dejó caer el brazo a un lado de la cama y su mano acarició las suaves orejas.

—Ése parece ser su lugar favorito, junto a usted.

—Sí, es gracioso. Mi esposa lo pasea y le da de comer, pero a mí me es muy fiel. Sólo tengo que alargar el brazo y ahí está.

Esto es muy frecuente con las personas discapacitadas: sus mascotas siempre están cerca de ellas, como si quisieran consolarlas y ofrecerles ayuda.

Terminé la cerveza y me puse de pie. Ron me miró.

—Calculo que la mía me va a durar un poco más —miró el vaso medio lleno—. Acostumbraba tomar más algunas noches que salía con los amigos; pero, ya sabe, disfruto igual esta única botella. Es extraño cómo cambian las cosas.

Su esposa se inclinó sobre él imitando un regaño.

—Sí, tuviste que "enderezar" tus costumbres, ¿verdad, querido? —ambos rieron.

—Bueno —me dirigí hacia la puerta—, gracias por la cerveza, señora Cundall. Volveré el martes para ver a Hermann.

Cuando salía, me despedí de Ron Cundall con un movimiento de la mano, y su esposa me tomó del brazo.

—Doctor Herriot, le estamos muy agradecidos por venir en una noche de domingo. Nos sentimos muy mal por haberlo llamado a deshoras, pero usted comprenderá que nos preocupó observar que el perrito estaba perdiendo la movilidad en las patas.

—Desde luego. Por favor, señora, no se preocupe. Eso no tiene importancia.

Unos minutos después, mientras conducía de regreso en la oscuridad, me puse a pensar que esa visita no me había causado ninguna molestia sino al contrario. La irritación insignificante se esfumó a los pocos minutos de entrar en la casa, y lo único que me quedaba era un sentimiento de humildad. Si ese hombre tenía mucho que agradecerle a la vida, ¿cuál debería ser entonces mi postura? Yo lo tenía todo. Lo único que deseaba era disipar el presentimiento acerca de su perro. Percibía un indicio de fatalidad en los síntomas de Hermann y, aun así, tenía que curarlo...

El martes, el perro había empeorado un poco.

—Creo que será mejor que me lo lleve para tomarle unas radiografías —le sugerí a la señora Cundall—. No hay mejoría.

Ya en el automóvil, Hermann se acomodó sobre la rodilla de Rosie, aceptando de buen grado sus caricias. No hubo necesidad de anestesiarlo para hacerle el estudio en nuestra recién adquirida máquina de rayos X. Los miembros posteriores se quedaron quietos por sí solos; demasiado quietos para disgusto mío.

En las radiografías creí detectar un estrechamiento del espacio entre dos vértebras, punto que confirmaría mi sospecha de una protrusión de disco. En la actualidad este trastorno se corrige con esteroides o con cirugía, pero en aquellos días sólo me quedaba continuar con el tratamiento que había prescrito y esperar.

Para el fin de semana la esperanza estaba apagándose. Ya le había aplicado salicilatos con otros estimulantes, pero Hermann no se podía levantar. Le oprimí los dedos de las patas traseras y fui recompensado con un ligero movimiento reflejo, sin embargo tuve la triste certeza de que la parálisis total de la parte posterior no estaba muy lejana.

El sábado siguiente tuve la desagradable experiencia de confirmar mi terrible diagnóstico. Cuando entré en la casa de los Cundall, Hermann se acercó contento a

recibirme, caminando con las patas delanteras pero arrastrando los miembros posteriores

—¡Hola, doctor Herriot! —la señora Cundall me recibió con una sonrisa triste y dirigió su mirada hacia la pequeña criatura estirada como una rana sobre la alfombra—. ¿Cómo lo ve a ora?

Me incliné hacia Hermann y le toqué las patas buscando algún reflejo. Nada. Me encogí de hombros, incapaz de dar una respuesta. Vi la figura demacrada en la cama.

—Buenos días, Ron —traté de sonar tranquilo, pero él tenía la cara vuelta hacia la ventana, era como si yo no estuviera ahí.

—¿Está enfadado conmigo? —le susurré a la señora.

—No, no, es por esto —la señora Cundall sostenía un periódico en la mano—. Está muy perturbado por algo desagradable —miré la página. Había una ilustración bastante grande de un dachshund como Hermann. Aquel perro también estaba paralizado, pero tenía la parte trasera del cuerpo sobre una pequeña plataforma con cuatro ruedas. El animalito paseaba con su dueña y se veía feliz y normal, excepto por las ruedas.

Al oír el ruido del papel, Ron se volvió con rapidez.

—¿Qué piensa de eso, doctor Herriot? ¿Está de acuerdo?

—Pues... No sé, Ron. No me gusta la apariencia, pero supongo que la dueña pensó que era lo único que podía hacerse.

—Sí, quizá —la voz le temblaba—. Pero yo no quisiera que Hermann termine así —dejó caer el brazo buscando en la alfombra, pero el perro todavía estaba extendido cerca de la puerta—. Ya no hay esperanza, ¿verdad, doctor Herriot?

—Bueno, la perspectiva fue negativa desde el principio —contesté—. Estos casos son difíciles, lo siento mucho.

—No, no estoy culpándolo —dijo—. Usted ha hecho todo lo posible. ¿Qué nos queda por hacer? ¿Dormirlo?

—No, Ron; olvide eso. Algunas veces, las parálisis desaparecen por sí solas después de varias semanas. Debemos seguir adelante porque, en verdad, no creo que éste sea un caso desesperado.

En el camino de regreso al consultorio, estuve dando vueltas al asunto una y otra vez. La esperanza de cura que les había dado era muy remota. A veces ocurría la recuperación espontánea, pero el trastorno de Hermann estaba muy avanzado.

Sin embargo, seguí visitándolo con cierta frecuencia. Algunas veces llevaba un par de botellas de cerveza oscura que me tomaba con Ron. Tanto él como su esposa siempre estaban de muy buen humor, pero el perro no mostraba la más mínima mejoría. En una de esas visitas, noté un olor desagradable al entrar en la casa. Había algo familiar en él.

Olisqueé, y los Cundall se miraron con aire de culpabilidad. Entonces habló Ron,

retorciendo la sábana entre los dedos.

—Disculpe, es un medicamento que estamos dándole a Hermann. Apesta, pero se supone que es bueno para los perros. Bill Noakes vino a visitarme la semana pasada. Es un antiguo compañero de trabajo, laborábamos juntos en la misma galería de la mina, y me habló de esta sustancia. Tiene algunos galgos. Sabe mucho de perros y me envió esto para Hermann.

Con timidez, la señora Cundall fue a la alacena y me trajo una botella sin etiqueta. La destapé y el fuerte hedor que escapó me aclaró la memoria de inmediato. Asafétida, un componente común de los remedios de los charlatanes antes de la guerra; todavía se encontraba en algún estante de ciertas farmacias. Pensé que su popularidad se basaba en la suposición de que cualquier cosa que huela tan mal debe de tener propiedades mágicas. Yo sabía que no iba a cambiar la condición de Hermann. Volví a tapar la botella.

—Así que están dándole esto, ¿eh?

—Sí, tres veces al día —asintió Ron—. No le gusta mucho, pero Bill dice que ha curado a muchos perros con el mismo problema —los oscuros ojos me miraron con una súplica silenciosa.

—Está bien, Ron, siga dándosela. Esperemos que surta buen efecto —la asafétida no iba a hacerle ningún daño al perro. Y, dado que mi tratamiento no había servido de nada, yo no estaba en posición de reprobarla.

La señora Cundall sonrió, y hubo un relajamiento en la expresión de Ron.

—Muchas gracias, doctor Herriot —dijo él—. Me agrada que no le moleste. Puedo dársela yo mismo. Es algo que sí puedo hacer.

Una semana después volví a visitar a los Cundall.

—¿Cómo está, Ron? —pregunté.

—Excelente, doctor Herriot, excelente —siempre contestaba eso, pero esta vez tenía una nueva expresión en el rostro. Bajó los brazos y subió al perro a la cama—. ¡Mire! —le dio un pellizco en una de las patas traseras y hubo una contracción, ligera pero innegable. En mi ansiedad por probar en la otra pata, por poco caigo encima de ellos. El resultado fue el mismo.

—¡Miren esto! —exclamé—. ¡Está recuperando los reflejos!

—La sustancia que me trajo Bill Noakes está funcionando, ¿verdad? —Ron sonrió.

Me brotó una cascada de emociones, sobre todo vergüenza profesional y orgullo herido, pero fue momentáneo.

—Sí, Ron —contesté—. No hay duda de ello.

—Entonces —Ron me miró fijamente—, ¿Hermann se va a curar pronto?

—Bueno, todavía es prematuro decirlo, pero tal parece que sí.

Pasaron unas semanas más antes de que el pequeño *dachshund* se recuperara del

todo. Era un caso típico de recuperación espontánea que no tenía nada que ver con la asafétida ni, desde luego, con mis propios esfuerzos.

Mi última visita a la casa fue a la misma hora de la primera, las ocho de la noche, y cuando la señora Cundall me invitó a pasar, el perrito vino a saludarme con gran alegría y regresó a su lugar a un lado de la cama.

—Bueno, ésta es realmente una escena maravillosa —exclamé—. ¡Ya puede correr como un caballo de carreras!

—Sí, ¿verdad que es estupendo? —Ron dejó caer el brazo para acariciarle la cabeza—. ¡Qué caramba! Nos tuvo preocupado durante mucho tiempo.

—Pasé para asegurarme de que todo estuviera bien —le di una palmada de despedida a Hermann—. Bueno, me marchó.

—¡No, no! —me detuvo Ron—. No se apresure. Tómese una cerveza antes de irse.

Me senté junto a la cama y bebí con lentitud. Ambos rostros irradiaban amistad. Yo estaba maravillado porque mi parte en la salvación de Hermann había sido nula. A los ojos de ellos, todos mis esfuerzos debieron de parecer torpes e ineficaces, y estaban convencidos de que todo se hubiera perdido de no ser por la visita de Bill Noakes, el viejo compañero de Ron, que puso las cosas en su lugar. Pero, aunque mi ego quedó un poco herido, no le di importancia; era testigo de un final feliz en vez de una tragedia.

Los padres necesitan nervios de acero". Estas palabras, oídas hacía años, me vinieron a la mente muchas veces durante el crecimiento tanto de Jimmy como de Rosie. Una de las ocasiones especiales fue durante un recital de piano ofrecido por los alumnos de la señorita Livingstone.

Era una persona encantadora, de voz suave, que frisaba los cincuenta. Había iniciado en el piano a la gran mayoría de los niños de la localidad, y una vez al año ofrecía un recital en el Salón Metodista para que ellos mostraran su avance. Había alumnos de todas las edades, desde los seis hasta los diecisiete, y el salón estaba lleno de progenitores orgullosos. Jimmy tenía nueve años y no había practicado con mucho entusiasmo para el gran día.

En una ciudad tan pequeña como Darrowby todo el mundo se conoce y, mientras el lugar se llenaba, hubo gran cantidad de saludos y sonrisas entre la gente. Yo estaba en un asiento junto al pasillo central, con Helen a mi derecha, cuando vi en el lado opuesto del pasillo a Jeff Ward, el viejo vaquero de Willie Richardson, sentado muy derecho con su mejor traje de domingo.

—Hola, Jeff —saludé—. ¿Va a tocar alguno de tus hijos?

—Sí —se volvió hacia mí y sonrió—, nuestra pequeña Margaret. Ha estado avanzando mucho en sus clases de piano y espero que lo demuestre esta tarde.

—Ya verás que sí, Jeff. La señorita Livingstone es una maestra excelente.

Asintió con la cabeza y se volvió hacia el frente mientras comenzaba el concierto. Los primeros intérpretes en subir al escenario fueron niños muy pequeños vestidos con pantalones cortos y calcetines altos, o niñas con vestidos elegantes. A todos ellos los pies les quedaban muy por encima de los pedales. La señorita Livingstone, por su parte, revoloteaba cerca de ellos para ayudarles con alguna indicación, pero las ligeras equivocaciones eran recibidas con sonrisas de indulgencia por parte del público, y el final de cada pieza era aclamado con aplausos atronadores.

Sin embargo, noté que, conforme aumentaba la edad de los ejecutantes y las piezas se iban tornando más difíciles, empezaba a crearse tensión en el recinto. Los errores ya no eran tan graciosos y cuando la pequeña Jenny Newcombe, hija del frutero, se detuvo un par de veces en la mitad de la interpretación, el silencio fue absoluto y estuvo cargado de ansiedad. Cuando Jenny reinició la pieza con éxito, y yo me relajé al igual que todos los demás, me di cuenta de que no éramos un salón lleno de padres que habían ido a ver a sus hijos tocar el piano, sino una reunión de hermanos que sufríamos juntos.

Cuando la pequeña Margaret Ward subió al estrado, su padre se acomodó perceptiblemente en el asiento, y luego crispó los grandes dedos encallecidos por el trabajo, mientras se agarraba de las rodillas. Sin embargo, Margaret tocó muy bien

hasta que llegó a un acorde bastante complicado que vibró con una áspera disonancia. La niña sabía que no eran las notas correctas, así que lo intentó de nuevo... y de nuevo... y de nuevo.

—No, do y mi, querida —susurró la señorita Livingston y Margaret dejó caer los dedos sobre el teclado una vez más, con violencia y equivocándose de nuevo.

"No va a poder", murmuré para mis adentros, con el pulso desbocado y los músculos rígidos.

Miré a Jeff. Tenía una expresión de congoja y las piernas se le movían convulsivamente. Junto a él, su esposa se inclinaba hacia delante con la boca entreabierta y los labios temblorosos.

Transcurrió una eternidad antes de que Margaret corrigiera las notas y "galopara" hasta terminar la pieza. Aunque todo el mundo aplaudió, era indudable que el episodio nos había alterado. No me sentía muy a gusto, así que observé medio en trance una secesión de niños que subían e interpretaban las piezas musicales sin mayor problema. Entonces, llegó el turno de Jimmy.

No había duda de que la mayoría de los ejecutantes, y también sus padres, estaban en una especie de crisis nerviosa, pero no era así con Jimmy. Casi silbaba al subir con paso ligero al estrado y se le notaba cierto aire de arrogancia mientras se acercaba al piano.

Me di cuenta de que me costaba trabajo respirar. Al instante, empezaron a sudarme las manos.

La pieza que Jimmy tenía que interpretar se titulaba *La danza de Miller*, un título que quedará grabado en mi mente hasta el día en que muera. Era una melodía corta con un aire alegre, la cual, desde luego, yo conocía hasta la última semicorchea. Jimmy la inició con gran estilo, dejando ir las manos con soltura y moviendo la cabeza como si fuera Arthur Rubinstein en pleno concierto.

Hacia la mitad de *La danza de Miller* hay un *allegro descendente* que va desde un vivaz ta-rum-tum-tiri-diri-om-pom-pom hasta un adagio sostenuto taa—rum—taa—rum antes de aumentar el ritmo para llegar a un frenético allegro vivace. Estos cambios eran una maniobra inteligente del compositor, que de esa manera proporcionaba un toque de variación a la pieza.

Jimmy llegó hasta este punto moviendo los brazos con elegancia y fue reduciendo la velocidad hasta el conocido taa-rum-taa-rum. Esperé a que "despegara" de nuevo, pero no pasó nada. Se detuvo y miró fijamente el teclado durante varios segundos; entonces, volvió a tocar el *adagio* y se detuvo una vez más.

El corazón me dio un vuelco. "Vamos, muchacho; tú sabes lo que sigue, te he oído tocar esta pieza cien veces". Pero Jimmy no se veía preocupado. Miró las teclas con un gesto de ligera confusión y se frotó la barbilla.

En medio de un nervioso silencio, se oyó la voz suave de la señorita Livingstone.

—Jimmy, quizá sea mejor que vuelvas a empezar.

—Está bien —la voz del chico sonó tranquila mientras se sumergía confiado en la melodía, y yo cerré los ojos cuando se acercaba a los compases fatales. Ta-rum-tum-tiri-om-pom-pom, taa-rum-taa-rum y, después, nada. Esta vez, puso las manos sobre las rodillas y se inclinó sobre el teclado como si los rectángulos de marfil trataran de esconderle algo. Nunca mostró pánico, sólo una ligera curiosidad.

En el casi palpable silencio del recinto, yo estaba seguro de que se escuchaba el martilleo de mi corazón. Sentía la pierna de Helen temblar ligeramente junto a la mía. Ambos nos sentíamos en el límite de nuestra resistencia. La voz de la señorita Livingstone se oyó suave como la brisa.

—Jimmy querido, ¿volvemos a intentarlo desde el principio?

—Sí, sí, está bien —y se lanzó de nuevo como un huracán, todo fuego y furia. Era increíble que pudiera haber alguna falla en ese virtuosismo.

Llegado ese momento, los demás padres conocían *La danza de Miller* casi tan bien como yo, y todos esperábamos, con verdadera agonía, que arribara al temido pasaje. Jimmy llegó a velocidad de vértigo. Ta-rum-tum-tiri-om-pom-pom, seguido de taa-rumtaa-rum... y silencio. Las rodillas de Helen golpeaban una contra la otra; y estaba muy pálida.

Mientras Jimmy permanecía inmóvil, excepto por un tamborileo pensativo de los dedos contra la madera del piano, yo sentía que me ahogaba. Miré a mi alrededor con gesto desesperado y pude descubrir que Jeff Ward tampoco estaba bien. Tenía otra vez en la cara el mismo gesto de congoja y la frente llena de sudor. Algo tenía que romper ese silencio; de nuevo fue la voz de la señorita Livingstone la que cortó la densa atmósfera.

—Está bien, Jimmy. No importa. Quizá sea mejor que lo dejes y te sientes.

Mi hijo bajó del taburete y cruzó el estrado para reunirse con sus compañeros en las primeras filas.

Volví a desplomarme en el asiento. Bueno, eso había sido todo. La afrenta final. El pobre niño lo había echado a perder. Y, aunque no se veía preocupado, yo estaba seguro de que debía de tener un sentimiento de vergüenza.

Me envolvió entonces una ola de desdicha, y, aunque muchos de los padres se volvían y nos dirigían sonrisas de comprensión, no sirvió de nada. Apenas oí el resto del concierto, lo cual fue una lástima, porque a medida que aumentaba la edad de los ejecutantes, la calidad de las interpretaciones alcanzaba alturas notables, desde los nocturnos de Chopin hasta las sonatas de Mozart. En verdad fue una exhibición espléndida para todos, menos para el pobre de Jimmy, el único que no había podido terminar.

Al final, la señorita Livingstone avanzó al frente del estrado.

—Damas y caballeros, estamos muy agradecidos por su calurosa recepción.

Espero que hayan disfrutarlo tanto como nosotros.

Hubo más aplausos y comenzó el movimiento de sillas. Pero la señorita Livingstone no había terminado.

—Algo más, damas y caballeros —levantó una mano—. Está entre nosotros un jovencito que yo sé que puede hacerlo mucho mejor. Y yo no me iría feliz a casa sin darle otra oportunidad.

Jimmy... —se dirigió a la segunda fila—. Jimmy, me pregunto si querrías intentarlo una vez más.

Mientras Helen y yo intercambiábamos miradas de horror, sonó la voz de nuestro hijo, aguda y confiada.

—¡Sí, lo intentaré!

No podía creerlo. ¡No iría a comenzar el martirio de nuevo! Pero era cierto. La pequeña figura se dirigió hacia el piano. Desde muy lejos, oí de nuevo a la señorita Livingstone.

—Jimmy va a interpretar *La danza de Miller* —no tenía que decirlo, ya lo sabíamos.

Hasta hacía unos momentos, yo sólo había tenido conciencia de un gran desgaste, pero ahora estaba engarrotado por una tensión más fuerte que la anterior. Cuando Jimmy puso las manos sobre el teclado, la tensión se fue extendiendo por todo el lugar. El pequeño comenzó a tocar como siempre, como si no tuviera ningún problema, y yo inicié una serie de respiraciones largas y temblorosas encaminadas a ayudarme a pasar el momento que se acercaba con extrema rapidez. Sabía que se detendría de nuevo y estaba seguro de que, si eso llegaba a suceder, me desmayaría sin remedio.

Cuando Jimmy llegó a los compases fatídicos cerré los ojos. Pero seguí escuchando la música, con mucha claridad. Ta-rum-tum-tiri-diri-om-pom-pom, taa-rum-taa-rum... Una pausa imperceptible y, después, tiri-diri-om-pom, tiri-diri-om-pom, Jimmy siguió tocando con expresión de felicidad.

Voló sobre la segunda mitad de la pieza, pero yo mantuve los ojos cerrados mientras me invadía una sensación de enorme alivio, y no los abrí sino hasta que llegó el final. Jimmy lo disfrutó a conciencia, la cabeza hacia delante, los dedos firmes. Cuando llegó el acorde final, sostuvo la mano en alto como a unos treinta centímetros del teclado y la dejó caer, como un verdadera concertista.

Dudo que en el Salón Metodista se haya escuchado alguna otra vez un ruido tan grande como la ovación que siguió. El lugar estalló en una tormenta de aplausos y gritos, y Jimmy no es de los que ignoran esa clase de homenaje. Todos los niños terminaban su actuación y se retiraban impasibles a su lugar respectivo, pero no mi hijo. Ante mi asombro, caminó hasta el frente del estrado, se puso una mano en el abdomen y otra en la espalda, adelantó un pie y se inclinó saludando, primero a un

lado de la audiencia y luego al otro, con la gracia de un cortesano del siglo dieciocho. La ovación cambió a un verdadero rugido de risa, que duró mientras Jimmy dejaba el estrado, y siguió hasta que abandonamos el local. Ya en la puerta tropezamos con la señorita Mullion, la maestra de la pequeña escuela a la que Jimmy asistía.

—¡Ay, qué gusto! —dijo, frotándose los ojos—. Una siempre puede confiar en que Jimmy dará el detalle gracioso.

De regreso a Skeldale House, conduje el auto despacio. Todavía me encontraba muy débil y pensé que sería peligroso exceder los cuarenta kilómetros por hora. La cara de Helen había recuperado el color, pero se le veían líneas de agotamiento alrededor de los ojos y la boca, mientras miraba a través del parabrisas.

Jimmy iba acostado en el asiento trasero, silbando algunas de las melodías que se habían interpretado esa tarde.

—¡Mamá, papá! —exclamó de repente, como siempre—. Me gusta mucho la música.

—Eso es bueno, hijo —lo miré por el espejo retrovisor—. También a nosotros.

—¿Saben por qué me gusta tanto la música? —se enderezó en el asiento y asomó la cabeza entre los dos.

Negué con un gesto.

—Porque es... —buscó la frase con arrobo—, porque es muy relajante.

Me sorprendió que Walt Barnett me llamara para pedirme que revisara a su gato. Desde que Siegfried lo había ofendido mortalmente al cobrarle diez libras por castrar a uno de sus caballos, y a pesar de que ya hacía bastante tiempo de eso, siempre había recurrido a otros veterinarios. También me sorprendió que un hombre como él se preocupara por un gato enfermo.

Walt Barnett era considerado el hombre más rico de Darrowby. Se dedicaba al comercio con chatarra, pero también tenía un negocio de transportes. De hecho, hacía lo que fuera siempre y cuando pudiera ganar más dinero. El dinero era la pasión que gobernaba su vida. Cuidar un gato no era negocio.

Otra de las cosas que me intrigaban mientras conducía camino de su oficina era el hecho de que para cualquiera poseer una mascota, aunque fuera pequeña, significaba tener afectos, una vena de sentimiento. Eso no encajaba con su naturaleza.

Me encaminé a través del terreno cubierto de chatarra hasta el cobertizo desde donde dirigía su imperio. Walt Barnett estaba sentado detrás de un escritorio barato, tal como yo lo recordaba. Su corpulenta humanidad estiraba al límite las costuras de un traje azul marino, brillante por el uso, y llevaba un sombrero marrón echado hacia atrás. Tampoco había cambiado esa rolliza cara roja con expresión de arrogancia y mirada hostil.

—Por aquí —dijo, frunciendo el entrecejo y señalándome un gato negro con blanco sentado entre los papeles del escritorio.

Era su saludo típico. No esperaba que dijera buenos días ni que sonriera. Me acerqué al escritorio para acariciar al gato, que me recompensó con un ronroneo. Era un macho de buen tamaño, con el pelaje largo y unas manchas blancas muy atractivas en el pecho y las patas. Me agradó de inmediato.

—Bonito gato —dije—. ¿Cuál es el problema?

—Es esta pata. Se habrá cortado solo.

Palpé a través del mullido pelo. Al llegar a determinado punto, a media extremidad, la pequeña criatura respingó. Saqué las tijeras y corté el pelo en un área reducida. Pude ver una herida transversal bastante profunda con una ligera serosidad.

—Sí... esto podría ser una cortadura. Pero hay algo raro en ella. ¿Sale con frecuencia al terreno?

—Sí —asintió el hombretón—, se pasea un poco.

—Mmm... Se habrá cortado con algún objeto afilado. Voy a inyectarle penicilina y le dejaré un tubo de ungüento para que usted se lo ponga en la herida por la mañana y por la noche.

Algunos gatos se resisten mucho a las inyecciones; dado que su armamento incluye garras y dientes, a veces presentan dificultades, pero éste no hizo ningún

movimiento cuando inserté la aguja. De hecho, aumentó el ronroneo.

—Realmente tiene buen carácter —dije—. ¿Cómo se llama?

—Fred —Walt Barnett me miró inexpresivo, desalentando cualquier otro comentario.

Saqué el ungüento del maletín y lo puse sobre el escritorio.

—Muy bien, si no ve ninguna mejoría, avísame.

No hubo respuesta por parte de él y salí, sintiendo el aguijón del resentimiento que siempre tuve en mi trato con ese hombre. Pero al cruzar por el terreno olvidé el disgusto y me preocupé por el gato. Había algo peculiar en esa herida. No parecía ser accidental; el corte era limpio y profundo, como si alguien lo hubiera hecho con una hoja de afeitar.

Un golpecito en el brazo me sacó de mi meditación. Uno de los hombres que trabajaba con la chatarra me miraba en forma confabuladora.

—¿Vino a ver al jefe?

—Sí.

—Es gracioso, el viejo "cara de pocos amigos" preocupándose por un gato, ¿eh?

—Supongo. ¿Desde cuándo lo tiene?

—¡Ah!, desde hace unos dos años. Era callejero. Un día entró en la oficina y, conociéndolo, pensé que el viejo lo echaría de un puntapié, pero no fue así. Por el contrario, lo adoptó. No puedo entenderlo. Está sobre el escritorio todo el día.

—Debe de gustarle —dije.

—¿A él? A ese hombre no le gusta nada ni nadie. Es un...

Lo interrumpió un grito desde la puerta de la oficina.

—¡Eh, tú! ¡Sigue con tu trabajo! —Walt Barnett, corpulento y amenazador blandió un puño. El hombre, aterrado, se escabulló con prontitud.

Cuando subí al automóvil seguía pensando que así era la vida de Barnett, rodeada de odio. Su rudeza era conocida por todos en la ciudad, y aunque no había duda de que esa forma de ser lo había hecho rico, yo no lo envidiaba.

—Venga rápidamente a ver al gato —llamó por teléfono dos días más tarde.

—¿No ha mejorado la herida?

—No, está peor, así que no tarde.

Fred estaba sobre el escritorio, en su lugar habitual, y ronroneó cuando me acerqué y lo moví, pero era evidente que el dolor de la pata había aumentado. Lo más desconcertante era que la herida se había extendido, como si avanzara para rodear la pata.

Tomé un explorador de metal y lo introduje con cuidado en la herida. Sentí que la punta del instrumento enganchaba algo elástico. Sostuve el objeto desconocido con unas pinzas y pude ver una banda estrecha de color marrón. Todo quedó claro.

—Tiene una banda elástica alrededor de la pata —expliqué. La corté y cayó sobre

el escritorio—. Ahí está. Fred se pondrá bien.

—¡Una banda elástica! —Barnett se enderezó furioso en la silla—. ¿Y cómo es que no la vio la primera vez?

—Lo siento, señor Barnett. No la vi porque estaba completamente hundida en la carne.

—De acuerdo. Pero, ¿cómo llegó ahí?

—Sin duda, alguien se la puso.

—Se la puso... ¿para qué?

—Hay alguien perverso por aquí.

—Apostaría a que fue alguno de los trabajadores.

—No necesariamente. Fred sale a la calle, ¿no es así?

—¡Claro!, con frecuencia.

—Bueno, pudo haber sido alguien más.

El hombre frunció el entrecejo con los ojos medio cerrados. Me pregunté si estaba repasando su lista de enemigos. Eso tomaría bastante tiempo.

—De cualquier modo —continué—, la pata sanará con rapidez. Eso es lo importante.

Barnett se inclinó sobre el escritorio para acariciar al gato con un dedo índice que parecía una salchicha. Había hecho esto varias veces durante mi visita anterior. Era un gesto extraño, pero supongo que, para él, era lo más cercano a una caricia.

Camino del consultorio, me acomodé en el asiento del auto pensando qué habría pasado de no haber encontrado el elástico. Interrupción del flujo sanguíneo, gangrena, pérdida de la pata e incluso la muerte. La simple idea me hizo sudar.

Tres semanas más tarde, Walt Barnett volvió a llamar. Sentí una punzada de aprensión al oír el tono de su voz.

—¿Todavía le molesta la pata a Fred? —pregunté.

—No, eso ya está curado. Tiene algo extraño en la cabeza.

—¿La cabeza?

—Sí, la gira de un lado a otro. Venga a verlo.

Los síntomas sonaban como los de la úlcera gangrenosa, y cuando vi al gato girando la cabeza con evidente malestar estuve seguro de ello; pero las orejas estaban limpias e indoloras. Aquel gato amistoso parecía gustar del examen, porque el ronroneo aumentaba conforme le iba inspeccionando los dientes, la boca, los ojos y la nariz. Nada. Sin embargo, sabía que algo le estaba causando mucha incomodidad.

Seguí buscando por el cuello y de pronto el ronroneo se interrumpió con un agudo maullido cuando le pasé los dedos por un punto doloroso.

—Aquí hay algo —murmuré. Saqué las tijeras y corté un poco de pelo alrededor hasta llegar a la piel; me invadió una oleada de incredulidad. Estaba viendo otra banda elástica igual a la anterior ¡pero en el cuello! Revisé la herida con el explorador

y unas pinzas y en unos segundos tiré de la banda y la corté—. Otra banda elástica —dije. Esta vez era mas serio.

Miré que Walt Barnett volvió a pasar el dedo índice por un costado del gato:

—¿Quién pudo hacerlo? —preguntó.

—No hay forma de saberlo —me encogí de hombros—. La policía castiga la crueldad. Pero tiene que sorprender al culpable con las manos en la masa.

Yo sabía lo que el hombre estaba pensando: "¿cuándo sería el nuevo intento?" Y yo pensaba lo mismo, pero ya no hubo más bandas elásticas para Fred. El cuello sanó con rapidez y no volví a ver al gato durante un año. Una mañana, al regreso de mis visitas, Helen me salió al paso.

—Jim —me informó—, acaba de hablar el señor Barnett. ¿Podrías ir cuanto antes? Cree que han envenenado al gato.

El Fred que vi en esa ocasión era totalmente distinto. No estaba sobre el escritorio, sino encogido en el piso entre un montón de periódicos. Tenía arcadas y vomitaba un líquido amarillento. Había más vómito entre charcos de diarrea con el mismo tono amarillo.

—Lo envenenaron, ¿verdad? —me preguntó Walt Barnett—. Alguien le ha dado algo.

—Es posible... —observé al gato mientras se acercaba con lentitud a un plato con leche y se sentaba con la misma actitud de encogimiento. No bebió; permaneció mirando hacia abajo con una curiosa inmovilidad. El estado del pequeño animal me era conocido. Podía tratarse de algo peor que el envenenamiento.

—Y bien, es eso, ¿verdad? —volvió a preguntar el hombre—. Otra vez han tratado de matarlo.

—No estoy seguro —le tomé la temperatura a Fred. No inició el familiar ronroneo. Estaba sumido en un letargo profundo. La temperatura era de cuarenta grados. Le palpé el abdomen y sentí una consistencia blanda en los intestinos. No había tono muscular.

—Bueno, si no es eso, ¿qué es?

—Lo que tiene es enteritis felina —contesté—. Algunas personas le llaman "moquillo gatuno". En este momento hay una epidemia en Darrowby. He visto varios casos en estos días y los síntomas de Fred son los típicos de la enfermedad.

El hombretón hizo un esfuerzo con el fin de levantar su humanidad desde atrás del escritorio, se acercó al gato y pasó el dedo índice a lo largo del insensible lomo.

—¿Puede curarlo?

—Haré lo que pueda, pero la tasa de mortalidad es muy alta.

—¿Mueren la mayoría de los gatos que tienen esa enfermedad?

—Me temo que sí.

—¿Cómo es posible? Yo pensé que ustedes tenían nuevos medicamentos

maravillosos.

—Se trata de un virus, y los virus resisten los antibióticos.

—Está bien. Entonces, ¿que va a hacer?

—Voy a empezar en este momento —dije y le inyecté a Fred una solución electrolítica para combatir la deshidratación, antibióticos contra las bacterias secundarias y un sedante para controlar el vómito. Pero sabía que todo esto era sólo paliativo. Nunca había tenido mucha suerte con la enteritis felina.

Visitaba a Fred todas las mañanas y el sólo verlo me hacía sentir infeliz. Siempre estaba encogido sobre el plato o hecho un ovillo en un cesto sobre el escritorio. No parecía tener interés alguno en el mundo a su alrededor. Cuando lo inyectaba, era como meter la aguja en un animal sin vida. La mañana del cuarto día vi que se iba rápidamente.

—Vendré mañana —dije y Walt asintió en silencio. Nunca mostró emoción alguna a lo largo de la enfermedad del gato.

Al día siguiente, cuando entré en la oficina, encontré la escena de costumbre. El señor Barnett en su silla y el gato hecho ovillo en la canasta sobre el escritorio.

El animal estaba demasiado quieto y, al acercarme vi, con un sentimiento de fatalidad, que ya no respiraba. Le puse el estetoscopio sobre el corazón y alcé la mirada.

—Me temo que está muerto, señor Barnett.

El hombre no cambió de expresión. Se inclinó con lentitud y pasó nuevamente el dedo por el oscuro pelaje, con aquel gesto familiar. Después, puso los codos sobre el escritorio y se cubrió el rostro con las manos. Observé con impotencia mientras los hombros se agitaban y las lágrimas le corrían entre los gruesos dedos. Estuvo así durante un rato.

—Era mi amigo —me dijo al fin.

No encontré palabras para reconfortarlo y el pesado silencio se vio interrumpido de pronto cuando se retiró las manos de la cara y me miró con gesto de desafío.

—Sí, ya sé lo que está pensando: "He aquí a Walt Barnett, grande y duro, llorando por un gato. ¡Vaya gracia!" Seguro que, más tarde, se reirá de mí.

Walt estaba convencido de que lo que él consideraba un gesto de debilidad rebajaría mi opinión acerca de él, pero estaba equivocado. Me agradó más desde entonces.

Era una mañana de domingo del mes de junio y yo me estaba lavando las manos en el fregadero de la cocina de la casa de Matt Clarke. El Sol brillaba y una brisa fresca corría por los campos; desde la ventana podía ver todas las grietas y hondonadas que se extendían por las verdes laderas, mientras las recorrían las sombras proyectadas por las nubes.

Miré la cabeza blanca de la abuelita Clarke, inclinada sobre la labor de punto. El radio, sobre el aparador, estaba sintonizado en el servicio religioso matutino. Mientras yo la observaba, la anciana levantó la vista y escuchó atenta algunas de las palabras del sermón, antes de volver a las agujas.

Fue suficiente ese corto tiempo, para sentir una profunda serenidad y una fe incuestionable que se han quedado conmigo hasta hoy. Cada vez que escucho discusiones y argumentos sobre las diversas religiones, doctrinas y creencias, se me presenta el viejo rostro lleno de arrugas y la mirada tranquila de la abuelita Clarke. Ella sabía y estaba segura de su fe; la bondad parecía rodearla.

Tenía alrededor de noventa años y vestía de negro, con una pequeña cinta del mismo color que traía alrededor del cuello. Le habían tocado los tiempos difíciles del laboreo de la tierra y tenía tras de sí una larga vida de trabajo, en el campo y en la casa.

Tomé la toalla mientras Matt dirigía a Rosie hasta la cocina.

—Papi, el señor Clarke me enseñó algunos pollitos.

La abuelita levantó la vista.

—¿Es su pequeñita, doctor Herriot?

—Sí, señora Clarke —contesté—. Ésta es Rosie.

—Desde luego. Ya la he visto más de una vez —la anciana señora dejó a un lado su labor y se levantó del sillón con un poco de rigidez. Arrastró los pies hasta la alacena, luego tomó una lata adornada con colores vistosos y sacó de allí una barra de chocolate—. ¿Cuántos años tienes, Rosie,? —le preguntó dándole la golosina.

—Gracias. Tengo seis años —contestó mi hija.

La abuelita miró el rostro sonriente, las piernas fuertes y bronceadas bajo los pantalones cortos azules y las sandalias.

—Eres una buena chica —por un momento, puso la mano endurecida por el trabajo en la mejilla de la niña y regresó al sillón. En Yorkshire, las personas de edad no eran muy efusivas, pero a mí ese gesto me pareció una especie de bendición. La vieja señora volvió a tomar las agujas y continuó con su labor de tejido—. ¿Y cómo está su muchacho, Jimmy?

—¡Oh!, está muy bien, gracias. Ya tiene diez años. Ahora salió con unos amigos.

—Diez, ¿eh? Diez y seis... —por un momento, sus pensamientos parecieron

alejarse en el tiempo mientras movía las agujas. Después, me miró otra vez—. Quizá no lo sepa, doctor, pero ésta es la mejor época de su vida: cuando los niños son pequeños y crecen alrededor de uno... Es igual para todos, sólo que muchos no lo saben y otros más se dan cuenta demasiado tarde. Es un tiempo que pasa muy rápido. Ya lo verá.

—Aunque no he pensado mucho en eso, creo que siempre me he dado cuenta, señora Clarke.

—Supongo que sí, joven —me miró de soslayo—. Noto que usted siempre se lleva a uno de sus niños cuando sale a atender alguna llamada.

Mientras nos alejábamos de la granja, las palabras de la vieja señora se quedaron en mi mente; y ahora que Helen y yo vamos a cumplir cuarenta años de matrimonio, todavía permanecen ahí. La vida ha sido y es muy buena con nosotros, que hemos tenido tantos momentos maravillosos, pero considero que ambos estamos de acuerdo en que la abuelita Clarke tenía razón sobre lo que ella llamaba "la mejor época de la vida".

Cuando regresé a Skeldale House esa mañana de verano, me encontré a Siegfried reponiendo los medicamentos que acostumbraba llevar en el baúl de su automóvil. Sus hijos, Alan y Janet, le ayudaban en dicha tarea. Al igual que yo, acostumbraba llevar a su familia con él a las visitas. Bajó la tapa del baúl.

—Bien, con esto tenemos para unos cuantos días más —me miró sonriendo—. No hay más llamadas por el momento, James. Caminemos un rato por la parte de atrás.

Con los niños corriendo felices delante de nosotros, rodeamos la construcción y salimos al gran jardín que estaba situado detrás de casa. Ahí, la luz del Sol se encontraba aprisionada entre las altas y viejas paredes y el viento que pasaba por arriba de éstas sacudía las hojas más altas de los manzanos. Cuando llegamos al prado, mi socio se dejó caer en el césped y se apoyó en los codos. Minutos después me senté a su lado. Siegfried arrancó una brizna de pasto y la masticó con actitud pensativa.

—Qué lástima lo de la acacia —murmuró.

Lo miré sorprendido. Hacía muchos años que el hermoso árbol, que alguna vez se elevó en medio del jardín, había sido derribado por un ventarrón.

—Así es —asentí—. Era magnífica —permanecí callado por un momento—. ¿Recuerdas que el día que vine a solicitar trabajo, me apoyé en ella, me recosté y me quedé dormido? Fue la primera vez que nos vimos.

—Claro que me acuerdo —Siegfried rió. Miró alrededor, hacia la recta hilera de ladrillos y piedras que coronaba la valla, el jardín con los rosales, los niños que estaban jugando en el viejo gallinero del fondo—. ¡Cielos, James! Ahora que lo pienso, hemos pasado juntos muchas cosas desde entonces. Como dice el refrán: "Ha

pasado mucha agua bajo el puente".

Permanecimos callados durante un rato, y mi pensamiento repasó los esfuerzos y las risas de esos años. Me recosté en la hierba y cerré los ojos, sintiendo el calor del Sol en el rostro y oyendo el zumbido de las abejas entre las flores y el graznido de los cuervos en los grandes olmos que sobresalían de los muros del patio.

La voz de mi colega pareció que venía desde muy lejos.

—¡Oye! Tú no vas a hacer lo mismo otra vez, ¿verdad? Quiero decir, quedarte dormido frente a mí.

—¡Santo Dios! Lo siento muchísimo Siegfried —me senté, parpadeando—; por poco lo hago. Me levanté a las cinco de la mañana para atender el parto de una cerda y me caigo de sueño.

—¡Ah!, vaya. Al menos esta noche no tendrás que leer para quedarte dormido.

Siegfried y yo teníamos algunos libros favoritos a los que recurríamos a veces cuando no llegaba el sueño; obras que no fallaban para hacernos cabecear en cuanto empezábamos a leer.

—No —dije riendo mientras me frotaba los ojos—. Esta noche no necesitaré que me ayuden —rodé hacia un lado—. Por cierto, esta mañana fui con Matt Clarke —y le conté a Siegfried lo que me había dicho la abuelita.

Siegfried seleccionó otra brizna de pasto y continuó masticando.

—Bueno, ella es una señora muy sabia y lo ha visto todo en la vida —mi socio me sorprendió sentándose de pronto—. ¿Sabes algo, James? Estoy convencido de que eso mismo puede aplicarse a nuestro trabajo. Estamos pasando por nuestro mejor momento.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro de ello. Mira todos los avances que ha habido desde la guerra: hay fármacos y procedimientos que nunca soñamos. Podemos cuidar de nuestros animales en una forma que hubiera sido imposible hace unos cuantos años, y los granjeros se dan cuenta de ello. Tú los has visto abarrotar el consultorio en los días de mercado para pedir consejo. Respetan nuestra profesión y saben que ahora es redituable llamar al veterinario.

—Eso es verdad. Nunca hemos estado tan ocupados.

—De hecho, James, me gustaría apostar a que estos años son los mejores para nuestra práctica como veterinarios rurales.

Me quedé pensando por un momento.

—Puede que tengas razón. Pero, si ahora estamos en la cumbre, ¿quiere decir que a partir de ahora nuestras vidas van a declinar?

—No, no, desde luego que no. Van a ser diferentes, eso es todo. A veces pienso que solamente hemos tocado el borde de tantas cosas... —me lanzó la brizna de pasto que había estado masticando y los ojos le brillaron con ese entusiasmo que siempre se

me había contagiado—. Te lo digo, James, ¡nuestros mejores días están ante nosotros!

James Herriot



El doctor Herriot, veterinario rural de Yorkshire, se volvió un personaje famoso merced a los múltiples y divertidos libros, la mayoría de los cuales transcurren en la ciudad ficticia llamada Darrowby o en sus alrededores. El afamado autor, nació en Glasgow y estudió en el Glasgow Veterinary College. Al finalizar sus estudios empezó su práctica profesional en el norte de Yorkshire. Vivió allí toda su vida excepto un corto lapso en que estuvo al servicio de la Real Fuerza Aérea británica durante la Segunda Guerra Mundial.

Entre las aficiones de James Herriot estaban, además de la lectura y la escritura, la música y el arte.

Desafortunadamente, el doctor Herriot murió en 1995, pero nos dejó el enorme legado de su obra, donde nos transmite un mensaje positivo y armónico ante la vida.